

Erich Hackl

EL LADO VACÍO DEL CORAZÓN

Esta es la historia real de una familia europea a través de países como Austria, Francia, Suiza o Alemania, y a lo largo de todo el siglo XX. Un siglo convulso en el que las ideas políticas «diferentes» te arrojan a los márgenes de la sociedad como un paria, y no solo durante el nazismo que separará a la familia. «Mi abuela murió en un campo de concentración», dice el nieto, Hanno, en una confidencia. Y aunque lo haga ya décadas después esto parece despertar a los fantasmas del pasado y activar los recuerdos colectivos más negros…

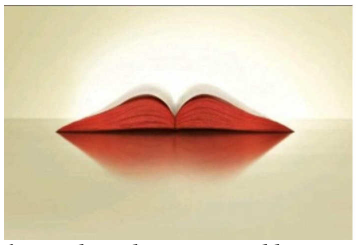
En la portada del libro aparecen los propios Salzmann, militantes de izquierda austríacos fotografiados en el París de los años 30: Hugo, Juliana y Hugo júnior.

Hackl, uno de los grandes escritores del presente, ha vuelto a escribir una extraordinaria historia privada dentro de lo que llamamos Historia: por medio de conversaciones, investigaciones, cartas, libros y documentos recrea la vida a ratos desoladora, a ratos bellísima y aparentemente invencible, de unos pocos seres honestos y pobres; y cuando estos cometen alguna injusticia, del tipo que sea (casi siempre «sentimental»), su voz se hace eco de esa injusticia y no la silencia.

Erich Hackl



El lado vacío del corazón



Título original: *Familie Salzmann. Erzählung aus unserer Mitte*
Erich Hackl, 2010
Traducción: Richard Gross, 2016

-



Revisión: 1.0
Fecha: 14/10/2019

Uno busca algo que
atañe a los demás.
O a todos.

GÜNTHER WEISENBORN
El perseguidor

A finales del siglo pasado, definido como la era de los extremos por el historiador Eric Hobsbawm, el joven Hanno Salzmann asumió un puesto de auxiliar de oficina en la Seguridad Social de Estiria, en Graz. Desempeñaba a conciencia el trabajo que le habían asignado en la sección de cotizaciones, aunque lo embargaba una ansiedad constante de no estar a la altura de las expectativas depositadas en él. Era humilde y diligente, tenía modales agradables y se esforzaba por resolver las tareas con rapidez, para general satisfacción de sus compañeros y superiores. En la primera evaluación de actividad, del 10 de noviembre de 1994, se le calificaba como dinámico y aplicado, capaz de trabajar bajo presión, dotado de una mente abierta, buen compañero, solícito, educado y respetuoso con los demás. Se mantenía al margen de las bulliciosas y, a veces, etílicas reuniones que estos celebraban durante y después del horario de oficina.

La desgracia de Hanno empezó cuando se hizo amigo de Jochen Koraus, un compañero de trabajo de su edad, que un día, sin invitación ni aviso, se presentó sonriente en su casa con una flor de Pascua como regalo para su madre. Comenzaron a salir juntos al cine, al fútbol o a jugar al ajedrez en el café. Los padres de Hanno quedaron aliviados al ver que a su hijo menor no le había costado relacionarse con la gente de su trabajo, ya que ellos mismos tenían, desde que se jubilaron, poco contacto con el mundo exterior y observaban con preocupación que el chico tendía a imitar su estilo de vida retirada. El mayor, Peter, sufría una grave discapacidad de nacimiento y necesitaba atención constante y una rutina diaria lo más regulada posible en el seno de su familia, motivo por sí solo suficiente para que sus padres apenas hicieran vida social. Pero, además, tenían el oído afinado para los comentarios incautos que traslucían la convicción de quienes los expresaban: que la salud era el bien supremo, aun por encima de la educación sentimental, que había que preservar y multiplicar, o que el origen de las taras físicas

y psíquicas estaba, en la mayoría de los casos, en los propios afectados o sus allegados. Por otra parte, no conseguían librarse de la sospecha de estar rodeados de personas que escogían sus amistades según móviles interesados: el trato con este o aquel ¿me sirve para mi carrera?, ¿responde a mi posición social?, ¿me hace ganar prestigio e influencia o perjudica mi ascenso?, ¿me exige una inversión emocional y, de ser así, merece la pena? Que seguían siendo unos extraños en Graz, pese a llevar décadas viviendo y trabajando en la ciudad, se lo decía su instinto, y era precisamente esa vaga sensación de no pertenencia la que los hizo tan vulnerables cuando Hanno fue atrapado por la vorágine de los acontecimientos.

Más tarde, al empezar a cavilar sobre cómo habían venido las cosas, no podían menos que sospechar que Koraus había revelado en la oficina las informaciones obtenidas mediante la amistad con su hijo, pues los ataques a Hanno delataban un conocimiento profundo de la situación familiar, si bien partían de una falsa premisa en el punto decisivo y determinante. Fue, sobre todo, esta frase, dicha de paso, la que supondría un perjuicio duradero para Hanno: Mi abuela murió en un campo de concentración.

Nacida el 5 de febrero de 1909 en una aldea cercana a Stainz, localidad sita en el distrito estirio de Deutschlandsberg, su abuela era la penúltima de los trece hijos del matrimonio de Josef y Elisabeth Sternad, y fue registrada en el libro bautismal de la parroquia con el nombre de Juliana. Cuatro de sus hermanos habían muerto, aún siendo bebés, de una enfermedad llamada pobreza. Josef Sternad, natural de Cilli, en la actual Eslovenia, era zapatero y capataz del cuerpo de bomberos voluntarios, mientras que su mujer había trabajado en la fábrica de ladrillos antes de que el municipio la contratara como encargada de la casa de baños y piscina pública. El hombre afrontaba con una mezcla de entereza y jovialidad la agobiante preocupación por el sustento de la familia, en tanto que la mujer lo hacía con una fe imperturbable en Dios. Acudía tres veces por semana a la iglesia para rezar y recibir la absolución de sus imaginarios pecados. Cuando se lamentaba de volver a estar embarazada sin poder tapar las bocas hambrientas que ya tenía en casa, el cura le decía: Señora Sternad, los hijos son una bendición

divina. Murió a los cuarenta y siete años por fallo cardíaco, y fue su hija Ernestine la que se hizo cargo de las dos hermanas más pequeñas, Juliana y Anna, quienes aún iban a la escuela. Ernestine, que había trabajado de dependienta en los almacenes Kollmann durante mucho tiempo, asumió el mal remunerado puesto de vigilante de los baños de tina y piscina al aire libre, de modo que la familia pudo seguir ocupando la casa de una sola planta, contigua a la piscina, que Josef Sternad abandonaba de vez en cuando para, mochila a cuestas, dirigirse a Graz a fin de aprovisionarse de cueros, tachuelas y punteras. A falta de dinero para el coche de línea, que circulaba desde 1926, recorría a pie los veinticinco kilómetros de ida y veinticinco de vuelta entre el pueblo y la capital.

De su madre, Ernestine heredó un talante laborioso e infatigable; del padre, un carácter alegre y desenvuelto, además de las ganas de actuar en turbulentas comedias de enredo que siempre terminaban bien, al menos en las obras de teatro, representadas en tabernas y pistas de baile. La compañía de aficionados del Escenario Popular de Stainz, de la que ella formaba parte, era invitada a los pueblos vecinos para ofrecer sus sainetes de labriegos, y llegaba hasta bien entrada la zona oriental de Estiria, donde, aún en vida de Elisabeth Sternad, un pastor protestante había sentido una vehemente atracción hacia la muy aclamada primera figura. Turbada por las tímidas y, al poco, ostensibles muestras de afecto del hombre, pero dispuesta a corresponderle en su fuero interno y finalmente encendida por un amor candente, Ernestine se había confesado con su madre, quien le había hecho ver que una relación de esa índole carecía de futuro. Ernestine se prohibió entonces seguir gastando pensamientos en un enlace que hubiera transgredido los límites tanto sociales como religiosos, y no fue sino varios años después cuando accedió a las pretensiones de un diligente carpintero llamado Peter Fuchs, con el cual habría tenido un matrimonio largo y medianamente feliz si no hubiese venido la guerra.

Juliana era tan cumplidora como la hermana que le hacía de madre. Cuando, los domingos, las enviaban a ella y a Anna a misa mayor, entraba de verdad en la casa de Dios, mientras la más joven permanecía fuera tras el cese de las campanadas y miraba impaciente cómo los feligreses franqueaban con pasos menudos el pórtico del templo; luego se escapaba subiendo por la plaza del

castillo hacia la vieja escuela, de donde partía un sendero en dirección a los huertos, y allí se divertía con sus amigas y, quizá, con algún que otro mozo. Terminada la escuela primaria, Juliana buscó en vano un puesto de aprendiz. Estuvo unos años realizando trabajos de costura que no le daban para vivir, solo para paliar la penuria de los ingresos familiares. Había pasado ya los veinte cuando decidió dejar de ser una carga para su padre y su hermana mayor. Un día, lio un petate con la hogaza, la panceta y las manzanas que Josef Sternad le había preparado, y emprendió el camino. Al final de la alameda de los castaños volvió la vista por última vez. Vio a Ernestine moviendo el brazo en señal de despedida, se secó las lágrimas con el mandil y echó a andar con paso largo, hincando sus botas de suela tachonada.

El Stainz de la época era una localidad acurrucada bajo el poderoso castillo, en la que unos cuantos industriales, hosteleros y gendarmes, junto con el cura, el médico, el juez, el notario y el jefe de planta de la fosforera, se encargaban de que las ideas rebeldes llegadas con la proclamación de la República se fueran marchitando poco a poco. Según la crónica de la villa, la fábrica tuvo que cesar su actividad en 1928; al año siguiente, se celebró el séptimo centenario del monasterio de los canónigos agustinos, y el 12 de julio de 1931 se avistó sobre el pueblo el globo del conde de Zepelín, que efectuaba una vuelta aérea por Austria. A renglón seguido, el consistorio resolvió enviar al aviador Hugo Eckener un pequeño barril con el vino de la comarca, en reconocimiento a su hazaña pionera. Cabe suponer que, por aquellas fechas, Juliana sacudía los edredones de unos amos caprichosos en alguna parte comprendida entre Fráncfort y Maguncia, fregaba suelos, lavaba platos y limpiaba escaparates a cambio de comida y alojamiento, antes de volver a echarse al camino empujada por la esperanza de hallar residencia duradera y un puesto fijo en la siguiente ciudad.

En el balneario de Bad Kreuznach, a unos seiscientos kilómetros al noroeste de Stainz, Juliana conocería poco después al tornero metalúrgico Hugo Salzmann. Nacido el 4 de febrero de 1903 como segundo de los cinco hijos del matrimonio de Peter Salzmann y Auguste Rose, cristalero él y costurera ella, estaba profundamente

marcado por las penalidades de la posguerra. Aún décadas después, recluido en la prisión de Bautzen, se acordaba de cómo su madre en el invierno de 1917 a 1918, hallándose su padre en las trincheras del frente del oeste, surcaba con paso cansino, exhausta y ya tísica, la honda nieve para llegar a los caseríos, en los cuales se afanaba poniendo parches, cosiendo delantales o volviendo faldas y chaquetas a cambio de un litro de leche, una corteza de tocino o un par de huevos, que en casa, una estancia compuesta por dos angostas buhardillas, repartía entre sus hijos. A pocos cientos de metros de allí, los generales Hindenburg y Ludendorff habían plantado su cuartel general en el casino y el selecto hotel Oranienhof, donde Hindenburg, con motivo de su setenta cumpleaños, contestó así a un periodista que le preguntó cómo se encontraba: La guerra me sienta como una cura de balneario. Auguste, antes de morir de tuberculosis al año siguiente, despotricaba contra los comerciantes y notables del lugar, quienes se solazaban en la retaguardia porque le hacían llegar paquetes con exquisiteces varias al comandante militar de la zona, artículos de droguería o telas de moda a la señora esposa o a la señorita novia. Y a mi marido lo mandan al frente por culpa de estos, que no tienen cinco hijos a su cargo.

La injusticia imperante. Saber identificarla e interpretarla. Nunca existió para Hugo Salzmann, según parece, un momento de duda o vacilación, ni sintió jamás la tentación de aceptar las condiciones sociales como ley de la naturaleza. Ya en 1918, su primer año de aprendiz, se afilió a la Unión Alemana de Obreros del Metal, para dirigir más tarde la agrupación juvenil de la entidad y, posteriormente, la sección local de Kreuznach de la Federación General Alemana de Sindicatos. A los diecisiete años fue elegido jefe de organización de la Unión de Juventudes Comunistas, y a los veintidós asumió la misma función en el partido, el KPD. Fue presidente del Socorro Rojo y de la Liga Roja de Combatientes del Frente, además de redactor del periódico local, *El Cohete Luminoso*. Desde 1924 presidía el comité de empresa de la compañía Ost und Scherer, que fabricaba cubas, regaderas, estufas para baños, armarios archivadores y contenedores para transporte. En 1929 ocupó escaño en el consistorio, siendo el edil más joven y encomendándosele el área responsable de las personas sin empleo

ni subsidio.

Era considerado un hombre íntegro y solvente, no solo por los votantes y simpatizantes de su partido, y los menesterosos de la ciudad sabían que lo intentaba todo para remediar su situación, y que se dedicaba a sus asuntos hasta bien entrada la noche. Hacía una vida modesta, no bebía ni era amigo de palabras altisonantes, pero cautivaba a sus oyentes como orador, pues llamaba por su nombre a quienes se beneficiaban de la crisis económica. Supo ver, antes que sus camaradas de partido, el peligro del nacionalsocialismo emergente, y a diferencia de ellos buscó el entendimiento con la socialdemocracia arguyendo la necesidad de una alianza de conveniencia entre ambas formaciones a fin de atajar el flujo de adhesiones al movimiento hitleriano. Los nazis lo odiaban sobremanera por su condición de «cabecilla» de la localidad que, para más inri, con su presencia y carácter respondía al modelo de socialista nacional que ellos propagaban: intrépido, altruista, libre de vicios.

No consta cómo se encontraron Juliana y él. Perseverando en su búsqueda de empleo, es probable que la joven se enterara de que en Kreuznach a los demandantes de trabajo no se les despachaba en el acto rumbo al municipio siguiente, sino que recibían albergue y alimento por unos días. Por modesta que fuese, las semanas o meses que había estado rodando por los caminos le habían enseñado a aprovechar la menor ocasión para conseguir un techo o una comida de pobres. Es presumible que recibiera el consejo de dirigirse al ayuntamiento y de preguntar por el edil Salzmann. Presumible, también, que en su primer encuentro, después de aguardar largo rato en la cola de los peticionarios de ayuda que serpenteaba por los pasillos y las escaleras del edificio público hasta llegar a la calle, aún no saltara la chispa del reconocimiento mutuo. Es posible que Juliana, consumida por la espera, se encontrara a punto de desfallecer cuando por fin le tocó el turno, que Hugo Salzmann se levantara de un salto para arrimarle una silla, y que se apresurara a buscarle un vaso de agua. Al tendérselo, sus manos se rozarían brevemente. Las de él eran esbeltas, con dedos finos y delicados, para sorpresa de Juliana que, a raíz de las conversaciones que había presenciado en la cola, esperaba dar con un hombre fornido o rechoncho con gorra marinera y manos tan anchas como las paletas

de un vapor. Hugo, un poco más pequeño que ella, no llegaría al metro setenta, era correoso y delgado, con cabellera abundante peinada hacia atrás. Tenía ojos marrón claro bajo unas cejas pobladas que, en el ceño, confluían en dos surcos verticales. Lo hacían parecer, junto con los pómulos altos y las mejillas huecas, presente a la vez que ausente, vivaz, aunque como consumido por un rescoldo interior. Es posible que, mientras Juliana le hacía el recuento de las actividades que había desempeñado y de otras de las que también entendía, le apuntara la dirección de una empresa que a veces contrataba a jornaleras por días, así como el nombre del jefe de personal. Dígale que la manda Hugo. Además, pudo haberle preguntado si ya se le había pasado el mareo, y haber recibido por respuesta un asentimiento de cabeza, tras lo cual habría extendido la mano y estrechado la suya. Un apretón breve y firme, sin intención de grabarse en el recuerdo de la mujer.

Tal vez sus caminos volvieran a cruzarse días o semanas después en el puente del río Nahe, en una noche insólitamente suave en que Hugo Salzmann iba a hablar en una asamblea del partido que tendría lugar en el Pabellón Municipal, y quizá, sin muchas ceremonias, la invitara a acompañarlo. Puede que le gustase que no se esponjara como otras mujeres a las que había conocido, que no tuviera ínfulas de destacar, que no fuera ni distante ni exaltada, sino discreta, aunque nada tímida. Posiblemente le atraía también su dialecto extraño y gracioso, con palabras que desconocía y con diptongos alargados que le recordaban a un bañista de ultramar que, años atrás, le había consultado el camino; de hecho, ya en su primer encuentro, en el ayuntamiento, había pensado por un instante que provenía, al igual que aquel, de los Estados Unidos de América. Juliana era de complexión delgada, llevaba el pelo corto y con raya lateral, menos por la moda que porque resultaba práctico y ahorraba tiempo; las largas trenzas se las había cortado poco después de partir de Stainz. Tenía la mirada cándida y alegre pero llena de añoranza de paz y recogimiento, o del deseo simplemente de dar con una persona que se conmoviera ante esa añoranza, a riesgo incluso de perder su propia existencia.

Habían acudido más de mil personas para oír los discursos de los dos oradores. El primero en tomar la palabra fue un camarada de Fráncfort del Meno, el diputado al Reichstag Otto Brenzel. Su tema

era el comunismo y el nacionalsocialismo. El calvo Brenzel, carpintero por oficio que en un accidente de trabajo había perdido el pulgar de la mano derecha y se presentaba en todos los actos políticos vestido de traje y corbata, empezó por consagrar el estandarte de la liga local de combatientes contra el fascismo. Señaló que la bandera roja tenía su origen en la insurrección de los esclavos de la Roma antigua, en el momento en que Espartaco clavó las enagüillas encarnadas en un cayado a modo de pendón. Luego se refirió a las exigencias y perspectivas del presente. A la disciplina férrea, al avance irrefrenable del partido, al cambio de época que aún nuestros nietos nos envidiarían… Se estaba gestando un orden social superior, inaugurado por Marx, el mayor pensador de economía política, y Lenin, el revolucionario más grande de todos los tiempos. Criticó duramente la socialdemocracia alemana por haber dado prioridad, en momentos históricos, a lo nacional y traicionado al proletariado; por ejemplo, con su voto a favor de los créditos de guerra al estallar la conflagración mundial de 1914, créditos que los hermanos obreros pagaron con su sangre en el frente.

Nosotros decimos: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Los socialdemócratas dicen: Proletarios de todos los países, calmaos.

Advirtió contra los nacionalsocialistas, que sembraban donde los socialdemócratas habían labrado la tierra. Sus rugidos nacionalistas no podían escamotear el hecho de que estuvieran renunciando ya a muchos de sus principios y de que el método de la automatización, del despido masivo y de los recortes salariales practicado por Krupp les pareciera la vía adecuada para salir de la crisis. Los nacionalsocialistas quieren arrastrar a los obreros a una servidumbre más honda, exclamaba Brenzel, nosotros queremos salvarlos, de la misma manera que en Rusia salvamos al obrero y a la mujer. En ese instante se desataron frenéticos y prolongados aplausos, según reseñó el *Boletín Público* de la comarca de Kreuznach en el amplio relato que dedicó a la asamblea.

Hugo Salzmann, por su parte, se centró en un acto muy concurrido del Partido Nacionalsocialista celebrado días atrás en la casa de la comunidad protestante, en el cual había intervenido como orador Félix Neumann, uno de los cofundadores del KPD. La formación, tras el fracaso del conato de revolución de 1923, le

había encargado la tarea de montar y dirigir un grupo clandestino destinado a protegerla de espías. Llevando a cabo su misión, el hombre había herido de bala a un guardia en Berlín, que a los dos meses moriría víctima de sus lesiones. En abril de 1925, Neumann fue condenado a muerte, sentencia que después sería conmutada por cadena perpetua. En el penal de Sonneberg que, según declaraba, llegó a ser para él una universidad, se convirtió en un nacionalsocialista fanático que, tras su indulto, fue utilizado en todas partes donde el Partido Comunista y el Nacionalsocialista se disputaban la hegemonía sobre el colectivo obrero deseoso de cambio, como era el caso de Kreuznach. En primer lugar, porque su papel de testigo principal en el llamado juicio contra la checa alemana, su posterior huida de la cárcel y su deserción, escenificada públicamente, al bando nazi habían causado gran revuelo; en segundo lugar, porque su actitud y oratoria no podían disimular sus orígenes políticos; y en tercer lugar, porque tenía o decía tener conocimientos íntimos sobre los entresijos del KPD y la realidad en la Unión Soviética. El argumento de que había encontrado el nacionalsocialismo gracias o pese a su pasado comunista hacía del renegado un contrincante especialmente desagradable para su antiguo partido.

Cuando, aquella noche, Neumann terminó su soflama contra el comunismo, la socialdemocracia y la República de Weimar, Salzmann se levantó y tomó la palabra sin preocuparse por el ambiente caldeado que reinaba en la sala. Llevaba un cuarto de hora triturando los argumentos y las afirmaciones de quien le había precedido en el estrado cuando, de pronto, una cuadrilla de las SS se lanzó sobre él por la espalda para tirarlo de la tarima. Su presencia de espíritu y el haber sabido interpretar correctamente los gritos de aviso procedentes del público frustraron el intento. De la batalla campal que estalló luego y en la que dos nazis, un comunista y un policía resultaron heridos de gravedad, se salvó de milagro, saliendo solo con moretones.

Relató los hechos de forma escueta y sin aspavientos. Dijo, también, que había invitado al Partido Nacionalsocialista a la asamblea de esa noche asegurándole plena libertad de discurso, pero que su jefe local, el viticultor y bodeguero Pies, había rechazado la invitación por falta de garantías para la integridad

física de quienes acudieran. En su carta de respuesta, Pies señalaba que se habían apedreado los cristales de la sede del partido y que varios nazis habían sido duramente maltratados en la vía pública. Acusaba de los atropellos a los comunistas. Salzmann rebatió las imputaciones: No necesitamos combatir a pedradas, además no tendría sentido, pues los cristales los paga el seguro y no el partido. Tampoco necesitamos entrar en luchas callejeras. Observamos una disciplina férrea, no nos hace falta desplegar un centenar de hombres para proteger nuestras asambleas. El pueblo obrero unido no se mete en trifulcas.

Es posible que, tras el acto, Salzmann insistiera en acompañar a Juliana al albergue. O que antes, con Brenzel y otros camaradas, fuesen a tomar algo y continuaran el debate hasta la medianoche, cuando él le ofrecería pernoctar en su casa porque el albergue ya estaba cerrado. O, también, que ella se retirara en silencio mientras él, rodeado de los suyos, seguía contestando preguntas y aplacando ánimos, ya que Pies, conforme había trascendido, después de los sucesos ocurridos en la casa de la comunidad protestante presentó una denuncia en la fiscalía de Coblenza contra él y sus camaradas por alteración del orden público. No hay certeza sobre cómo intimaron Juliana y Plugo, no hay notas ni recuerdos transmitidos de forma oral, ni cartas o comunicaciones a terceros que permitan atar cabos. La primera foto en la que se los ve juntos, oval y de un blanco amarillento, lleva fecha de 8 de septiembre de 1932. Entonces ya estaban casados, y Juliana se encontraba embarazada de siete meses.

El que me contó la historia con la esperanza de que la hiciera mía de corazón vio la luz el 2 de noviembre de 1932 en el hospital de Sankt Marienwörth. Nació por cesárea porque así lo aconsejó el doctor Böhm, un médico concienzudo que temía complicaciones. Fue inscrito en el Registro de Nacimientos de la villa de Bad Kreuznach con el mismo nombre del padre, Hugo Salzmann. La foto, tomada desde la calle o el patio, muestra a sus padres en la veranda de su piso, ubicado en In der Beinde, 22, primera planta; a la izquierda se ve a Hugo, a la derecha a Juliana, acodada en la barandilla; detrás de sus trenzas, en el rectángulo oscuro de la

puerta, aparece el follaje de una planta, y debajo de ambos, en la parte exterior de la veranda, una jardinera hecha de listones de madera y pintada de blanco que contiene cuatro geranios. El encuadre no revela ni bienestar ni pobreza, solo el orden firme, inamovible, de las cosas. La mirada tensa y alerta de Hugo y los ojos soñadores de Juliana sugieren una felicidad cercana. Dos seres jóvenes esperando a un tercero para que crezca en condiciones armoniosas y estructuradas.

Pero por las mismas fechas, día más día menos, Salzmann escapó a un atentado con el que los nazis pretendieron quitarlo de en medio para siempre; tendieron un cable de acero a través de la calzada por la noche, poco antes de que pasara por el lugar en su moto Triumph 200. Quiso el azar que fueran observados por uno que logró avisarlo oportunamente. También por aquellas fechas le compró a un vendedor ambulante una pistola, no para estar armado contra futuros golpes asesinos, sino porque presentía lo que ocurriría si Hitler llegaba al poder. El tiranicidio antes de que el hombre pudiera convertirse en tirano, porque después ya no habría ocasión. Confió su propósito a un camarada de la ejecutiva regional de Hesse, el cual lo tranquilizó diciendo que en las elecciones adelantadas al Reichstag, de principios de noviembre, el KPD había crecido considerablemente, mientras que los nazis habían perdido dos millones de votantes con respecto a julio.

Van de capa caída, Hugo, ¿y piensas que los seis millones que nos apoyan se quedarían sin salir a la calle en caso de necesidad? Ese Hitler no podrá con nosotros, créeme. Y si de verdad haces lo que te traes entre ceja y ceja, acabarás mal. Y nosotros también.

Supongamos que el hombre temiera que el testarudo Salzmann no desistiera de sus planes y diese un soplo a las autoridades. Eso explicaría el registro domiciliario que la policía efectuó de improviso en su vivienda. El juzgado de primera instancia de Kreuznach condenó a Hugo Salzmann a tres meses de prisión, pena que le fue perdonada a raíz de la ley de impunidad del 20 de diciembre de 1932. Continuó en libertad.

Fue el matrimonio Baruch el que lo salvó. Y antes, Heinrich Kreuz, su compañero de trabajo socialdemócrata, que tuvo la suficiente

valentía para ocultarlo en su casa, en el municipio vecino de Planig. En la noche del 28 de febrero de 1933 el Reichstag fue pasto de las llamas, lo que los nacionalsocialistas, ya en el gobierno, tomaron como pretexto para suspender los derechos fundamentales por medio de un decreto de emergencia. Sus medidas apuntaban básicamente contra el Partido Comunista, al que responsabilizaron por el incendio. Sus periódicos fueron prohibidos, sus locales cerrados y sus cuadros puestos en prisión preventiva, como se decía. También en Kreuznach la policía, reforzada por unidades de las SA y del paramilitar Stahlhelm, arrestó a los dirigentes comunistas, además de a tres afiliados rasos «por alboroto y entonación de cantos bolcheviques de contenido subversivo», según podía leerse al día siguiente en el *Boletín Público* de la comarca. Es probable que Salzmann abandonara su domicilio la misma noche del incendio, convencido de que sería detenido y tras llegar a la conclusión de que su mujer y el pequeño Hugo no tenían nada que temer por el momento, o en cualquier caso menos que si permanecían juntos.

No tengas miedo, le dijo a Juliana, las aguas volverán a su cauce. Ya encontraré la forma de hacerte llegar noticias. No te dejes intimidar por esa gente.

En Planig, o mientras se dirigía al lugar, alguien debió de reconocerlo a pesar de que se hubiera disfrazado de deshollinador, tiznándose la cara de negro porque era Carnaval. O bien dieron con su moto a la entrada del pueblo. En cualquier caso, el SA Christian Kappel, de la localidad de Roxheim, con antecedentes penales por robo en banda organizada y temido por su brutalidad, estaba convencido de que Salzmann se había refugiado en aquel pueblo de obreros y campesinos, fuese en un establo o cobertizo, detrás de una barrica de vino, en un granero o palomar propiedad de algún secreto simpatizante. Que alguien lo hubiese dejado entrar en casa, en la vivienda propiamente dicha, era algo que Kappel apenas podía imaginar. El que la hace…, quién iba a arriesgarse. Mandó cortar las carreteras de acceso y se puso a la cabeza de un escuadrón de rastreo que lentamente recorrió las calles barriendo con mirada aguda las bajas fachadas de las casas y peinando alguna que otra granja. Hacía tiempo que había llegado a oídos de Salzmann una frase de Kappel alusiva a él: Para ese ya tenemos la bala preparada. Lo había dicho dando una palmada a su pistolera.

Salzmann se hallaba, de pie o agachado, en la buhardilla de la casa de los Kreuz, en el rincón del techo inclinado, debatiéndose con el deseo de echar un vistazo por la ventana. Solo por un fragmento de segundo, para ver por dónde iban. Cuántos eran. Si ya estaban a la puerta de la casa o enfrente. Ladrido de perros y trápala de caballos, de unidades montadas de las SA, con resonancias particularmente aciagas. Mantenerse quieto le pareció un acto de traición. Le dolía la angustia de la vieja mujer, la suegra de Heinrich, ¡ay si le encuentran aquí!, se había lamentado la anciana, entonces todo se acabaría. Para su hija, su nieto, su yerno. Para ella. Aun así no se le hubiese pasado por la mente entregarlo.

En Berlín, ante la Corte de Justicia del Pueblo, exactamente diez años después, lo sobresaltó el recuerdo de aquella mujer, de la cual su memoria ni siquiera conservaba el nombre. Menuda y sufrida, con el pelo trenzado en corona, la veía apretando las manos pecosas contra el delantal basto y gris para reprimir su temblor. Deseaba que estuviera viva, tanto ella como su familia. Se juró —ya en la prisión de Butzbach, en septiembre del 44, mientras daba vueltas en el patio— que, cuando todo hubiera pasado, viajaría de nuevo a Planig, como había hecho aquella gélida noche de diciembre del 32 en que la sección local del Partido Socialdemócrata de Alemania tuvo de ponente a Wilhelm Leuschner, líder sindical y diputado regional de Hesse, y este lo había invitado a participar en el debate como representante del KPD. Lo acompañaron quince camaradas, todos en bicicleta. Leuschner fue recibido con una ovación. Apenas se acomodó en la mesa de la ejecutiva, se le avisó en voz baja de la presencia de comunistas entre el público. Leuschner alzó la mirada un tanto molesto. En su discurso se pronunció en contra de formar un frente unitario con los comunistas. Luchar contra Hitler, sí, pero no con esos que nos buscan la yugular antes que a él. Durante el debate Salzmann señaló la gravedad de la situación. Si no luchamos juntos contra el peligro fascista, compañero Leuschner, entonces es posible que tanto tú como yo terminemos ahorcados con la soga de Hitler. Ya no recordaba la réplica del diputado. Sus propias palabras le vinieron a la mente porque, durante el paseo en el patio, le habían dicho al oído algunos nombres. Stauffenberg, Goerdeler, Leber, Witzleben. Y Leuschner. Uno que pertenecía al círculo de los autores del fallido atentado contra Hitler, del 20 de julio del 44, y

cuya ejecución era inminente, según oyó decir. Lástima que al final hubiese tenido razón.

A Juliana no lograron sacarle nada. Cuando, por la mañana temprano, se plantaron en su casa para registrar y devastar en un vuelo las tres habitaciones, declaró que no sabía dónde andaba su marido. Que llevaba dos días sin dejarse ver el pelo. Lo dijo en tono de estudiado reproche, como la mujer desatendida de uno al que los hombres que acababan de irrumpir en su piso siempre se llevaran de copas.

También es posible que ya se haya largado dejándonos solos, dijo indicando con un gesto de la cabeza al pequeño Hugo dormido en la cuna.

No se fiaron de ella. Apostaron a dos SA para que no le quitaran ojo a la vivienda. Al cabo de unos días instalaron un foco en la fachada opuesta, que bañaba la veranda y las habitaciones contiguas con una luz resplandeciente durante toda la noche. Juliana tapó las ventanas con mantas, pero le ordenaron retirarlas. Cada vez que salía de casa uno de los centinelas se le pegaba a los talones.

Por las mismas fechas, aproximadamente, fijaron en el tablón de anuncios sobre el puente del río Nahe, junto a la sede de las SA, un cartel que decía: *Ochocientos marcos de recompensa por la cabeza del comunista Hugo Salzmann. ¡Vivo o muerto!* Sucedió todavía antes de las elecciones municipales del 12 de marzo de 1933, en las que el KPD obtuvo seis escaños en Kreuznach. Pero ya no había nadie para ocuparlos.

No consta el momento en que Salzmann huyó de Planig, si lo hizo inmediatamente antes o después de la definitiva toma de poder por parte de los nacionalsocialistas. En cualquier caso, ya sabía que solo se trataba de salvar el pellejo, y cuanto más pronto mejor, también por los que se jugaban la vida por él. Heinrich Kreuz consiguió hablar a solas con Julius Baruch, o, más exactamente, con Klara, la mujer de este.

Dadas las circunstancias, es un honor para nosotros, dijo ella. Julius lo conducirá y yo los acompañaré.

Los hermanos Baruch, Julius y Hermann, tenían fama hasta mucho más allá de Kreuznach. Eran dos atletas que habían convertido, casi en solitario, la unión deportiva del ASV 03 en un

equipo puntero de Alemania. En los campeonatos de Europa de 1924, Julius, en el apogeo de su carrera, había ganado la medalla de oro de halterofilia en la categoría de peso medio y la de plata en lucha; Hermann había sido campeón europeo de peso ligero en dicha disciplina. Mientras su hermano aún siguió activo por un tiempo, Julius se retiró a finales de los años veinte y montó, junto con su mujer, una empresa de taxis y vehículos de alquiler, al tiempo que entrenaba al equipo de luchadores del ASV 03. Se decía que su cuerpo de coloso abrigaba un alma de niño, y que era un espíritu sensible a la poesía amorosa. Con buen tiempo se le veía a menudo sentado en el parque del balneario con un libro en la mano. La familia Baruch tenía en gran estima a Hugo Salzmann, mientras que la relación de Julius con los nazis estaba marcada por una mutua aversión. A estos les resultaba francamente repelente aquel judío que habría sido capaz de agarrar por el cogote a dos de ellos, levantarlos en el aire como si nada y dejarlos patalear un rato antes de volver a depositarlos en la tierra sin contemplaciones.

A la mañana siguiente al día en que Kappel acordonó y peinó la localidad con su escuadrón por segunda vez, el matrimonio Baruch se presentó a bordo de un Ford negro ante la casa de la familia Kreuz. El hombre bajó, desapareció en el portal y salió poco después cargado con un saco del que cualquier viandante hubiera dicho que contenía remolacha o patatas. Introdujo el bulto cuidadosamente en el maletero, cerró la tapa y se acomodó en el asiento del chófer para encender el motor. Klara, a su lado, puso la mano sobre la suya. Le notó su tensión solo por la manera cómo agarraba el volante.

Poco antes de Bingen se detuvieron y liberaron a Salzmann de su escondite. Cabe imaginar que pasaron el día juntos, como cultos y refinados visitantes de la basílica de San Martín, inocuos excursionistas deambulando por el paseo del Rin o decentes comensales de un restaurante de bien donde no solían rastrearse las huellas de un comunista objeto de una orden de busca y captura. A última hora de la tarde, Baruch compró en la taquilla de la estación un billete de tercera para Sankt Ingbert, con trasbordo en Kaiserslautern, y lo deslizó en el bolsillo de la chaqueta de Salzmann junto con unos marcos en billete.

Se despidieron antes de que el tren entrara en agujas, y

Salzmann se perdió entre la multitud de viajeros que esperaban apretujados en el andén para volver a casa después de la jornada.

Su advertencia, pronunciada horas antes, de que los nazis iban en serio con su odio a los judíos y de que también ellos deberían pensar en abandonar el país, la había escuchado Julius Baruch atentamente. No dudaba de que su amigo tuviera razón. En términos generales, dijo. Pero estaba la empresa, y si ahora la vendían no sacarían ni para reembolsar el crédito pendiente. Además, tenía a Klara, que estaba con él a las duras y a las maduras, y este matrimonio con una cristiana lo protegería, lo mismo que su reputación de deportista. Sin olvidar que en la guerra mundial él sí se había jugado el pellejo por el káiser y la patria, a diferencia de los muchos que solo llevaban el grito de «Alemania, Alemania» en la boca. Y tampoco estoy completamente desasistido.

A un campeón europeo alemán no se le mete en un campo de concentración de la noche a la mañana.

Anda que no, dijo Salzmann. Y, dirigiéndose a Klara: Espero que consigas meter en vereda a este niño grandullón. Al cabo de un rato de silencio añadió: Ojalá un día pueda devolveros lo que hoy habéis hecho por mí.

En el Sarre, sometido a administración francesa desde 1920, vivía una tía suya que por lo pronto le dio cobijo. Juliana lo siguió poco después con el pequeño. Es posible que Tilla Heckmann y Käthe Daut, las hermanas de Salzmann y los únicos familiares que aún vivían en Kreuznach, la ayudasen a huir. No pudo llevarse más que una maleta con ropa.

Durante años todos los partidos, incluidos los comunistas, habían reclamado que el territorio fuese restituido a Alemania previo referéndum. Tras la toma del poder por los nazis, la alianza del Sarre se fracturó. Mientras estos y los políticos centristas seguían defendiendo la reunificación, el SPD y el KPD llamaban al mantenimiento del *statu quo*. Sin embargo, en la consulta del 13 de enero de 1933 más del noventa por ciento del electorado votó a favor de la anexión al Reich Alemán.

Fue ya en junio del 33 cuando los Salzmann se trasladaron a París. El hecho de que el resultado del plebiscito fuese previsible y

que el KPD tratara de poner a salvo a sus cuadros no basta como explicación. En efecto, en una lista de afiliados, al parecer confeccionada para la ejecutiva de la formación, se encuentra la malévola nota según la cual Hugo Salzmann abandonó la patria sin permiso del partido. En Francia se vio toda la dimensión de la derrota comunista y lo escasamente preparados que estaban para ella. Salvo una exigua prestación que les suministraba el Socorro Rojo, Hugo y Juliana dependían por completo de sí mismos; prácticamente ninguno de los camaradas los ayudó a encontrar albergue ni trabajo; tampoco se les ofreció apoyo para que fueran reconocidos como refugiados políticos.

Poco después de su llegada, la Prefectura de la Policía le retiró a Salzmann su tarjeta de identidad y ordenó su expulsión de Francia. Pasaron a la clandestinidad y vivieron tres años de forma ilegal, en París, siempre alertas y con miedo a ser denunciados o apresados en una redada. Solo en 1936, tras la victoria del Frente Popular, se les concedió el permiso de residencia. Jacques Duelos, diputado del partido hermano francés, hasta estuvo dispuesto a avalarlos. Pero la necesidad seguía apretando, y en septiembre del 39, después de la firma del pacto de no agresión germano-soviético, Salzmann incluso fue detenido y encarcelado durante varios días o semanas.

Quizá la desgracia también consistía en que Hugo nunca había escatimado esfuerzos y daba por supuesto que Juliana y el niño podían prescindir, al igual que él, de la menor comodidad. De hecho, lo hacían sin lamentarse; no tenían más remedio, y dado que Juliana, excepto el breve período en Kreuznach, siempre había sufrido privaciones, no las sentía como tales, sino que las consideraba ya un estado crónico. Tampoco se quejaba de que él apenas estuviera presente. Los demás hombres tampoco estaban con sus mujeres. Los de Stainz se entregaban al vicio en las tabernas, mientras que Hugo al menos hacía trabajo político, permaneciendo durante el día y hasta altas horas de la noche en una oficina cuyas condiciones, por motivos de seguridad, no le describió ni a la propia Juliana. Ella solo sabía que se trataba de un punto de contacto para camaradas, tanto mujeres como hombres, que habían huido de Alemania o regresaban al país para tareas de trabajo clandestino, y que eran adiestrados para su misión. Había que examinar minuciosamente a los refugiados si su solvencia presentaba un

resquicio de duda, puesto que la Gestapo procuraba infiltrar espías.

Quién sabe si su actividad se la pagaban siquiera, lo más probable es que no, o que era tan poco como cuando estaba de concejal en Kreuznach; en cualquier caso, no daba para vivir. Años después, recluso ya de la Gestapo, declaró en el interrogatorio que durante los primeros meses de París había trabajado, hasta que rompieron relaciones, con un comerciante textil judío realizando labores de empaquetador y mensajero por un sueldo semanal de cien a ciento treinta francos; posiblemente fuera mentira, y el que hubiera revelado la identidad del otro podría significar que, por aquellas fechas, ya sabía o podía presumir que el hombre había pasado al extranjero o a la clandestinidad o, simplemente, había muerto.

Cabe pensar, también, que aquel Jacques Burstein o Burztein no fuera el patrón de Hugo, sino el de Juliana. Su hijo se acuerda de que, a veces, cuando no encontraba a nadie para cuidar de él o porque ya tenía edad y cordura para acompañarla, se lo llevaba a la casa señorial de un comerciante en cuero. Son imágenes nítidas las que trata de evocar para mí: un vestíbulo amplio, en su memoria inmenso, del cual una escalera de madera curvada ascendía a la primera planta, donde había una sala ocupada por fardos de cuero de distintos tamaños y colores e impregnada de un olor que, dice, le parece estar percibiendo aún hoy. A menudo, clientes y recaderos pasaban con premura a su lado mientras, sentado en el escalón inferior, creía detectar en el veteado de la madera nubes, árboles y paisajes, sumido en un mundo fantástico y sin moverse del sitio porque su madre así se lo había pedido con el fin de no dar pie a que los señores de la casa lo enviaran fuera, en tanto que ella fregaba el suelo, escurriendo el trapo sobre el cubo a intervalos regulares, vaciando este de vez en cuando y volviéndolo a llenar de agua, siempre con manos rojas y lastimadas, manos a las que en casa ponía crema con movimientos escuetos y absortos que Hugo contemplaba, antes de que enroscara la tapa en la caja y le acariciara con las yemas las mejillas porque él lo deseaba. Entre el fregado del suelo y la aplicación de la crema, en el camino de vuelta a casa, cuando lloraba de hambre y sed, Juliana a veces le daba una moneda, una miaja, como decía ella: Ten, Huguito, cómpranos algo.

En las escasas fotos de los años de París, tomadas con la cámara de formato 135 de un conocido, presumiblemente compañero de exilio de su padre, ingeniero según oyó decir más tarde, su penuria, en realidad, no se aprecia. Un día de comienzos de primavera, los rayos de sol que empiezan a calentar. Un parque, un camino de grava, la familia vestida de domingo, de buen ver; su madre, con blusa blanca de manga corta y gorra ladeada de forma un tanto audaz sobre la oreja izquierda; el padre, con corbata y la chaqueta sin abotonar; delante de él o a su lado, el pequeño Hugo, de pantalón corto y medias blancas, un poco encogido por la presencia del fotógrafo y porque tiene que estar quieto para que la imagen no salga borrosa. Hubiera preferido correr hacia el pequeño estanque con surtidor, donde en una ocasión echó a flotar un barquito que su padre había fabricado para él con cortezas de árbol. Una astilla le servía de mástil y un bramante aguantaba la vela de papel recortado cuidadosamente, extraído quizá del *Trait d'Union*, el periódico del Socorro Rojo que Hugo Salzmann reproducía con la ciclostil durante la mitad de la noche para que pudiera distribuirse en los portones de Renault antes de comenzar el turno de la mañana, lo que más tarde, en el interrogatorio, reconocerá, ya que las pruebas serán abrumadoras. Solo corregirá a la baja la tirada; nunca fueron más de mil ejemplares, dirá.

El vago recuerdo de una habitación de hotel con el empapelado hecho girones, la idea difusa de muchas habitaciones en muchos hoteles. La premura con que los padres recogían sus pertenencias cada vez que se les advertía de un registro policial. La huida por la escalera de atrás y por el patio. El fragor de la calle que se abatía sobre ellos. El miedo a los *flics* que, envueltos en capas negras impermeables y tocados con ridículas gorras de otra época, se lanzaban en pareja a la caza del refugiado, tiraban de pronto sus bicicletas en medio de la calzada y se precipitaban sobre algún transeúnte. El olor seductor de las galerías del metro, olor a algo más que a goma, hierro, lubricante y sudor. El traqueteo de los vagones. El fogonazo de las luces. Los ataques de pánico en la oscuridad que desde entonces se han enquistado en su cuerpo. La sensación de abrigo, a pesar de todo, cuando, cogido de la mano de la madre, caminaba por los mercados y ella lo mandaba a pedir la mercancía porque no dominaba el francés y porque una criatura con

sus ojazos era capaz de mover el corazón de cualquier mercachifle, y en efecto: el que estaba detrás del mostrador a veces le añadía un trocito al cuarto de libra de mantequilla que acababa de pesar en la balanza. *Pour le gosse*, decía con una sonrisa. O cuando el padre lo levantaba y lo abrazaba rozándole la mejilla con la suya. El cosquilleo de los cañones en su tez delicada, el áspero aroma del tabaco negro, la visión de las volutas de humo que el padre, por complacerle, exhalaba para que se elevaran hacia el techo… el chico no se hartaba de verlo.

De lo que no se acuerda y solo se enterará *a posteriori* es de la actividad que su padre ejerció, por encargo de la ejecutiva del exilio, como responsable de la distribución de material informativo y como técnico imprescindible, según lo calificó Franz Dahlem, miembro de la directiva parisina junto con Siegfried Rädel, Heinrich Rau y Philipp Daub, en su obra *En vísperas de la Segunda Guerra Mundial*. Hugo Salzmann no solo tenía habilidad para reparar máquinas de imprimir, arreglar fusibles o preparar maletas de doble fondo, sino que se encargaba también de la producción y el envío de periódicos y octavillas y trabajaba en la Unión de Defensa de los Escritores Alemanes, donde conoció al autor Hans Marchwitza, quien lo convenció para que pusiera por escrito las condiciones de trabajo y circunstancias de vida de sus antepasados, para las generaciones futuras, como Marchwitza decía con optimismo, un manuscrito titulado «Los sopladores de vidrio», que Lore Wolf, una camarada y amiga de la familia pasó a máquina en un cuarto de hotel de la calle Saint-Sébastien, y que se perdió para siempre por haber sido quemado roto y arrojado pedazo a pedazo a las alcantarillas; será su simple recuerdo el que atraviese, en la sala del tribunal y cual flechazo, la cabeza de Hugo Salzmann, la imagen de la amiga sentada de espaldas a la puerta ante el escritorio de Marchwitza, aporreando las teclas y volviéndose de vez en cuando para preguntarle en su familiar dialecto bajofrancón por una palabra que no lograba descifrar.

Y los recuerdos de Lore Wolf, consignados al cabo de varias décadas en su relato autobiográfico *Una sola vida es demasiado poco*, donde aparece una joven rubia que lleva de la mano a un chico de tres años con ojos oscuros y carita pálida. Recuerda al chico quejándose del hombre que acaba de negarle el pan, sus buenas

palabras para tranquilizarlo, el reproche del pequeño, pero si tengo hambre por qué no puedo decirlo, por qué lloras siempre que lo digo, su respuesta, porque me duele el corazón, chico querido, el silencio apenado de la criatura. Recuerda, también, que Juliana a veces les llevaba una cántara de sopa a ella y a su hija, caminando desde el centro urbano hasta Montparnassc y sosteniendo con una mano el asa y con la otra al niño, ya más grande y más vivaz.

Es posible que fuera gracias a la mediación de Lore que encontraran un hospedaje temporal para el pequeño Hugo en Suiza. En julio del 36, el partido la envió a Basilea o Zúrich para que colaborara con el Socorro Rojo, prohibido en ese país, donde entró en contacto con personas que anhelaban ayudar a los perseguidos. El caso es que aquel año y al siguiente Hugo pasó once meses en Suiza, con cinco familias o matrimonios distintos, de los cuales solo ha conservado, aparte de un sentimiento de profunda gratitud, estos nombres y direcciones: Hedy y Will Herzog, en Schlieren (Zúrich); Martha Knobel, en Erlenbach (Zúrich); Paul Weisskopf, Pratteln (Basilea).

Con Volker y Tamara Scheu, en cambio, y también con Nina, hermana de Volker, mantuvo una relación laxa aún de adulto. Le escribían de pascuas a ramos, Tamara la última vez desde Jerusalén, adonde se había trasladado de viuda tras la Guerra de los Seis Días a fin de montar un centro para asmáticos, institución que no existía en Israel. Volker y ella habían sido médicos de familia en Zúrich, y Nina había sido maestra en el colegio de enseñanza primaria de Gfell, aldea cercana a Sternenberg y a treinta kilómetros de la ciudad, donde había cuatro casas de labriegos y una taberna, además del edificio escolar, dotado con una biblioteca de préstamo y un puesto de primeros auxilios. El día de San Martín, Hugo todavía lo recuerda, participó en el desfile de farolillos junto con niños mayores que él, que lo aceptaron generosamente.

En dos ocasiones fue huésped de la familia Scheu, pero solo por unas semanas para evitar que la Policía de Extranjeros supiera de su presencia, ante todo porque esta pareja de médicos no ocultaba sus convicciones marxistas, lo que la ponía en el punto de mira de las autoridades. La segunda vez lo acompañó su madre unos días, y visto desde hoy le cuesta entender por qué su padre no puso todo su afán en que los dos pudieran quedarse en Suiza. ¡De lo que él y,

sobre todo, ella se habrían librado! Pero quizá lo intentó y todos sus esfuerzos resultaron vanos.

En su primera carta, aún conservada, y que lleva fecha de octubre de 1948, Tamara Scheu le decía al «querido gran Hugo júnior» que algunas de sus frases de antaño seguían muy presentes en la familia. «Por ejemplo, una ocasión en la que yo te servía verduras (que no te gustaban) me soltaste un ¡Que se las coma Hitler! En otra te preguntamos qué aspecto tenía tu padre, y tú contestaste: No oigo nada, y te tapabas los oídos con las manitas. Y la vez que repartí plátanos entre los niños (Tuzzi, Heiner y tú) pediste más y yo dije ¡Lo mismo para todos!, pero tú insististe: ¡*Porfa, porfa, mademoiselle*!, una reminiscencia, seguramente, del francés. Entonces Volker te preguntó: ¿Qué quiere decir *mademoiselle*?, y dijiste: Quiere decir hermosa *madame*. Fue tan gracioso que todos nos reímos y te dimos otro plátano como recompensa. Pero lo más bonito fue cuando, poco antes de la guerra, estuviste con tu querida madre en casa de Nina, en Sternenberg. Era otoño y hacía fresco, los bosques de las montañas y de los barrancos explotaban en una llamarada de colores, y tú llevabas largo rato mirando por la ventana cuando de pronto exclamaste con voz casi solemne: ¡Qué país tan hermoso!».

Pero volvamos al otro país, a su capital, cuando faltaban dos años para que estallara la guerra, momento que Tamara Scheu asoció a la última estancia de Hugo con la familia. Durante su ausencia, los padres por fin habían encontrado alojamiento fijo en la avenida Pasteur del suburbio de Montreuil, en un sórdido bloque de pisos de alquiler regentado por una conserje resoluta de edad indefinida y estados de ánimo cambiantes, que inspiraba al chico unas veces miedo y otras, confianza. En el inmueble, donde se hacinaban sobre todo exiliados españoles, italianos y portugueses, una angosta escalera se enroscaba hacia la tercera planta, en la cual una galería abierta circundaba el oscuro patio interior. De allí se accedía al cuartucho en el que dormían, los tres sobre un armazón de hierro que de día podía subirse y fijarse en la pared por medio de un gancho. Contra el tabique opuesto, una mesa y dos sillas. Tal vez también un armario lleno de rasguños, tal vez una cuerda tendida de pared a pared donde colgar la ropa. Al lado del cuarto, detrás de una cortina, una minúscula cocina, un hueco, en realidad,

con el infiernillo eléctrico. Chinches que por las noches asaltaban a los durmientes. Su padre cogiendo un trozo de papel de periódico, prendiéndole fuego y quemándolas capa por capa y de abajo arriba en las paredes.

Pero no servía de nada. Los bichos volvían al día siguiente, yo estaba lleno de mordeduras y arañazos. Era horrible.

Horrible como el retrete, un cuchitril junto a la galería con un hoyo en el suelo. Estaba casi siempre atascado, entonces los excrementos llegaban hasta el tobillo. Más de una vez Hugo se resbaló y se cayó cuan largo era. Temblaba de frío mientras la madre lo limpiaba al chorro de la bomba de agua que había en el patio.

Lo que no se quitaba era el hambre. Cuando se hacía insoportable, Hugo imitaba a los cantantes callejeros cuyo repertorio había aprendido escuchándolos con paciencia. Entonaba a pleno pulmón, en la calle o en un patio trasero, cantos sobre las cerezas de primavera, las penas de amor o el puente de Aviñón, para luego recoger rápidamente las pocas monedas envueltas en papel de periódico que los vecinos le echaban en el pavimento. A menudo, padre e hijo bajaban a la calle por la noche para hurgar en los contenedores de basura. Juliana rascaba la suciedad del pan duro que traían, lo partía en rebanadas, cuidadosamente, para evitar que se hiciera migajas, le echaba gotas de aceite y esparcía encima ajo finamente picado antes de calentarlo en el infiernillo. Un asomo de felicidad, que todavía hoy Hugo cree olfatear.

Los domingos, la familia Bernard los invitaba a comer. Anna Bernard, de soltera Assmann, su hermano Philipp y el padre de Hugo se conocían desde pequeños, de Kreuznach. Allí, Anna se casó en 1920 con un soldado del ejército de ocupación francés y se mudó a París. Vivían con sus cuatro hijas en el suburbio de Villejuif, en una casita con jardín, donde Anna cultivaba hortalizas. Roger, su marido, trabajaba de limpiacristales, actividad que desempeñaba con orgullo, aplicación y conciencia de clase. La pregunta es cómo se enteró de la presencia de Salzmann en París; posiblemente, por la correspondencia de su mujer con los suegros en Kreuznach, que le comunicarían a Anna, en clave, que su hermano había sido deportado a un campo de concentración por su postura antinazi.

Un día del año 1935, Roger, de repente, se presentó ante Hugo

Salzmann, en la oficina de este, punto de contacto para combatientes de la resistencia alemana. Lo abrazó, preguntó cómo estaban su mujer y el niño, y los invitó a Villejuif para el domingo siguiente. Allí, Salzmann conoció novedades sobre Kreuznach, algunas estrictamente secretas pero que circulaban por la ciudad. Por ejemplo, que el ceñudo SA Kappel había tenido problemas con su propia gente por haber recibido, desde París, periódicos antifascistas (*La Tribuna, La Bandera Roja*) junto con una carta en la que se le agradecía «el donativo ilegal». La Gestapo había interceptado el envío, y Kappel se había visto en la necesidad de probar lo contrario. Otro tanto le ocurrió al excomunista Hans Umbs, que tras el golpe de 1933 se afilió en un santiamén al partido nazi. Corrían rumores de que se trataba de una acción urdida por Salzmann, al fin y al cabo él era el único comunista conocido en la localidad que había huido a Francia. Hugo Salzmann, tanto entonces como más tarde, tras la liberación, dejó sin confirmar que hubiera sido autor y artífice de aquellas bromas. Ante la Corte de Justicia del Pueblo, en Berlín, lo negó todo. Como también negó, en el interrogatorio a manos de la Gestapo, que se hubiera reunido con Philipp Assmann en París. Pero fue así: cierto tiempo después del reencuentro con los Bernard llamaron a la puerta de la oficina de los exiliados, y cuando Salzmann fue a abrir, se encontró de frente al espigado Assmann. Lo había traído Roger. Abrazos, lágrimas de alegría. Luego, Hugo empujó al amigo de juventud hacia el pasillo.

Cuidado, Philipp. No cuentes aquí nada. Nada de nombres. Iré a veros a Villejuif.

Ningún exiliado que volviera a Alemania para trabajar en la clandestinidad, ni visitante alguno procedente de allí, ni tampoco los parientes de los exiliados podían entrar en la oficina. Esta norma se cumplía rigurosamente, y había sido una vulneración grave que a Bernard se le hubiera facilitado el acceso.

La inesperada presencia de Philipp se explicó rápidamente: lo habían soltado del campo, y su añoranza de la hermana y su familia lo movió a pedir pasaporte y autorización de salida a Francia. Le expidieron ambos documentos en el acto, lo que debería haber despertado su recelo; de hecho, durante el viaje, estuvo buscando con la mirada a individuos sospechosos, pero no detectó ninguno. A su vuelta resultó que la Gestapo estaba perfectamente informada

sobre sus encuentros en París. Lo único que no pudieron probarle fue su reunión con Salzmann, y ni siquiera bajo tortura lograron sacarle una confesión.

En la Pascua del 38, cinco meses antes de que expatriaran a su familia del Reich Alemán, Hugo fue escolarizado. El estudio no le costó trabajo. En Navidad, y también al año siguiente, recibió, como único alumno de la clase, una medalla por aplicación y buena conducta. Apretadas filas de niños y de adultos sentados, el director sobre el escenario, música solemne, largos discursos. Recogió la distinción temblando de la agitación que sentía. Antes o después, el percance en el aula, una sala alargada que descendía hacia el estrado de la maestra; Hugo, sentado en la última o penúltima fila, tenía que ir al baño con urgencia y levantaba la mano, cada vez más desesperado, pues la mujer no le hacía caso. Hasta que ya no pudo contenerse. Un cálido reguero corría serpenteando de atrás hacia delante pasando bajo los púlpitos y asientos. Alboroto creciente, risas, burlas. La regañina de la maestra.

Boche. Tenía que vivir con el insulto. También con el hecho de que no encontrara más compañeros de juego que los hijos de los Bernard. Una vez, en una alameda de castaños, unos chicos de un curso superior lo agredieron tirándolo contra el tronco de un árbol y golpeándole en la cara. El no defenderse no le ayudó. Llorando, con la oreja sangrando y rasguños en la mejilla y la rodilla, subió a tientas los escalones de la casa de la avenida Pasteur. Su madre lo atendió como mejor supo, lo cogió de la mano y puso rumbo al colegio. Al día siguiente, tuvo que acompañar al director en su vuelta por las aulas para descubrir a los malhechores.

A principios del 33, Juliana había mandado señales de vida a su padre y a sus hermanas en Stainz, quizá a través de una postal desde Kreuznach, comunicándoles que se había casado y había sido madre de un chico. En medio del torbellino de los acontecimientos no se sentía capaz de confiarse a los suyos, y es posible que temiera preguntas por la religión y el credo político de su marido. Más tarde, fueron la precipitada huida y las estancias discontinuas las que le impidieron restablecer el contacto. No fue hasta el 26 de noviembre de 1938 que se atrevió a escribir una carta a Ernestine, alentada por un sueño en el que se le aparecía su hermana, insegura de si la misiva le llegaría y provista esta, por motivos de seguridad,

de una dirección falsa. Contaba que ya tenían un hijo de seis años. «Es un chico alto, guapo y educado. Hugo ya va al colegio y habla perfectamente el francés y el alemán. Me pregunta muchas veces por mi patria, y entonces le explico cómo es el paisaje, y él tiene ganas de conocerla». Ernestine debió de contestarle a vuelta de correo, pues la segunda carta que Juliana mandó de Montreuil lleva fecha de 5 de diciembre de 1938.

«Queridos padre, Tini y Peter:

»Hemos recibido con gran alegría tu entrañable carta y te la agradecemos de todo corazón, querida Tini. Me has escrito mucho, de manera que yo también voy a contestaros mucho. La foto me da una gran alegría, y lo que más me gusta es que todos sigáis estando tan bien, sobre todo padre. Tú y él apenas habéis cambiado. Se ve que Peter, tu marido, es una persona amable. Querida hermana y cuñado: recibid de nuestra parte los mejores deseos para vuestra vida de matrimonio. Dices, Tini, que te cuente mi sueño. Pues bien, te veía a ti y a la señora Kollmann, y tenías una niñita encantadora de dos años cogida de la mano. Sí, os deseo de todo corazón un hijo o una hija. Paciencia, ya llegará.

»Nannerl es guapa, dile que no se precipite. Aún está a tiempo para encontrar a una persona que tenga intenciones serias con ella. Es cierto que hoy en día esas personas no abundan, pero todavía se encuentran. Pues bien, ahora os voy a hablar de mí, mejor dicho, de nosotros.

»Como sabes, me casé en 1932. Teníamos un piso bonito de tres habitaciones con cocina. No nos faltaba nada, teníamos muebles, ropa, loza, Hugo trabajaba y ganaba lo suficiente para vivir con dignidad. Todo eso fue y pasó. Quizá todavía recuerdes que cuando os escribí, en 1933, empezó para nosotros y para millones de personas una vida difícil. No tenemos la mala suerte de ser considerados judíos o semijudíos. No, mi marido es un ario puro, según los conceptos de la Alemania de hoy. Aun así terminamos en París. A pesar de ser arios. Pues sí, querida hermana, pero no puedo decirte cómo y por qué llegamos aquí, te lo contaré con detalle en otra ocasión. Cuándo volveremos a vernos. Querida Tini, preguntas si estamos bien. Tengo que contestar que no a esa pregunta.

Llevamos cinco años de enormes privaciones, una vida sin trabajo y sin derechos. No os podéis ni imaginar lo que es esto. Pero no nos falta ánimo, y tenemos la convicción de que algún día volveremos a estar como antes. Desde luego, perdimos nuestro piso y lo demás, la ropa, la loza, o sea, todo. El pequeño tenía seis meses cuando tuvimos que marcharnos. Pues sí, eran tiempos que no se olvidan.

»Pero Hugo es una persona querida y honrada, nos entendemos muy bien y lo acompañaré adonde sea.

»Así es la vida, querida Tini. También aquí, en Francia, los extranjeros lo pasan mal, porque Hugo no puede trabajar a pesar de tener un buen oficio.

»Ahora quiero preguntaros algo, esperando que me contestéis pronto que sí o que no. Necesitaríamos un poco de ayuda: si fuera posible que nos mandarais diez marcos de vez en cuando, os lo agradecería muchísimo. Os los devolveríamos en futuras condiciones. Si uno de vosotros tiene pasaporte, podríais hacerme llegar diez marcos por ser vuestra hermana.

»Querida Tini, no me gustaría que Luise o Lisa volvieran a juzgarme, pues quizá ninguno de vosotros puede comprender nuestra vida de hoy. Lo que os pido no sería tanto para Hugo ni para mí, sino para nuestro pequeño, para que pueda comer un poco mejor.

»Esto es todo por hoy, escribidme pronto.

»Un afectuosísimo saludo al padre, a ti, querida hermana, a tu marido, a Nannerl y a todos los demás hermanos, de parte de vuestra Juliana.

»Saludos muy cordiales de Hugo padre.

»Muchos besitos del Hugo pequeño».

Ni idea de si los hermanos le giraron dinero más de dos veces. Ernestine, de eso no cabe duda, dio todo lo que podía dar. Pero salvo ella solo tendrían pasaporte, obligatorio para realizar transferencias internacionales, Lisa, Luis y Luise, todos sospechosos de haberse desentendido de ayudas regulares. Lisa, la mayor, porque siendo la señora de compañía de la condesa Elisabeth Jordis de Attems se creía muy superior y siempre le había sacado faltas a Juliana. Luis, porque había ascendido de ayudante de cerrajero a

secretario de aduana y tenía que temer que prestar apoyo económico a enemigos del Estado pudiera dañar su posición y buen nombre. En cuanto a Luise, es poco probable que se hubiera compadecido de su hermana, dadas las prisas que se dio para divorciarse de su marido judío inmediatamente después de la anexión de Austria.

Juliana habría agradecido cualquier centavo. Hugo padecía anemia, tenía un sarpullido provocado por el hambre y agujeros en las piernas. Estaba infestado de lombrices, y a veces su madre le sacaba una solitaria que medía diez o quince centímetros. No había médico, fuese francés o refugiado, que lo atendiera regularmente. Y el matrimonio Scheu estaba lejos, en el hermoso país oculto tras la bruma de las privaciones.

El 31 de agosto de 1939, a medianoche, entró en vigor la movilización general. Aquella misma madrugada fueron detenidos los primeros exiliados. Lore Wolf menciona a Philipp Daub, el austríaco Bruno Frei, Hugo Salzmann. Este es, para los próximos nueve años, el último recuerdo que Hugo tiene de su padre: golpes en la puerta que lo despiertan, el grito de *Ouvrez! Police!*, su padre enfundándose el pantalón y yendo a abrir, dos hombres robustos pidiéndole nombre y apellido e instándole a acompañarlos. Seguramente aún abrazó a Juliana, pero Hugo no es capaz de acordarse. Únicamente recuerda que, acostado en la cama y llevando solo una camisa en el cuerpo, siente cómo su padre se inclina sobre él y le estampa un beso de despedida en el trasero desnudo.

La mayoría de los exiliados alemanes, a excepción de las mujeres con hijos menores de catorce años, fueron arrestados en los siguientes días, o bien acataron la orden, divulgada en carteles, de comparecer de inmediato ante las autoridades. «Decidimos que de ninguna manera nos entregaríamos libremente», escribe Lore Wolf. «Un día, estuve de las ocho de la mañana hasta la caída de la noche detrás de una columna de anuncios en Montrouge para ver cómo algunos de los nuestros, no obstante, se presentaron. Quizá en ese trance no se podía decir con precisión qué era lo correcto, el tiempo lo demostraría. Yo opinaba que de ningún modo debía uno entregarse, y tenía la cara bañada en lágrimas al ver a varios caminar con la mochila y la maleta hacia el lugar de

comparecencia».

También Hugo Salzmann había cargado con su maleta. Quizá logró avisar a Juliana para que le llevara una manta al estadio de tenis de Roland Carros. Las noches eran frías pese a la época del año, después de un chubasco el agua goteaba sobre la paja extendida debajo de las gradas, y de nada servía que Hugo enseñara a los demás internos cómo colocar tablas en el sitio donde dormían para protegerse de la humedad del suelo. Un día, Juliana supo que casi todos los arrestados fueron evacuados con destino ignoto, y al cabo de unas semanas le llegó la noticia de que su marido se encontraba en el campo de Le Vernet d'Ariège. No se hacía una idea cabal de las condiciones que allí reinaban, tampoco serían peores que las sufridas por ella y el niño, pensó, pero luego se filtraron pormenores contados por excombatientes de la guerra de España que se fugaron de aquel campo de barracones situado en la llana zona prepirenaica: vejaciones de la Garde Mobile, un frío feroz, alimentos podridos, ratas cazadas y cocinadas en latas de conservas. Además, las suspicacias entre los presos, sus rivalidades, los enfrentamientos entre los comunistas alineados con el partido y quienes no aceptaban el pacto entre Hitler y Stalin.

Las mujeres, en París, se reunían para tejer medias que el Ministerio de Defensa adquiría para el ejército. Por cada par de calcetines les daban doce francos, apunta Lore Wolf. Con eso compraban aceite de hígado de bacalao, biscotes, salchichón y piel de naranja desecada. El dinero que recaudaban gracias a campañas de recolecta llevadas a cabo por los camaradas franceses lo utilizaban en la compra de lana para tejer jerséis y chaquetas. Por lo general, a los reclusos se les entregaban los paquetes, y ellos les daban las gracias con cartas en las que incluían dibujos y regalos de su propia factura. Es de suponer, pero no existen pruebas, que Hugo Salzmann talló, a partir de huesos, algún anillo, tulipán, gato, camello o golondrina, objetos inútiles en realidad pero solicitados en el campo, que podía trocar por cuatro cigarros o un chusco de pan. Un diario de sueños del escritor Rudolf Leonhard, internado junto con él en Le Vernet, da testimonio del aprecio de que gozaban las creaciones artesanales de Salzmann.

Mientras, el ejército alemán se lanzaba sobre Polonia, y en mayo de 1940 aplastaba los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo,

hallándose en Francia a punto de acabar con aquel estado de indecisión que ha pasado a la historia como *drôle de guerre*. Ya no había paz, pero aún no era la guerra abierta. Luego, en los primeros días de junio, cayeron bombas sobre París. Meses antes, cuando su padre todavía estaba con ellos, Hugo había admirado los globos cautivos que planeaban en el cielo. Asomados los tres a la ventana, su padre le había explicado que servían para proteger a la población de los aviones de Hitler, pues la cantidad de globos hacía que los pilotos perdieran la orientación. Ahora, en plena noche, la guerra había llegado; aullaban las sirenas, se fue la luz y Juliana se precipitó con él escaleras abajo, con cuidado, eso sí, a pesar de las prisas y las apreturas, a fin de no tropezar en los escalones torcidos y desgastados. En cierto momento encendió una cerilla, pero se extinguió al instante. Después, junto con otros vecinos de la casa y entre el estrépito y el tableteo de afuera, estuvieron agazapados en el sótano, y Hugo no sabía si taparse los oídos o abrazarse al cuello de su madre. A la mañana siguiente, la ciudad le pareció la de siempre, vio una sola casa en ruinas, pero en su calle no se apreciaban daños.

El 14 de junio, las tropas alemanas entraron en París. Hugo no se acuerda. Tampoco se acuerda del intento de huida que Juliana emprendió con él y Hannelore, la hija adolescente de Lore Wolf. Tres o cuatro meses antes, Lore, por mediación del Comité Judío, había entrado a trabajar en una fábrica de municiones en Fourchambault porque ya no sabía de qué vivir. Hannelore se había quedado con una familia francesa en el suburbio de Saint-Ouen. Al comenzar el éxodo masivo hacia el sur, Lore tomó la dirección opuesta poniendo rumbo a París, mientras Juliana, con Hugo y Hannelore, trataba de abrirse camino hacia Borgoña, donde la suponía. En las carreteras y vías férreas imperaba el caos; huían a cada rato hacia los campos o bajo los árboles para buscar refugio ante la aviación alemana en vuelo rasante; pasaban junto a camiones calcinados, y veían tirados en las cunetas a niños, mujeres y soldados muertos, hechos guiñapos. Cuando oyó que los puentes sobre el Loira habían sido destruidos, optó por volver. Poco después de ella y los niños, también Lore llegó a la casa de la familia de Saint-Ouen, en cuyas manos había dejado a su hija. A los dos meses fue arrestada por la Gestapo.

Las biografías de Gustav Regitz y de su mujer, Margarete, han tardado en llegar a nuestro presente. Los dos surgen en las memorias de Lore de forma repentina, en un momento en que, por lo pronto, todo está perdido y no queda nadie para dotarlos, en esa situación, de cara, de cuerpo, de crónica; nadie salvo Tanya Lieske, sobrina segunda de Margarete, que ha investigado las circunstancias de ese matrimonio. Regitz era natural del Sarre, lo que explica por qué el juicio entablado contra él varios años después de la guerra se celebró ante un tribunal de Sarrebruck. Juicio al que fue citada Lore Wolf en calidad de testigo, aunque luego le impidiesen comparecer, pues las autoridades la sacaron del tren en Kaiserslautern para retenerla durante dos días por razones inverosímiles. En 1951, el acusado fue absuelto del cargo de crimen de lesa humanidad por falta de pruebas, en consideración a su situación forzosa y señalándose que incluso un régimen ilegal tenía derecho a defenderse de acciones de alta traición.

Gustav Regitz, un joven socialista llevado al borde de la muerte en el campo de Dachau. En febrero de 1938, la Gestapo lo había puesto en libertad con la condición de que realizara para ella servicios de espionaje. Al año apareció en París.

Ellos tenían la premonición de que había claudicado, pero no querían admitirlo.

En los meses previos a la movilización general, Regitz vivía con su mujer en el mismo hotel que Lore, en la calle de l'Ouest del distrito XIV. Fue arrestado e internado en un campo francés. En junio de 1940, ya después de la invasión del ejército alemán, de súbito reapareció. Habiendo escapado o siendo liberado, no fue el único en volver a la zona ocupada por la Wehrmacht. Lore acababa de ganar un poco de dinero e invitó a Regitz, a su mujer y a Juliana a un banquete consistente en ensalada de patatas. Con Hannelore y Hugo eran seis. Cuando Regitz entró, a Lore le sorprendió su elegante vestimenta. Llevaba traje nuevo y camisa blanca, y lucía varios anillos en los dedos. Recelosa, Lore se fijó atentamente en lo que decía y en cómo se movía.

«Durante la comida estaba sentado frente a mí. Lo miré de frente a la cara y le pregunté:

»—¿De dónde has sacado ese traje tan bonito? Viniendo como vienes del campo…

»—Lo he comprado —repuso.

»Insistí: —¿Cuánto te costó?

»—Doscientos marcos —dijo como de pasada.

»Mi sospecha fue a más. —¿Y cómo tienes tú tanto dinero?

»—Ah, pues en el campo había un judío al que le quedaban ochocientos francos. Me dio la mitad.

»Incluso mi hija se dio cuenta de que mentía. Cuando dijo que el traje le había costado doscientos marcos, Hannelore me golpeó con fuerza en la tibia bajo la mesa, y Juliana me dirigió una mirada sabedora».

Que sintió un sofoco, continúa Lore, que se pasó la mano por la frente para ahuyentar la idea de que Regitz pudiera ser un informante de la Gestapo. Hasta que llegó aquel día en que el aire se teñía de azul y en el cielo de París no asomaba una sola nube, mientras desde la calle ascendían las voces de los comerciantes del mercado. Aquella mañana del 30 de agosto de 1940, Lore esperaba con creciente preocupación a tres excombatientes de España que, desafiando peligros e incertidumbres, habían recorrido a pie los seiscientos cincuenta kilómetros desde Burdeos a París. Regitz los había colocado en otro albergue, y ellos habían anunciado su llegada para las diez, cuando ahora ya eran casi las doce. Lore le pidió a Regitz que fuera a ver qué pasaba. Volvió a los diez minutos. Detrás de él, dos agentes de la Gestapo entraron en la habitación. La pusieron patas arriba y encontraron un fajo de octavillas que llamaban a la resistencia contra las tropas de ocupación alemanas. Se llevaron a Lore, a Elly Schleicher, una exiliada de Berlín, y al manco Louis Jung, huido a Francia desde el Sarre, quien, sin sospechar, nada llegaba en aquel mismo instante para entregarle a Lore sus zapatos remendados. No se llevaron a Regitz ni a su mujer, quien también estaba en el piso. Hannelore aún no había vuelto del colegio.

No consta cuál era por entonces el paradero de Juliana. Cuesta imaginar que se expusiera al riesgo de seguir en la casa de la avenida Pasteur donde, además, ya no podía pagar el alquiler. Al principio, madre e hijo encontraron refugio en casa de los Bernard, luego los fueron pasando de sitio en sitio, unos días aquí, un fin de semana allá. Eran cada vez menos los franceses que acogían a personas perseguidas exponiéndose ellos mismos al peligro.

En una carta que llegó a manos de Hugo Salzmann a mediados de agosto, Juliana insinúa lo desesperada que es su situación y le comunica que hará lo posible por dejar al pequeño al cuidado de su hermana Ernestine. Una salida que habían meditado ya repetidas veces poniendo sus esperanzas en Volker Scheu. Sabían que este tenía buenas relaciones con la Cruz Roja Internacional, y tal vez podría llevar al niño de París a Stainz sin que los padres se viesen obligados a declarar su conformidad en una sucursal de la Cruz Roja Alemana u otra institución que colaborara con la Gestapo. Si Juliana se hubiera dirigido a la delegación francesa de la organización de ayuda humanitaria con ese propósito, la habrían arrestado en el acto. Y Salzmann, en Le Vernet, carecía de por sí de esa posibilidad. A la buena ventura le había dado plenos poderes a Scheu para que lo representara en todas las cuestiones relativas a su hijo. De forma manuscrita, sobre una hoja de papel cuadriculado, confiando en que llegara a su destinatario, en Zúrich.

Luego, sin noticias de Juliana. Nada que disipe la bruma en los recuerdos de su hijo. Solo lo que supo muchos años después. Que Anna Bernard fue detenida. Que a Roger, durante el registro domiciliario, se le dijo que ella solo saldría en libertad si Juliana Salzmann comparecía ante la policía. Que Juliana formuló una ecuación que enseguida vio que era equivocada. Cuatro hijos contra uno. El 27 de noviembre se entregó a las autoridades alemanas. No obstante, dice Hugo, aún pasaron tres meses hasta que Anna Bernard fuera puesta en libertad. Le falta el último momento de la unión con su madre. Sin duda, ella, que tanto sufrió por no poder darle una infancia despreocupada, no quiso agravar el dolor de ambos con una despedida. Simplemente se marchó sin volver.

Ya había estado allí antes, de visita, con su madre. De aquella vez podría datar la foto en cuyo dorso Juliana anotó «Maulé, Navidad de 1939». Hugo, de pantalón corto, reclinado en la pared, a su lado y delante de él dos perros greñudos y un par de gallinas rascando el suelo. A sus espaldas, por encima de su cabeza, las ventanas con los cristales rotos.

Cuando volvió, todo le pareció ajeno y hostil. El matrimonio habitaba una casucha en ruinas, con el techo de chapa ondulada y

el suelo de tierra apisonada; los cristales, siempre rotos o reemplazados por cartón y papel de periódico pegado; delante, una sala con un fogón y una tubería que atravesaba el ambiente; detrás, un cuchitril con un camastro oxidado donde le asignaron el lado de los pies. *Madame* Leclus, pelirroja, refunfuñona y sin pelos en la lengua; *monsieur* Leclus, con bigote cano, escuálido y enfermo del pulmón. Fuerzas menguantes. El chico les vino de perlas.

Aprender a cazar liebres con un nudo corredizo. Rastrear nidos de hámsteres y expoliar las reservas de guisantes después de que Leclus hubiera matado a hachazos a los animales que lanzaban bufidos. Cargar con un haz de leña a la espalda y llevarlo a casa. Luego, partir la leña sobre el tajo, delante de la choza. Robar melocotones en la vecina plantación de fruta. Sacar patatas de un campo tras excavar al abrigo de la oscuridad. Ir a buscar leche con una cántara pesada a la granja más próxima, a dos kilómetros de distancia. Una vez Leclus taló un árbol que a Hugo le cayó encima. Perdió la conciencia. Días con lacerante dolor de cabeza.

Después, en París estalló la hambruna. Una noche, Hugo se despertó sobresaltado oyendo disparos. Leclus dijo que eran los campesinos, quienes echaban a los merodeadores venidos de la capital. En una ocasión, el viejo le ordenó que fuera al pueblo más cercano a mendigar pan a los alemanes, estacionados en la localidad. Obedeció, qué remedio con sus ocho años, y emprendió el camino. La choza se encontraba al borde de un altiplano, desde donde la carretera bajaba en serpentinas hacia el pueblo. Allí abordó al primer soldado. En efecto, el hombre le regaló una hogaza, sin que el hecho de que el chico hablara alemán despertara su curiosidad o suspicacia. A la vuelta, mientras remontaba las empinadas y tortuosas laderas, Hugo lloró por el frío que le entumecía los dedos y le amorataba las rodillas desnudas.

Un día, antes de que florecieran los primeros cerezos, Leclus le dijo: Recoge tus bártulos, nos vamos a París. No recuerda si fueron en tren o en autobús. Sí recuerda una mole de edificio, similar a un hotel, con un salón con arañas bajo las cuales había centenares de personas, ya de pie, ya sentadas o corriendo de una parte a otra, hombres, mujeres, también niños. En medio del gentío *monsieur* Leclus le tendió la mano, supongo que por primera y única vez. *Au revoir, Hugo, et bonne chance*. Dio media vuelta y se escabulló entre

la multitud.

Sorprende que los empleados de la Oficina Alemana de Repatriación lo dejaran marchar sin más. Por lo visto, ya los esperaban y no tenían instrucciones para retener al hombre. Apenas se hubo ido, un muchacho de las Juventudes Hitlerianas, rubio, amable y de unos dieciocho años de edad, se hizo cargo de Hugo. Debía de ocupar un puesto de responsabilidad, pues le hicieron caso en cuanto pidió a un ordenanza alojamiento para una noche; un cuarto doble, que compartió con su pupilo.

A la mañana siguiente, una enfermera de la Cruz Roja Alemana vino a buscarlo. Le cogió la maleta abollada, en cuyo interior había pegada una nota con el nombre y la dirección de sus anfitriones: «*Madame* et *Monsieur* J. Leclus Lotissement 80 Les Mesnules (Maule). Seine et Oise France. Famille Roger Bernard 9 chemin de la chapelle Villejuif Seine France». Mientras se desplazaban a la estación, cuyas dimensiones le impresionaron tanto como el salón de la víspera, la mujer le explicó el destino de su viaje. Hugo no acertó a hacerse una idea del mismo, solo sabía lo que le había contado su madre. Había esperado con fervor reencontrarse por fin con ella. Durante el trayecto apenas comió; permaneció en silencio mirando fijamente por la ventana. Coincidiendo más o menos con la hora en que abordó el tren, la central de la Cruz Roja de Berlín envió un telegrama a Josef Sternad, en Stainz, que decía así: «El niño Hugo Salzmann llegará a Stainz en los próximos días. Será llevado por la Cruz Roja Alemana de París a Estrasburgo el 2.4.1941. Trasladado por la CRA de Estrasburgo a Viena el 3.4.41. Llegada a Viena Oeste a las 22 horas 20 minutos del 3.4.41. Luego una ayudante de la CRA lo llevará a Stainz. El encargado de la CRA en Francia».

Juliana, inmediatamente después de su arresto, fue ingresada en la parisina prisión de La Santé. Allí comenzaron a interrogarla al día siguiente, tal vez en el propio cuarto donde semanas atrás fuera sometida a declaración Lore Wolf. En ese caso vería por la ventana, al igual que su amiga, en el otro extremo de la sala, un castaño cuyas ramas peladas se mecían al viento. Es posible que su mirada, obviando a los tres agentes de la Gestapo que tenía enfrente y a la

taquígrafa que tomaba celosa nota, se prendiera de aquel árbol. No quería revelar nombres ni direcciones. Lo más difícil era no sucumbir a la añoranza de su hijo; cada vez que se le aparecía su imagen, notaba cuán vulnerable se volvía. Pensar en su marido tampoco la reconfortaba por mucho tiempo. Ayudaba, un poco, imaginarse al padre en su taller de zapatero y a Ernestine rastrillando la hojarasca en el prado, luego trajinando en la casa, poniendo a hervir agua o echando leña al fogón. Rememoraba a los demás hermanos, a los vecinos, la plaza, el bosque, las colinas de los alrededores, el monte Rosenkogel, seguramente ya cubierto de nieve, y de pronto ya no sabía a qué contestar, las preguntas llovían a mansalva, plúmbeas y como escupidas por una pistola, no se le concedía tregua. No habían ordenado un interrogatorio duro, de modo que no recibió golpes. Quizá al rato los hombres se conformaron con lo poco que lograron sacarle. A fin de cuentas solo era, según la tasaban, una pariente, una cómplice, madre, visiblemente inexperta en situaciones de aquella índole. Por otra parte, eso la convertía en presa fácil, pensarían. Sin embargo, no dijo nada. Nada que hubiera podido serles útil. Solo lo del niño. Y les rogó que pusieran en libertad a Anna Bernard, que no había hecho nada más que cuidar de tanto en tanto del pequeño Hugo, que Juliana esperaba que estuviera en buenas manos. Tal vez intuía dónde se encontraba en esos momentos, pero guardó silencio por miedo a las consecuencias que una declaración podía acarrear para los Leclus. Otra posibilidad es que, obligada a actuar rápidamente tras la detención de la señora Bernard, se personara, pese a todo, en la oficina de la Cruz Roja Alemana para presentar la solicitud de traslado a Stainz para su hijo, esperando seguidamente la llegada de la Gestapo y confiando en que el matrimonio Bernard, tras la excarcelación de Anna, iniciaría los trámites ulteriores.

Por lo demás, a Juliana Salzmann le ocurrió lo mismo que a Lore Wolf: al cabo de unos días pusieron fin a los interrogatorios y la dejaron en la celda. Tres veces al día se abría la tapa abatible que había en la puerta y una mano le alcanzaba una delgada rebanada de pan con mermelada y una escudilla con caldo o sucedáneo de café. El resto del día se sumía en el silencio; las celdas contiguas o bien estaban vacías o el grosor de las paredes no dejaba pasar los ruidos. Eso era lo que peor se soportaba, peor incluso que el frío

que despedían los muros siempre húmedos. Es probable que Juliana se defendiera de manera idéntica a como lo hizo Lore, caminando durante horas de un lado a otro y cantando en voz baja o hablando para sí. La preocupación por Hugo la ayudó a sobreponerse a los momentos más duros, en Nochebuena y Nochevieja. Una vez que el chico estuviese bajo la custodia de Ernestine, la suerte de ella y de su marido también cambiaría para mejor. Una tarde, a finales de enero o principios de febrero, el director de la cárcel le comunicó que sería deportada a Alemania al día siguiente.

Y la forzosa consonancia entre el calvario de Lore y el suyo continúa. Redoble de palmadas de las presas golpeando contra las puertas desde el interior de las celdas para despedir a Juliana, que avanzaba por los pasillos al lado del celador. Solo en ese momento sintió que no había estado sola. En el patio, el autobús con el motor en marcha en el que fue introducida. En su interior, los otros presos destinados al traslado a Alemania. Caras conocidas, grises y enjutas, gestos de saludo casi imperceptibles con la cabeza. Y la sonrisa de una mujer sentada en las primeras filas, Louise Oehl, que también había vivido en Montreuil, desde su huida de Múnich en 1935 junto con su marido, el pintor Erwin Oehl, quien había pintado a Juliana y retratado al óleo a Hugo Salzmann; Louise, por temporadas, había acogido al pequeño, según escribiría años después, que fue tan cariñoso y confiado y era la alegría de su madre. Sus manos se rozaron cuando Juliana, pasando a su lado, fue conducida al fondo del vehículo, hasta un asiento de la última o penúltima fila, junto a un hombre completamente agotado, sumido en un llanto silencioso, mientras atravesaban las calles desiertas de la ciudad, hendiendo la niebla de cara al sol saliente y aumentando con cada kilómetro la distancia que la separaba de marido e hijo. A la caída de la noche llegaron al penal de Tréveris, donde dos meses antes Lore había comido patatas y zanahorias hervidas, «un manjar después del largo viaje», pero por desgracia ya demasiado extraño a su estómago como para que pudiera retenerlo. Al cabo de dos o tres días siguieron viaje hacia Coblenza. «Allí las condiciones eran muy malas, —escribe Lore— no nos daban otra cosa que sopa aguada y un trocito de pan. En la sopa no flotaba un solo ojo de grasa». A diferencia de ella y de Louise Oehl, Coblenza por lo pronto fue, para Juliana, el final del trayecto.

La llamada Comisión Kundt se presentó en Le Vernet ya a mediados de agosto de 1940, siete semanas después del acuerdo de armisticio de Compiègne. Un par de docenas de oficiales de la Wehrmacht, agentes de la Gestapo y representantes de otros organismos alemanes guiados por un consejero de legación de la embajada, a los que la Garde Mobile paseó por los barracones. Durante los días previos los reclusos limpiaron sus albergues por instrucción del comandante del campo. Seguidamente, los alemanes y los austríacos fueron agrupados en columnas separadas. Frente a Hugo Salzmann, a la sombra de un barracón del sector B, colocaron una mesa ante la que se acomodó un joven oficial que lo primero que hizo fue dar la orden de «¡Todos los judíos fuera!». Los hombres que quedaban fueron fichados y sometidos a interrogatorios, para su sorpresa de forma cortés y, a ratos, hasta en tono campechano. Que no habían de temer nada malo, les dijeron, unas semanitas de reeducación y ya irían a trabajar o a servir en el ejército. En Alemania no estaremos peor que en este calabozo del hambre, se dijeron muchos a sí mismos y se apuntaron voluntarios, ya aquel día o a las pocas semanas, cuando la comisión inspeccionó el campo por segunda vez.

A Salzmann, probablemente, ni siquiera le preguntaron si, como expatriado, quería reincorporarse a la nación aria; o bien, él mismo rechazó el ofrecimiento con igual brusquedad que, tiempo atrás, la propuesta de los reclutadores franceses de alistarse en la Legión. Los alemanes conocían su expediente y sabían que un «cuadro principal del KPD» haría todo cuanto pudiese para sustraerse a su abrazo. Pero qué podía hacer. Incluso si hubiera conseguido fugarse del recinto, no habría tardado en ser descubierto; apenas hablaba francés, de modo que ni siquiera hubiera podido pasar por alsaciano. Además, entre los comunistas existía la consigna de permanecer juntos mientras fuese posible; juzgaban que, solos y aislados, serían todavía menos capaces de oponer resistencia a las autoridades francesas, leales cumplidoras de las instrucciones alemanas. La única vía de fuga que parecía abrirse conducía a México. Gilbert Bosques, cónsul general en Marsella, supo ver el peligro que corrían los demandantes de asilo, y no le cupo duda de que tarde o temprano el ejército alemán se apoderaría también de la zona libre del país. Una y otra vez cursaba invitaciones a los

presos para que fueran a recogerlas ansiadas visas en su oficina. Poco después de Año Nuevo, también Salzmann pudo haber recibido la noticia de que su solicitud había sido aprobada, pues en una carta que envió a Stainz en la primavera de 1941, esperando que el niño hubiera llegado ya a casa de los parientes de Juliana, anunciaba que dentro de poco emprendería un gran viaje. Aún le faltaba el permiso de las autoridades para abandonar el país. Todas las veces que se dirigía a la oficina de información del campo para saber si había llegado le espetaban que tuviera paciencia.

No obstante, en septiembre del 41, tres meses después del asalto alemán a la Unión Soviética, Hugo Salzmann figuraba entre los primeros internos de Le Vernet trasladados a la prisión de Castres, en un camión cuya lona estaba provista de una gran señal de la Cruz Roja para engañar a la población. Lo acompañaban Ferdinand Weingartz, combatiente de España, y dos judíos que, al igual que él, habían sido apresados por su condición de «extranjeros enemigos» y confinados en aquel campo. Uno de ellos, Wilhelm Hoffmann, era, como Weingartz, natural de Colonia; el otro se llamaba Philipp Auerbach, que tras su huida de Alemania había montado una fábrica en Bélgica y apoyado a la República española suministrándole gasolina y sustancias químicas. Poco después de ellos ingresaron en el campo dos muchachos de las Juventudes Hitlerianas, huidos a Francia antes que estallara la guerra, y la secretaria, enferma de muerte, del autor Helmuth Klotz, antiguo oficial de marina y nacionalsocialista que, ya a finales de los años veinte, había roto con el partido convirtiéndose en un crítico duro y bien informado de los gerifaltes nazis.

Los presos podían moverse libremente dentro de su sección, lo cual durante unos días les daba esperanzas de no ser extraditados a las autoridades alemanas. Los mismos celadores sostenían que dentro de poco serían trasladados a un campo donde estarían a salvo de la Gestapo. En cierto momento, hasta se les presentó un capitán de marina comunicándoles que se hallaban bajo la protección del gobierno militar de su país.

Les doy mi palabra de honor como oficial del ejército francés.

Sin embargo, fue precisamente esa promesa, acompañada de la negativa del hombre a contestar una sola de las preguntas que le formularon con insistencia, la que atizó su inquietud. En los planes

de futuro de Salzmann se abrió una incógnita que, dependiendo de su estado de ánimo, resolvía augurándose la cárcel, la horca o el campo de concentración. El largo viaje que había anunciado en su carta no lo llevaría tan lejos, y de todos modos desembocaría en otro destino. Es difícil saber qué lo sostuvo: la fe en que tarde o temprano el pueblo alemán emprendería la lucha contra Hitler, o el candente anhelo de reunirse con su mujer e hijo. La comunicación con ellos se había cortado hacía más de un año. La única noticia recibida desde entonces le vino, presumiblemente, de los Bernard o de otros amigos de París, quienes en abril del 41 le informaron del traslado de su hijo a Estiria a cargo de la Cruz Roja. Sobre la suerte de Juliana, en cambio, no se expresaban con claridad. De ahí que en su carta al chico y a la cuñada escribiera con desasosiego contenido: «No sé dónde está tu querida madre. ¿Lo sabes tú, pequeño Hugo? Entonces mándale muchos muchos saludos de papá».

El 4 de noviembre de 1941 lo sacaron de su celda para, junto con Weingartz y Hoffmann, entregarlo en la línea de demarcación de Moulins a la policía militar alemana, que enseguida le puso las cadenas. Treinta y cinco años después, redactaría o dictaría su informe sobre el período que comenzó ese día, en forma de carta de doscientas setenta páginas dirigida a una joven pareja franco-alemana, deseosa de conocer más detalles acerca del exilio alemán en Francia. Sus frases escuetas, muchas veces formadas por meras palabras sueltas y puntos suspensivos, dan la sensación de haber sido echadas sobre el papel sin aliento, como si su autor continuara a merced de las persecuciones o no tuviera más que dos ojos agudos, un buen oído y la voluntad de no hacer notar su desesperación, además del propósito de explorar la manera de exponerse lo menos posible al enemigo.

Era, sobre todo, por las noches cuando tenía que domar los pensamientos que le rondaban a ritmo de vértigo. «¿Dónde terminarás? ¿Cómo será la acusación? ¿Qué saben de mi trabajo en la resistencia? ¿Me juzgarán en mi ciudad natal? ¿Volveré a ver a la familia? ¿Me llevarán directamente a un campo de concentración? ¿Sobreviviré a todo esto?». En su mente estuvo también presente, durante meses, años, la consternación de que entre la población civil, los soldados de la Wehrmacht y los celadores de las prisiones no hubiese asomo de resistencia o tan solo de repugnancia hacia el

régimen nazi. «Vergüenza y amargura de que hubiera alemanes que toleraran esa brutalidad, vieran crímenes, participaran en ellos hasta su propia destrucción. Nosotros, un puñado de opositores». Primero fue llevado a París, a La Santé, donde lo interrogaron brevemente y de forma más bien somera; luego, a los treinta días de reclusión incomunicada y debilitado por reiterados espasmos gástricos, lo transportaron, con otros presos, a Tréveris. A Weingartz y Hoffmann los perdió de vista en La Santé. En un vagón de ferrocarril compartió encierro con Alfred Jung, socialdemócrata de Idar-Oberstein, y con su hijo adolescente, además de con otro alemán que, acurrucado en el banco de madera y mirando al vacío con las comisuras temblorosas, no participaba en la conversación que mantenían en voz baja él y Jung. ¿Por qué le somos tan indiferentes, pensó Salzmann, cuando compartimos el mismo destino incierto? No fue hasta cuando un agente del Servicio de Seguridad pasó haciendo patrulla que entendió la actitud de aquel compañero de viaje. El hombre se levantó como movido por un resorte, cruzó el espacio de una zancada y golpeó, primero titubeante, luego con palmadas cortas e intensas, en la puerta enrejada del compartimento. Ante la ruda pregunta del vigilante de si tenía una urgencia contestó con un gesto negativo de la cabeza, emparejando las manos en ademán de súplica, balbuciendo y finalmente rogando que lo dejaran ver a su mujer, que iba en el mismo tren.

Solo un minuto, señor sargento, ¡para que nos despidamos!

El vigilante lo mandó sentarse y cerró la puerta. Los labios del preso volvieron a estremecerse. Surco profundo en el entrecejo, mirada de un ser acosado. Salzmann tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la vista, pues descubrió con horror que le envidiaba aquel rostro atormentado. Se sintió desprovisto de conciencia por lograr superar una y otra vez el miedo por Juliana, durante horas o incluso días, y en ese instante pensó qué haría él si supiese que ella estaba en aquel convoy. ¿También suplicaría que le dejasen verla un momento?

Palabras rudas también después, porque el preso no paraba de repetir su ruego. Al tercer intento el vigilante le preguntó su nombre: König, ¡señor sargento!, contestó oprimiendo las manos contra las costuras del pantalón. El otro se fue sin decir nada,

mientras él se dejó caer en su sitio, en el rincón junto a Salzmann. Al cabo de una hora, el vigilante llegó por cuarta vez, abrió el compartimento y bramó: ¡König, venga conmigo pero dese prisa! A continuación, en voz más baja: Su mujer… Pero solo un minuto.

El preso se levantó de un salto y enfiló el pasillo a paso vacilante. Salzmann y Jung lo siguieron con la mirada. Este abrazó a su hijo, que se había dormido con el balanceo del vagón. Los dos hombres callaban, removidos interiormente, como si fuesen testigos de un hecho inaudito cuya magia no consentía el parloteo. Cuando, poco después, König fue devuelto al compartimento, tenía la cara iluminada por un resplandor. El temblor de las comisuras había cesado. La frente, al parecer, despejada de preocupación después del encuentro con su mujer. «La puerta se cierra tras König —escribiría Salzmann—. Estamos entre nosotros. Nuestros ojos se buscan. Aún no es momento de preguntar».

En Tréveris había nieve. Los presos temblaban de frío mientras formaban en el andén en filas de cuatro. Delante de Salzmann había tres hombres con chaquetas de uniforme gris despojadas de hombreras e insignias de grado. A su pregunta de por qué los habían encarcelado, uno de ellos respondió que por robo, en Rusia. Se mostró cautelosamente optimista diciendo que en un campo alemán no se estaría peor que en el frente del Este. Un tullido con capote abierto se acercó impulsándose con muletas. Examinó a los presos después de enderezar el cuerpo con cierta dificultad y echar la cabeza hacia atrás. Luego escupió, y prosiguió su penosa andadura.

Sobre la salida de la estación colgaba una enorme pancarta cuya leyenda rezaba: «Giran las ruedas para la victoria», y en la plaza fronteriza había un cartel que mostraba a un hombre agachado en la penumbra y con el sombrero calado en la frente: «¡Ojo al enemigo, espía!». Niños con mochilas de escolares pasaban de largo. «¿Cómo es que no se fijan en nosotros?», pensó Salzmann. «¿Es porque somos una imagen cotidiana o porque no formamos parte de su pueblo?».

Volvió a compartir celda con Jung padre e hijo. El llavero les pasó por la puerta un petate inmenso que contenía calzoncillos militares lavados, de los cuales tenían que separar los que estaban rotos, aprovechables solamente para trapos. Al fin una ocupación,

como, más tarde, en Coblenza, la de pegar bolsas de harina, que aminoraba la inquietud de Salzmann. Y la mezcla de horror y satisfacción cuando creyó advertir que las manchas oscuras en las telas eran de sangre.

Prendas de heridos. Encima les quitan los calzoncillos a los muertos, dijo.

Y Jung: Seguro que no somos los únicos en seleccionar ropa. Ya verás cómo en Rusia van a morirse de frío con estos pantalones. Se van a llevar un buen chasco.

A finales de diciembre, poco antes de la Nochevieja de 1941, Hugo Salzmann fue conducido en un coche de la policía a la estación y metido de nuevo en un vagón para presos con cristales opacos reforzados por rejas. Esta vez se encontraba solo en el compartimento. El chirrido de las ruedas, el trayecto sinuoso y la velocidad moderada le indicaban que el viaje transcurría por el valle del Mosela.

Cuando el tren paró, el jefe del convoy vino a buscarlo. En el andén había un hombre corpulento vestido con el uniforme de las SS. Escudriñó a Salzmann mientras le preguntaba al otro: ¿Dónde está el polaco?

Tumbado en su compartimento. Intentó ahorcarse. Cortamos la cuerda a tiempo. Sigue inconsciente.

Detrás del SS, en diagonal, el letrero de la estación, Coblenza. Cerca de Kreuznach, se dijo Salzmann mientras caminaba hacia la salida a paso fatigado, flanqueado por el SS que, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo: ¿Qué, de nuevo en casa?

Al día siguiente, durante el primer interrogatorio en el antiguo edificio del Reichsbank, desocupado desde finales del 36 o principios del 37 para acoger a la Policía Secreta del Estado, el SS reveló su condición de agente de la Gestapo y vecino de Kreuznach. Se jactó ante el preso de su buena memoria recordando pormenorizadamente una manifestación comunista celebrada en la primavera del 31 en el Mercado de los Huevos del arrabal de Neustadt, un acto donde Salzmann había hablado ante un público de cinco mil personas.

Aún te veo, de pie en el monumento a Michel Mort. Yo estaba en la esquina de la Schuhgasse observándoos.

Que todavía se acuerde, señor Müller, dijo la secretaria que, a

juzgar por su atuendo, acababa de enviudar. Salzmann deseó que hubiera sido de un soldado.

Claro que sí, me acuerdo como si fuera hoy. Fue cuando me marché a la Cuenca del Ruhr para afiliarme a las SS. Arrasamos entre los mineros.

Por qué cuenta todo eso, pensó Salzmann, por qué no hace preguntas. Por qué no usa los puños.

De repente, Müller sacó del cajón una hoja mecanografiada y se la puso delante, junto con un folio en blanco y un muñón de lápiz.

Para mañana me copias este dictado tres veces.

En la celda, Salzmann leyó las frases que tenía que transcribir de su puño y letra. Eran cosas sin interés, sin coherencia alguna, como extraídas de una cartilla para escolares que aprenden a leer. Le llamó la atención que, en cada frase, se repitieran determinadas combinaciones de letras, sobre todo la S con la B. Trató de encontrarle explicación. Es posible que en ese instante rememorara lo que Anna Bernard había contado en su día en Villejuif: que alguien tuvo el atrevimiento de burlarse de dos nazis de Kreuznach enviándoles periódicos comunistas. Por lo visto, Müller no quedó satisfecho con el resultado de la muestra de caligrafía, pues al cabo de cierto tiempo le dio más frases para copiar, y después otras.

Cuando llevaba ya un mes de reclusión incomunicada, solo interrumpido por los ejercicios de escritura y los paseos en el patio, y había pegado cerca de cien mil bolsas de harina, Salzmann recibió una visita inesperada. Al oír el ruido de la llave temió que lo volvieran a conducir ante la Gestapo, pero para su sorpresa vio aparecer en el umbral a un sacerdote, identificadle no solo por la camisa con alzacuellos bajo la chaqueta negra, sino también por sus movimientos sobrios y la voz afelpada. Lo que le desconcertó por completo fue el tono respetuoso en que le deseó los buenos días aquel varón ancho de hombros y discretamente sonriente. No rugió el *Heil Hitler!*, ni cantó con metálica resonancia su número de preso, ni pronunció siquiera la fórmula impositiva «El Señor está contigo».

Mi nombre es Fechler, soy el cura de la prisión. Y, tras un momento de duda: Si no desea mi presencia, me voy.

No, padre, entre.

Fechler dirigió la mirada a ambos lados del corredor antes de dar un paso al frente, hacia el interior de la celda.

Salzmann no le concedió tiempo para decir nada. Tenía un cúmulo de tribulaciones de las que al fin podría liberarse.

Usted hizo voto de silencio, por tanto puedo confiarle algo para el caso de que me ejecuten. Tengo mujer e hijo.

Señor Salzmann, no he venido para hacerle volver al seno de la Iglesia Católica. No soy un cazador de almas. Pero sé quién es usted, conozco su trayectoria.

De dónde, pensó Hugo mientras Fechler reculaba hacia la puerta para echar otra ojeada al pasillo.

Conozco su vida, dijo entonces, porque me la contó su mujer. Ella estuvo aquí, en la sección de mujeres. Quise prevenirla contra una informante de la Gestapo que le metieron en la celda, pero se negó a hablar conmigo. Solo después, cuando era demasiado tarde, accedió a una conversación. Se la llevaron en agosto. No coincidieron ustedes por pocos meses.

Luego relató lo sucedido.

¡El chico no abre la boca!

Fue lo primero que dijo la ayudante de la Cruz Roja al entregar a Hugo en casa de su tía. Lo había recibido en Viena, y durante el viaje por el Semmering le señaló una y otra vez el despertar de la dulce naturaleza, refiriéndose a los tiernos brotes de árboles y matojos. En Graz hicieron trasbordo al autobús que hacía la ruta de Stainz. En la parada, delante de la fonda de Wolfbauer, la mujer preguntó por el camino a la Badgasse.

Ernestine enseguida lo abrazó. Hugo se dejó hacer, limitándose a permanecer quieto. Cuando ella lo soltó, la miró con mirada examinadora. Su dulce y delgada cara le recordó la de su madre. También el dialecto le era familiar. Pero el chico llevaba una coraza en la que al principio rebotaban todas las muestras de cariño.

También permaneció inmóvil cuando su abuelo lo palpó con delicadeza. Josef Sternad se había vuelto ciego con los años, lo que en absoluto había hecho mella en su alegre talante; sonreía feliz en presencia de su nieto mudo, que contemplaba las botas de caña alta de fieltro, el mostacho mordisqueado sobre la boca entreabierta, los

ojos de iris empañado vueltos hacia arriba, y el sombrero marrón lleno de agujeros que el hombre solo se quitaba para acostarse.

La vivienda municipal de Ernestine, en la casa de baños, era casi tan humilde como la choza del matrimonio Leclus. Pero estaba limpia y ordenada, los diminutos cristales de las ventanas brillaban a la luz del anochecer, en la pared había un reloj, y en una balda junto al aparador incluso una radio. Aledaña a la cocina se situaba la habitación de Ernestine, dominada por una abultada cama de matrimonio con la cabecera carcomida, y detrás se hallaba el cuarto del abuelo, repleto de herramientas y restos de cuero de la época en que aún conservaba la vista y ponía suelas al calzado roto de una clientela que iba escaseando. En la pared del fondo, su colchón relleno de hojas de maíz. La mayor parte de la alargada edificación la ocupaban las casetas, quince en cada lado, además de otra para los baños sentados, más grande y dotada de tina de madera. La dependencia del extremo posterior hacía las veces de despensa, donde Ernestine guardaba toda clase de hierbas, peras, manzanas, cebollas, así como tarros de compota y mermelada.

Hacía frío el día en que Hugo llegó a Stainz, y tampoco acabó entrando en calor en la cocina, donde por lo menos había una estufa, cocina económica de dos hornos, desde los cuales salía un aroma de manzanas asadas. Pero el suelo de tablas se asentaba directamente sobre la tierra apisonada; ya por falta de dinero, ya por avaricia, los ediles habían renunciado en su día a hacer cavar un sótano o poner siquiera unos cimientos de hormigón, de modo que desde el piso subía una corriente de aire y los intersticios de sus tablones se llenaban siempre de tierra que Ernestine, una vez por semana, eliminaba rascando trabajosamente.

Me figuro que se asustó mucho al ver el estado físico y anímico de Hugo pero que no dejó que se le notara nada. Lo atraía a su pecho tantas veces como le apetecía, le hablaba animadamente, y con el tiempo hasta le sacó alguna monosilábica respuesta. Al cabo de cuatro o cinco días, el muchacho emitió la primera frase completa apuntando al crucifijo encima de la puerta de la cocina y diciendo con voz ronca, como si aún estuviera aprendiendo a hablar: ¿Quién es ese hombre que está colgado ahí? Ernestine presintió entonces que no sería fácil defenderse con el chico de un siempre devoto, al tiempo que marcial, vecindario.

Hugo había empezado a hacerse pis en la cama, lo que a Ernestine no le preocupó demasiado. Vamos a lavar más a menudo, le dijo mientras los dos cambiaban las sábanas del lecho donde dormía por las noches bajo un edredón grueso y con un ladrillo junto a los pies, calentado en el horno y envuelto en un viejo camisón. Pero más duradero era el calor que le proporcionaba ella misma cuando consentía que se quedara otro rato arrimado a su cuerpo; una vez que se había dormido, lo empujaba suavemente al otro lado, el de su marido, Peter, ahora desierto porque el hombre había sido llamado a filas nada más comenzar la guerra, y desde entonces, y en contra de su voluntad, recorría gran parte de Europa.

Mucho más que la incontinencia nocturna, a Ernestine le inquietaban las manchas rojas y urticantes en la piel del pequeño, que se manifestaron poco después de su llegada, así como sus dientes podridos y cariados. Para informarse sobre las manchas le escribió a su hermana, que le contestó que ya las tenía en París por soportar mal el aire de la gran ciudad, mientras que durante sus estancias en Suiza siempre le habían desaparecido. El que hubieran resurgido se debía sin duda al cambio de lugar y a los alimentos, inusuales para él, «dale mucha verdura, lechuga y zanahorias crudas cuando vuelva a haber, y evita las comidas picantes. De todas formas, guisas como nuestra madre, que lo hacía muy bien. Querida Tini, no tengas miedo, todo irá bien, estoy tranquila porque sé que Hugo está bien contigo y se curará por completo en la espléndida naturaleza».

La primera de las once cartas que Juliana pudo escribir al padre y a la hermana desde la prisión municipal de Coblenza llegó a Stainz a finales de febrero, cinco semanas antes de la llegada de Hugo. Al igual que su marido, contaba con que su hijo ya estaría bajo la custodia de los suyos o a punto de serles entregado, y pedía a Ernestine que abonara los gastos originados por el viaje. «Siento causar preocupaciones a mi querido padre y a vosotras, hermanas, y ruego que no os enfadéis ni os avergoncéis de mí, pues no he cometido ningún delito».

Al principio, Ernestine no le dijo que su madre estaba en la cárcel, y cuando se lo fue explicando le pidió que prometiera no decirle nada al abuelo, quien se disgustaría muchísimo o no comprendería lo que le ocurría a Juliana. Josef Sternad murió cinco

años después sin enterarse de la suerte de su hija, sin haber preguntado siquiera por su paradero, pues a medida que envejecía se sumía en un mundo infantil donde los horrores del presente no lo alcanzaban. Su nieto lo recuerda sentado en el banco de la cocina, recitando por momentos frases banales, alusivas a la construcción de una casa, a subidas y caídas, o a un cocodrilo mordedor en un verde prado. Recuerda también cómo, antes de acostarse, juntaba las manos y rezaba el padrenuestro apoyado en el fogón y siempre sonriente.

Ernestine hubiese preferido no decirle nada tampoco al chico. De lo aturdido que estaba, temía que el miedo por su madre lo abocara a la desesperación. No quería ni imaginarse qué pasaría si se escapara, si llegara a atentar contra sí mismo, si se cayera a la balsa de la presa, lo que Juliana sentía como una amenaza constante, según desvelan sus cartas, en las que advertía de que no lo dejaran jugar sin vigilancia junto al río detrás de la casa. Pero como ella misma ansiaba una señal de vida del pequeño, su hermana no pudo alargar la espera. Además, Ernestine no sabía guardar un secreto que no le correspondía, y quizá confiaba también en que la comunicación escrita con la madre tuviera un efecto saludable para Hugo, máxime cuando las cartas de Juliana apenas revelaban algo acerca de las condiciones de su reclusión, donde solo el frío y la oscuridad, según escribía, la maltrataban. No fue sino en dos ocasiones que se quejó de un dolor en el pulmón izquierdo, de ataques de tos y sudores nocturnos, pero semanas después contaba que le habían hecho una radiografía cuyos resultados no constituían motivo de preocupación, «no tengo nada en el pulmón, el médico dijo que podía tratarse de una adherencia de la pleura o de los nervios». Su sola letra, inalteradamente clara y enérgica, fingía una normalidad que hacía abrigar esperanzas de que saliera medianamente indemne de la cárcel. Además, estaba su vivo interés por todos los parientes, su tristeza por el único hijo de Lisa, caído en las primeras semanas de la campaña de los Balcanes, la angustia por su cuñado, del que Ernestine no había recibido noticias en mucho tiempo, la alegría de que la más joven de sus hermanas hubiese quedado embarazada, la fe con que prometía un reencuentro o la seriedad con que defendía una educación sin azotes ni subterfugios. «Escucha, Tini, para que lo sepas si Hugo

llega a preguntarte: una vez, en París, una mujer le contó que los bebés crecen dentro de los repollos. Entonces se me acercó y dijo: No me lo creo, mamá, y le dije que tenía razón, que no era cierto. Le expliqué que un bebé empieza a crecer junto al corazón de su madre, y que, para hacerse grande, se queda en el vientre materno hasta que el médico viene a buscarlo. Con eso se conformó y no preguntó más». Estaban también las cariñosas exhortaciones que le prodigaba a Hugo para que obedeciera a la tía, la ayudara a recoger la casa y a cargar con la leña, para que dejara de morderse la uñas, se lavara bien los dientes, estudiara con aplicación, no tuviera miedo a los aviones que aparecían sobre Stainz con cada vez mayor frecuencia, y le hiciera, siempre que pudiese, un dibujo, lo que él cumplió con celo pintando herrerillos, pinzones, la colmena, el gato.

«Querido Hugo:

»Hoy es domingo y no irás a clase, así que puedes jugar y corretear todo el día, sí, la cancha de gimnasia es un lugar bonito, donde también jugaba tu mamá. ¿Cómo te va en el colegio? Un poco mejor, ¿verdad? Sabes, Hugo, muchas veces recuerdo, y siempre me hace reír, cómo, cuando estabas con Julien, el maestro te puso en el cuaderno que eras el mejor alumno de la clase. Entonces me dijiste: No es fácil, mamá, ser el primero, porque el segundo me sigue muy de cerca. Ves, Hugo, así también será ahora, allí también llorabas al comienzo y decías: Nunca voy a poder, y sin embargo te fue bien. Y lo mismo pasa ahora, al principio es difícil, pero si cada día lees y escribes un poco en casa verás cómo en el colegio te irá mejor. No solo debes jugar, pues recodarás lo que yo te contaba de las personas demasiado perezosas para estudiar. ¿Ya has encontrado compañero? Eres nuestro chico querido, y si uno es querido y bueno, siempre tiene amigos.

»Y por lo demás, ¿qué tal? ¿Sigues con el picor? No te me pongas enfermo y aléjate del agua profunda, aunque los otros chicos te digan que los acompañes. Por la mañana siempre doy media hora de paseo en el patio, y desde allí te mando saludos con las nubes que tú también ves.

»Pues bien, Hugo, mamá te ha vuelto a escribir, es todo lo que puedo hacer por el momento, pero volverán los tiempos en que

estemos otra vez juntos y ya no nos separaremos. Ánimo, hijito mío tan bueno, piensa en tu querido papá, dales un fuerte besito al abuelo y a la tía Tini de mi parte, y recibe un entrañable saludo y beso de mamá (y escríbeme)».

Lo del estudio no resultó nada fácil. Al principio no había ni que pensar en llevarlo a la escuela, y después comenzaron las vacaciones de Pascua, durante las cuales Ernestine no daba abasto porque, debido a la cercanía de los festivos, la gente hacía cola para tomar baños de tina. El domingo de Resurrección, Hugo buscó los huevos que ellos habían escondido bajo los arbustos del prado de los bañistas, más para complacerla, según dice, que por entusiasmo, pues la «liebre de Pascua» le era tan ajena como el crucificado de la cocina, y tampoco entendía por qué aquel salvador, nacido ya en Navidad, como le había explicado Ernestine, y muerto el Viernes Santo, renacía a los dos días, ni qué tenían que ver las liebres en aquella historia. Seguía dándole vueltas a la cuestión cuando su tía le presentó a la maestra Aloisia Gratzer, una mujer joven y silenciosa con gafas redondas de carey que cuatro días después lo recogió en el portón del colegio.

Pues este es Hugo, les dijo a los niños del tercer curso, que lo miraban con curiosidad, hasta ahora ha ido a la escuela en Francia y todavía tiene dificultades con nuestra lengua, pero estoy segura de que con vuestra ayuda y con mucha dedicación y un poco de paciencia se habrá puesto al día para cuando comience el verano.

Paciencia tampoco le faltaba a Ernestine. Además, convirtió en costumbre practicar con él media hora todas las noches, y cinco veces por semana lo mandaba con Gotthart, un maestro jubilado y solterón, que a cambio de un plato de gachas o pan untado con manteca le daba clases particulares en Lectura, Escritura y Matemáticas. Era un hombre amable, dice Hugo, hizo grandes esfuerzos, una noche hasta me explicó las constelaciones. Así y todo, a veces me escapaba para no tener que ir a estudiar con él, pero Tini siempre encontraba mi escondite. Debo sobre todo a su empeño el que pasara curso, pese a un cuatro en Alemán y en Geografía e Historia, y supongo también que la señorita Gratzer tuvo manga ancha al poner las notas.

Aunque los tejidos y alimentos estaban racionados desde hacía tiempo, su tía se las apañó para vestirlo con ropa nueva en muy poco tiempo. Hugo había llegado a Stainz con botas estropeadas, medias rotas y una delgada camisa, y en la maleta que traía no había más que su partida de nacimiento, un par de zapatos de mujer y un neceser de costura. Ernestine completaba su renta trabajando de sirvienta en casa de un antiguo coronel del ejército austrohúngaro; por lo demás, dependía del trueque y de favores. En los almacenes Ulz adquirió, con su cartilla de ropa y la de su padre, tres metros de algodón o lino basto, de los que dio la mitad a una campesina en pago de la carne ahumada que partió con una vecina, la cual, en compensación, le confeccionó a Hugo el primer pantalón largo de su vida, un bombacho, como le contó orgulloso a su madre. Las buenas artes de Ernestine beneficiaban también a su hermana, a quien, con permiso de las autoridades, podía enviar un paquete al mes. No fue la única en ocuparse de Juliana. Andando el tiempo, Luise y Lisa abandonaron su reticencia y le giraron pequeñas cantidades, varias veces, cuyo recibo Juliana acusaba tan escrupulosamente como le pedía a Ernestine que les diera las gracias por el jabón, el pastel, el salchichón y las medias a los hermanos de su marido, el cuñado Karl y las cuñadas Tilla, Anna y Käthe, quienes también obsequiaron a Hugo con regalos, por ejemplo un modelo de planeador, el más grande que se pudiera encontrar en Kreuznach, según Tilla aseguraba a Juliana y esta a Hugo: «Te alegrarás, hijo mío, y podrás echarlo a volar en el campo de deporte, pero no se te vaya a caer en el río o sobre un árbol del parque».

De esta manera iban las cosas hasta entrado el verano. Todavía en julio, Ernestine mandó hacer una foto de los dos, ella con el chico, y la envió a Coblenza. «Qué monos sois, como madre e hijo, Hugo se te parece tanto», contestó Juliana. Luego, a finales de agosto del 41, de repente una postal de Ravensbrück.

La culpa fue de la enviudada marquesa Lucie de Villevert, en sus orígenes llamada Minna Otto y natural de Zerbst, en Anhalt, que antes de la Primera Guerra Mundial había actuado de bailarina erótica bajo el nombre de Juana Manuela. En 1940 la arrestaron

por un grave delito económico y la ingresaron en la prisión municipal de Coblenza.

Esperando mejorar su situación, se declaró dispuesta a espiar a compañeras reclusas. No consta cuándo la metieron en la celda de Juliana, pero cabe imaginar que se ganara su confianza con anécdotas de la época parisina. Lo que sí está demostrado es que en algún momento llevó la conversación al incendio del Reichstag para preguntarle a quién consideraban los franceses el autor de los hechos. Juliana respondió, el Reichstag lo incendió Göring, eso en Francia lo saben hasta los niños. Cuando después volvió a ser interrogada por un agente de la Gestapo, el compañero de Müller, no negó haber dicho la frase. Con esto, dijo el cura Fechler, su suerte estaba echada.

¿Y esa marquesa?, preguntó Hugo cuando Fechler volvió a visitarlo en su celda.

También la han deportado a Ravensbrück.

Hugo Salzmann siguió preso en Coblenza hasta principios del 43. Poco antes del cambio de año recibió el escrito de acusación de la Corte de Justicia del Pueblo, en Berlín, en el cual se le imputaban preparativos de alta traición por fabricar y distribuir pasquines marxistas.

Prepárese, dijo Fechler, que había sacado clandestinamente el escrito de la cárcel para enseñárselo a un abogado amigo, puede haber sentencia de muerte. Si es hombre afortunado, pena de prisión mayor, quince años. No pierda el ánimo. Siento no haber podido hacer más por usted.

El posterior viaje de Salzmann duró un mes. De Coblenza a Colonia, de Colonia a Fráncfort, de Fráncfort a Hannover, de Hannover a Halle, de Halle a Berlín. A bordo de convoyes de presos, en celdas de tránsito, que solo se distinguían unas de otras por las salvajadas del personal de vigilancia. En algún lugar del trayecto, un viejo guarda le regaló un bocadillo de salchichón. Hecho este que se le grabó en la memoria, al igual que el incidente que se produjo poco después del trasbordo en Fráncfort, donde lo encerraron en un compartimento con dos franceses. Su necesidad instantánea de explicarles, de dejarles muy claro, que él no era el

típico y odioso alemán. Enumeró las estaciones de su privación de libertad e insistió en que había sido entregado a los nazis por antifascista, no por criminal. Cuando su provisión de palabras francesas se agotó, se reclinó en silencio, mientras ellos conversaban a media voz sin hacerle más caso. Luego creyó oír risas, voces agudas, a sus espaldas. Se volvió y buscó un orificio en la pared medianera con el compartimento vecino. Debajo del reposacabezas había un agujero minúsculo, de borde dentado, que alguien debió de haber practicado hacía mucho tiempo. Acercó el oído. Dos mujeres, no cabía duda. Hasta creyó identificar el dialecto del sur de Hesse. El par de franceses se quedó mirándolo intrigado. Salzmann señaló la puerta del compartimento. *Attention, pour police*. Entendieron. Uno de ellos se deslizó hacia el canto del asiento para ver mejor y avisar si se acercaba una patrulla. Luego, Salzmann golpeó con los nudillos en la pared, y sus golpes tuvieron respuesta. Se dobló hacia el orificio y preguntó de dónde venían y por qué las habían metido en aquel tren.

Somos de Fráncfort. Nos sacaron para que declaráramos como testigos en un juicio contra una mujer que, por lo visto, hizo observaciones despectivas sobre Hitler. Ahora nos llevan de vuelta.

¿De vuelta adónde?

A Ravensbrück. ¿Y tú?

Salzmann no contestó enseguida. En primer lugar, porque se quedó sin habla, era más: empezó a sospechar. La animada risa de hacía un rato y que las sacaran de un campo de concentración para pasearlas por media Alemania por un juicio cuyo desenlace estaba decidido de antemano. Al fin y al cabo, no vivían en un Estado de Derecho. Habría querido ver a aquellas mujeres. Así, tenía que confiar en que no fueran señuelos. La respuesta dada por una de ellas a su pregunta de si Ravensbrück era un campo grande lo conturbó.

Claro que sí, dijo. Somos varios miles. Casi solo mujeres y niños.

Quedaron callados, mientras él se incorporaba. Los dos franceses le notaron la conmoción y guardaron silencio a su vez. Luego, el mayor se sentó a su lado y le apretó la mano. *Courage, camarade*. Pero las palabras de aliento no lo consolaron. Al cabo de unos minutos volvió a golpear.

En Ravensbrück, ¿por casualidad habéis conocido a Juliana

Salzmann? Tiene poco más de treinta años, es natural de Austria y ha vivido en Francia en los últimos años.

Repitió el nombre, y oyó cuchichear a las dos mujeres. Después, de nuevo la voz de una de ellas: ¿Sigues ahí? Juliana. Mi amiga dice que se encuentra en el barracón I.

¿Cómo le va? ¿Está bien de salud? ¿Tenéis para comer? Eran las preguntas que tenía en la punta de la lengua. No las formuló. Se limitó a susurrar: Dadle saludos de su marido. Decidle que me llevan al tribunal, a Berlín. Que no pierda el ánimo, nos volveremos a ver, estoy convencido.

En la vida de Hugo muchas cosas habrían sido distintas si alguna vez su padre lo hubiera tomado aparte; si seis, ocho o diez años después de pasados, aunque no acabados, aquellos trances le hubiera dicho: Quiero contarte cómo me ha ido a mí en esta historia, para que comprendas algunas cosas. La impaciencia, la aspereza, la irascibilidad. Porque uno no sale indemne. Si, por ejemplo, hubiera hecho con él un recorrido imaginario por el edificio del tribunal, en la Bellevuestrasse, que ya solo existía en sus pesadillas desde que, en febrero del 45, fuera destruido en un bombardeo aéreo sobre Berlín. Si lo hubiera conducido por el laberinto de pasillos, escaleras y reductos subterráneos, pasando por delante de una larga hilera de armarios, soldados unos con otros, que no contenían ropa sino seres humanos (reos, encerrados allí hasta su traslado a Plötzensee), subiendo a la sección donde se celebraban las vistas y entrando en la sala para sentarse en el banquillo de los acusados, que no era un banco propiamente dicho sino una especie de jaula montada sobre una tribuna, con una tabla para sentarse colocada en la parte de atrás. Si le hubiera descrito cómo el abogado defensor de oficio, el fiscal y un hombre vestido de calle y con una carpeta bajo el brazo entraron en la sala uno tras otro. Luego, el desfile de los jueces y los vocales (dos con toga roja, uno con uniforme de jefe de brigada de las SA, otro con el de jefe general de trabajo y el último de paisano, con la insignia del partido en la solapa). Si hubiera compartido con él la angustia que sintió al ver al presidente del tribunal, un tipo enjuto de cabeza delgada, medio calvo y de afilada nariz. (En un primer momento creyó tener

enfrente a Roland Freisler, que conocía de fotos aparecidas en *La Bandera Roja*, pero según el escrito de acusación se trataba del presidente del senado, Kurt Albrecht).

Si y cómo.

Si le hubiera exigido que lo escuchara. Cómo Albrecht le requirió para que le describiera al tribunal su trayectoria. Cómo de repente fue presa de un íntimo desasosiego y empezó a hablar con voz firme, a la vez que neutra y enérgica, de las necesidades y privaciones sufridas en la casa paterna, del paso por el frente del padre, de la enfermedad y temprana muerte de la madre, del compromiso por los compañeros de trabajo y por quienes no tenían empleo. Cómo entretejía en el relato su indignación por las implacables cláusulas del tratado de paz y su protesta contra la ocupación de la Cuenca del Ruhr. Cómo no le costó acertar con el punto en común entre cuanto él había hecho y lo que los nazis entendían por idealismo. (La acción desinteresada, esta era la quintaesencia de su autorretrato. Y al final dijo: No soy culpable). Cómo Albrecht no pestañeó, hojeó su expediente y le extrajo dos periódicos de pequeño formato para alcanzárselos a los vocales, luego recuperarlos y sostenerlos en alto. (Salzmann enseguida supo de qué hojas se trataba, al fin y al cabo todas las ediciones habían pasado por sus manos). Cómo Albrecht lo acusó de haber enviado aquellos escritos al Reich, a direcciones de meritorios cuadros de Kreuznach que solo él, el acusado Salzmann, podía conocer, escritos que difamaban al Führer, lo injuriaban calificándolo de asesino y llamaban al derrocamiento del gobierno del Estado alemán. Cómo la voz cuartelaria de Albrecht fue subiendo de tono para terminar quebrándose en un gallo: ¡Estos son preparativos de alta traición, me remito a las pruebas, confiésese culpable! Cómo él negó terminantemente haber mandado aquellos periódicos a Alemania. Cómo Albrecht repitió los cargos y cómo él volvió a rechazarlos: Le juro, señor presidente, no fui yo el que… Tras lo cual Albrecht cogió su expediente, se puso de pie y declaró que la sesión quedaba suspendida. Cómo los jueces y vocales abandonaron la sala. Cómo, en su ausencia, esperó en vano alguna palabra, alentadora o admonitoria, de su abogado; cómo aquel doctor Feldmann permaneció en silencio todo el tiempo sin dedicarle siquiera una mirada. (La víspera había ido a verlo a su celda: No me diga nada

que sea inculpatorio, me vería obligado a comunicárselo a la Gestapo. No llore durante la vista). Cómo se estrujó la mente para saber qué otras evidencias podían obrar en manos de Albrecht, y cómo entonces se acordó del camarada Fried Hey, con quien se había cruzado en su camino a la sala, en el ancho pasillo después de la escalera. Encadenado y con un brillo trémulo en los ojos. (El minero Friedrich Hey, natural de Dudweiler, responsable, en París, de la distribución de los fondos recaudados a través de donativos, y luego de la cocina para los exiliados). Cómo temió que lo utilizaran de testigo de cargo, pero a medida que avanzaba el juicio se dio cuenta de que el objetivo de Albrecht no era otro que demostrar que había sido él quien envió los periódicos a Kappel y Umbs. Cómo, en efecto, el presidente de la sala se había dirigido al hombre vestido de calle, que antes de comenzar el juicio se había sentado al lado del fiscal, pidiéndole presentar su dictamen grafológico. Cómo el perito, levantándose y ajustándose las gafas, había echado mano de unos papeles para explicar que había contrastado minuciosamente la escritura de los sobres con las pruebas tomadas en Coblenza y llegado a las conclusiones siguientes: la letra B es la típica del acusado. La K es imposible que lo sea, como tampoco la E y la N. La Z presenta grandes similitudes con la del susodicho. La S en cambio… Cómo fue repasando medio abecedario, para luego devolver los papeles a la mesa, quitarse las gafas, carraspear y volver a calzárselas. Cómo dijo que, en razón de varias concordancias que resultaban de hábitos caligráficos de génesis inconsciente, podía afirmarse con un alto grado de probabilidad que había sido el acusado quien había escrito personalmente los sobres. Cómo, carraspeando de nuevo, había añadido por fin que, dado el escaso material de análisis, la autoría del acusado no podía probarse de modo objetivo y concluyente. Cómo, dicho esto, solo se oyó el frufrú de la toga roja de Albrecht. Cómo el fiscal tomó la palabra y pidió la pena de diez años de prisión mayor. Cómo el tribunal se retiró para deliberar por segunda vez. Cómo Albrecht, al cabo de un cuarto de hora, dictó sentencia, en el nombre del pueblo alemán, rebajando a ocho años la pena solicitada por el fiscal, el doctor Bruchhaus, porque el acusado había resistido a los intentos de reclutamiento de la Legión Francesa demostrando de esa manera poseer al menos una brizna de pundonor. Cómo él no supo si

respirar o desesperarse. (Lo primero que pensó fue que no aguantaría ocho años de cárcel). Cómo la sala se vació en un visto y no visto. Cómo se quedó solo en la jaula de la tabla atornillada. Cómo a los pocos minutos vinieron a recogerlo dos agentes de la Gestapo. Cómo, todavía antes, el ujier, trasteando cerca de él, le susurró: La guerra se acabará antes de dos años.

Creo que la vida de Hugo de verdad se habría desarrollado de forma distinta. Si su padre se hubiera tomado el tiempo de hablarle. Por ejemplo, hasta qué punto aquel par de años que mediaron entre la condena y la liberación lo desmoralizaron. Si hubiera tocado lo que era, tal vez, lo más doloroso: el recuerdo de una noche de luna en Butzbach, acostado sobre su camastro y contemplando el dibujo que la sombra de los barrotes proyectaba en la pared. El 5 y el 6 de diciembre de 1944, antes y después de la medianoche. No lograba conciliar el sueño porque le dolían los pómulos, las costillas, las piernas, los riñones, el estómago, y porque tiritaba de frío. Cada vez que volcaba el cuerpo a un lado podía ver, a la luz difusa, las siluetas de sus compañeros de celda, Kaspar Göb y Otto Renner, que ocupaban la litera contigua. Salzmann se alegraba de su compañía. Göb irradiaba fe, Renner era cauteloso. El uno cumplía una pena de cinco años por haber falsificado cartillas de alimentación para ayudar a judíos y desertores. El otro había sido arrestado por actividades subversivas ya en el verano del 33. En el campo de Esterwegen un vigilante lo dejó medio tullido asestándole un culatazo de fusil, desde entonces lo atormentaba un fuerte dolor de espalda. Ahora respiraba acompasadamente. Salzmann trató de adaptarse a su ritmo. Ya durante el duermevela había oído una voz que lo llamaba. Se incorporó y miró hacia Göb, luego hacia Renner. No se movían, debía de haberse equivocado. Pensó en el día siguiente, en el trabajo en la vecina sala de máquinas donde examinaba los diámetros y bordes exteriores de las espoletas fabricadas en tornos revólver por cautivos y obreros civiles. En los desperfectos y en cómo seguir justificando su elevado porcentaje ante la instancia de control. Mientras le daba vueltas a eso lo venció el sueño.

Pero, como suele ocurrir a quienes sufren fatiga, no durmió ni largo ni profundo. De nuevo creyó oír una voz que lo llamaba por su nombre, más alto y en un tono más suplicante que hacía un rato.

Se enderezó como un resorte y, apoyado en el codo, dijo entre susurros: ¿Raspar, Otto? No contestaron. Se le cortó la respiración al imaginar que alguien, muy lejos, buscaba su ayuda. Quién si no Juliana, que se debatía entre la vida y la muerte. ¿O no sería más que una ilusión, resultado de la sobreexcitación nerviosa? Acomodó la dura cuña bajo su cabeza, se giró hacia la pared y observó cómo el dibujo de los barrotes iba difuminándose. Otra vez se quedó dormido, aunque solo por unos minutos. Sus sueños eran pensamientos truncos. Qué flaca está. Y que vuelva a proponerme ir juntos por la vida. Cuando me despierte se encontrará una solución. No debe morir. Siguió durmiendo, fue despertado por un ruido: como si su nombre sonara por tercera vez, pronunciado con nitidez excesiva hasta la última vocal que fue hundiéndose en el silencio. Entonces supo que no habría reencuentro. Se incorporó y se tapó la cara con las manos. Así lo hallaron Göb y Renner cuando el estridente timbre del penal tocó a diana.

La vida adulta de Hugo también habría tomado un rumbo distinto si su padre le hubiese dicho: Y ahora cuenta tú. Cómo te fue a ti. Quiero saber todo lo que me he perdido. Y es que las cartas que le mandaron a la cárcel no estaban para endosarle más preocupaciones. Además, en Butzbach, solo podía escribir una carta cada siete semanas y recibir una cada tres, y su hermana de Kreuznach y su cuñada de Stainz resolvieron dividirse la correspondencia, haciéndose cargo la una de él y la otra de Juliana. De modo que cuando Hugo quería felicitarle el cumpleaños a su padre o Tilla enviarle un paquete a su madre, las dos tenían que ponerse de acuerdo previamente, lo que resultaba largo y complicado. También se intercambiaron cartas, pocas, entre Butzbach y Ravensbrück. «Mi querida y entrañable Juliana». «Queridísimo Hugo». En una ocasión, su hijo, impelido por la prisa, confundió las cartas a los padres, recibiendo la madre la que estaba dirigida al padre, y este la que iba destinada a ella, confusión que los hizo reír mucho, según explicaron en sus siguientes misivas. En otra ocasión, el padre se quejó de que Hugo le hubiera pintado un manzano de tronco rojo en vez de marrón. En la tercera escribió: «Si no volviéramos a vemos, hijo de mi corazón, recuerda que tu padre no fue un hombre malo. Solo deseó el bien». En su cuarta carta, remitida ya desde Butzbach, se disculpaba con su cuñada por haber

inquietado al chico con aquellas frases.

Y qué habría contado Hugo si su padre lo hubiera animado a hacerlo. Que Ernestine, poco después de su llegada, fue requerida para comparecer en el ayuntamiento. Que, francamente, no se congratulaban de que hubiera acogido al hijo de su hermana, le explicó el alcalde, que ya había habido protestas al respecto. Que aunque ella influiría de modo positivo en el chaval y también el entorno contribuiría a que los vicios congénitos no se manifestasen, estaba en juego la buena reputación del municipio. Máxime cuando Ernestine, por ser empleada de la función pública, cargaba con una responsabilidad especial. Que alguien ya había reclamado que fuese despedida de su puesto de vigilante de piscina, entre otras cosas porque no sabía nadar, de lo que él se había enterado solo hacía poco. Pero eso aparte, y dicho en términos generales. La principal razón por la cual la había citado era que se precisaba el certificado de ascendencia aria de su sobrino. Que urgía presentarlo. Y que no le llegaran quejas, dada la situación del mundo y la necesidad de derrotar a los enemigos de Alemania, misión a la que cada uno debía aportar su grano de arena.

Nos entendemos, señora Fuchs. Su marido también presta servicio a la patria, con valentía y en primera línea del frente. No vamos a darle la puñalada trapera.

Con la ayuda de la tía Tilla, que en el Registro Civil de Kreuznach hizo desenterrar las partidas de nacimiento de cuatro generaciones de la familia, Ernestine consiguió suministrar la prueba del origen ario de Hugo. Entretanto, fue llamada para comparecer de nuevo, esta vez por el jefe local del partido, Reinfuss, quien la reprendió por desatender de forma censurable su deber de supervisión. Y es que había en el pueblo un trabajador forzoso de nacionalidad francesa, asignado al vecino Weber, cuya granja se hallaba a solo trescientos metros del recinto de los baños. Hugo al francés a menudo le hacía compañía en el sombrío portal de la casa del agricultor, donde aquel tenía que tomar sus magras comidas. Expresadas en el idioma familiar, la nostalgia de la patria del uno y la añoranza de los padres del otro eran más fáciles de soportar, al menos mientras duraban sus encuentros. Encuentros que a Weber le molestaron hasta tal punto que denunció a los dos por juntarse a cada rato y conversar en aquel galimatías

incomprensible. A raíz de ello Reinfuss ordenó, con efecto inmediato, que Hugo cesara la relación con el franchute, de lo contrario habría consecuencias.

Aviso este que Ernestine solo podía interpretar como amenaza de que le quitarían al chico para meterlo en el campo de concentración con su madre. A la menor falta que cometa, había dicho el jefe local del partido. Sé prudente, le dijo ella a Hugo. Ten cuidado. No seas respondón. Por ejemplo, en el colegio, donde la materia de Canto la impartía ahora Wilhelmine Pahor, esposa de rompe y rasga de un oficial de las SS, siempre armada de una vara de caña y que lo consideraba un travieso empedernido. Dos veces lo mandó a casa en plena clase gritándole a la espalda que no volviera, que ya se encargaría ella de que lo expulsaran de la escuela. Porque, según aseguró la primera vez, el chico había desentonado con alevosía en el coro de clase. En circunstancias normales, Ernestine se habría reído de la mujer, pero ahora no tuvo más remedio que implorarle para que dejara las cosas en su sitio. Además, eso de tener que andar siempre rogando y suplicando. El íntimo desasosiego que se apoderaba de ella en cuanto un gendarme o uno de los caciques nazis se presentaban en la piscina. Las humillantes formas de tratamiento: señora profesora, señor agregado, señor inspector…

Por otra parte, no le faltaba genio. De su boca nunca salió un *Heil Hitler!*, por más veces que Reinfuss le pidiera explicaciones al respecto. Cuando, hacia el final de la guerra, el cercano aserradero Hofer recibió en alojamiento a prisioneros italianos, le entregó a Hugo una olla con patatas hervidas: Vas y se las llevas, pobres diablos. Y cuando los más acomodados de los bañistas se interesaban entre ellos por dónde veranearían el año próximo o después de la victoria final, Ernestine, sin ser aludida, intervenía diciendo: en Santa Perpetua de la Calavera. En la calle disimulaba muy bien, dice Hugo, pero en casa estaba hecha un manojo de nervios muchas veces. Quizá le ayudaba el estar siempre atareada. Recolectar hierbas medicinales en verano para los baños de tina. Controlar, durante la temporada, el nivel del agua de la piscina, cuyo casco tenía fugas. Abrir, en caso de pérdida de nivel, la boquera del río y cerrarla apenas se desataba una tormenta. Extraer la hojarasca del agua cada mañana, barrer las casetas todas las

noches. Vender las entradas, cortar la hierba del prado, barnizar las tumbonas de madera, fregar con el cepillo y la esponja las baldosas de la piscina para dejarlas limpias. Ni siquiera disponía de manguera, el ayuntamiento se la negaba. En general, dar solo daban quienes eran tan pobres o más que ella. Como la señora Amreich, por ejemplo, que vivía con sus hijos en un altozano de las afueras, en una casa rodeada por un extenso jardín de cerezos, donde Hugo podía recoger toda la fruta que quisiera, fruta amarilla y crujiente, según recuerda. La Amreich, otra de esas arpías comunistas, decían. No le basta con tener dos hijos y estar sin marido.

Una vez, una sola vez, vino a casa Peter Fuchs, con permiso del frente. Alto, apuesto, un año menor que Ernestine; sus ojos tardaron en habituarse a la luz del sol y el verdor del entorno. En lugar de reponerse de las fatigas, trabajaba desde temprano y hasta muy tarde en la carpintería. A menudo, Ernestine le echaba una mano por la noche. Lo que contó de la guerra en el extremo norte parecía el relato de un ser dominado por el sufrimiento. Hablaba de hombres a los que con mar gruesa y un frío mordaz se les ataba a los mástiles porque no tenían sitio bajo cubierta. De otros que, por obediencia o convicción, se lanzaban a centenares al fuego de metralla. De soldados muertos a los que en un dos por tres, antes de que la helada los dejara tiesos, se les despojaba de las botas y de la chaqueta del uniforme. La víspera de su partida, al salir juntos a la puerta de la casa, Hugo señaló la piscina vacía: Salta, tío Peter. A lo mejor te rompes una pierna. Peter Fuchs no saltó, volvió con su compañía. Ernestine le tejió un pasamontañas de lana de oveja, con pequeñas mirillas para los ojos, la boca y la nariz. Pero luego lo trasladaron de los hielos árticos a la canícula de Grecia, de allí mandó una caja con higos y uvas pasas, de la cual la mitad se la enviaron a Juliana. A fin de ahorrar el franqueo, Ernestine utilizaba varias veces el mismo sello para los paquetes destinados a su marido, cubriéndolo con una fina capa de cera para que el matasellos no dejara huella en la estampilla, que Peter luego despegaba con cuidado y adjuntaba a su siguiente carta. ¿Lo ves?, le decía Ernestine. El que se estruja la cabeza no necesita aflojar la bolsa.

En los dos primeros años que pasó en Stainz siempre hubo niños que se burlaban de él o lo acechaban después de las clases. Porque

era diferente, porque era demasiado poco diferente de ellos. Se asombró de que fuera precisamente el hijo del alcalde, Gustl Krois, quien le brindara su protección. Pero él no necesitaba un protector, quería defenderse por su cuenta. Además, no tardó en hacer amigos. Günther Zaller, por ejemplo, un muchacho del vecindario, con quien le gustaba jugar al ajedrez y quien le enseñó a coger truchas con la mano en el río, en los hoyos que el agua socavaba en las raíces de los alisos. De quienes más cerca se sentía era de aquellos compañeros de colegio que, como él, habían recalado en Stainz por los avatares de la guerra. Tampoco a ellos los lugareños de siempre los consideraban pertenecientes a la comunidad. Los hermanos Weinrich, de Transilvania, por ejemplo (la chica de las bellas trenzas), o el bajito y rollizo Dusan Blauensteiner, de Yugoslavia. Después de que una unidad de las SS convirtiera la escuela en su cuartel, las clases se trasladaron a la fonda de Rossl y fueron impartidas por maestras auxiliares cuyas habilidades pedagógicas no iban más allá de una fe inquebrantable en la victoria final. El rendimiento de los alumnos se medía por el peso de las hierbas medicinales que tenían que recoger para los soldados del frente: llantén menor, fárfara, hojas de frambueso, flor de tilo. Cuando iban a la fonda en mañanas despejadas sabían que ese día no habría lección: a las ocho entraban y poco después aullaban las sirenas, rápido, rápido, a correr a casa. Ya se oía el zumbido de los escuadrones de bombarderos que, procedentes del sudoeste, volaban hacia la cuenca industrial de la Alta Estiria o en dirección a Graz. Allí, la onda expansiva de una detonación mató a la rubia Lieselotte Hofer, la hija del molinero, a quien Hugo adoraba en silencio. Él también pasó temporadas en la capital. Una vez, en el hospital, con el brazo roto, chapuceramente recompuesto, viendo a través de la ventana del pasillo los conos luminosos de los reflectores que barrían el cielo nocturno en busca de aviones; otras veces, con su tía Lisa, en la villa Leechwald. La condesa de Attems, adorada por ella, le regaló unos cuadros inspirados en Stainz. El viejo calabozo, la ruinosa casita de Stiebler, cuyo estado miserable se le había antojado pintoresco. El rojo llameante de las amapolas, la planta favorita de Hugo. Porque es tan delicada y tiene ese magnífico color, dice.

Por las armas y las municiones sentía la misma fascinación que

los chicos de su edad. Le gustaban los estampidos, y el único combate aéreo sobre Stainz, el Domingo de Ramos del 44, lo siguió con pasión idéntica a la que le acompañaba cuando jugaba a los bolos o a los tejos. Pero comprendió que ni siquiera con sus amigos existía el entendimiento total. Lo que a ellos les provocaba angustia o repugnancia significaba para él esperanza y alegría. En cuanto sonaba la alarma aérea corría hasta un prado situado detrás del castillo y se tiraba en la alta hierba para observar, con los prismáticos que el viejo coronel le había regalado a su tía, los escuadrones de bombarderos y los cazas que aparecían en el firmamento. En mayo, un pesado cuatrimotor dio varias vueltas sobre la localidad para terminar estrellándose en un bosquecillo al intentar un aterrizaje forzoso sobre el campo. Hugo fue uno de los primeros en llegar al lugar del accidente. Entre los restos en llamas del aparato vio a un negro colgado boca abajo de un árbol. Se imaginó que estaba vivo, que él lo arrastraría bosque adentro y lo escondería en un pajar adonde furtivamente le llevaría comida y atendería sus heridas para luego conducirlo, de noche y a marchas forzadas, a las montañas, hasta los partisanos, calificados de cerdos cochinos, traidores de la patria y pérfidos asesinos por la misma gente que se escandalizaba por la presencia de Hugo.

A medida que la guerra se prolongaba, el espacio se fue estrechando en la casa de baños. La primera en llegar en busca de refugio fue la tía Anna, de Viena, seguida por el tío Franz, vecino de Graz, que había logrado, no se sabía cómo, eludir la llamada a filas y la obligación de trabajar en una fábrica de armamento. Anna vino con su hijo, el pequeño Kurti. Ella era simpática, dice Hugo, pero terriblemente despistada. Una vez pisó, por distracción, una cría de gato y la mató. Más ardua resultaba la convivencia con el soltero Franz, un hombre insoportable, desconsiderado y egoísta. Un buscabroncas y refunfuñón, cuya única aportación al bien común consistía en poner todas las noches el dial en la emisora de Londres. Hugo recuerda el instante en que oyeron, en la cocina y a puerta cerrada, que los aliados habían desembarcado en Normandía. Estábamos eufóricos, dice, como para abrazarnos. ¿Pero por qué nunca dicen nada de los campos de concentración? Ni siquiera Ernestine tenía respuesta a su pregunta. Sacaron aliento de una carta enviada desde Sajonia por una tal Paula Weigel, que en el

verano de 1943 escribió: «Juliana les manda un cordial saludo, estuvimos juntas en el campo». Si a ella la han liberado, ¿por qué no también a Juliana?, pensó Ernestine, y le preguntó a su hermano, el secretario de aduanas: Luis, ¿no puedes hacer nada por Juli? Me jugaría el puesto, replicó él.

Lo que no comprendo, dice Hugo, testigo presencial de su conversación, es por qué Tini nunca me dijo: Hugo, escribe tú una carta a Berlín. A lo mejor sirve de algo.

En realidad, sobre las condiciones que reinaban en Ravensbrück no sabía nada, salvo que allí las mujeres pasaban hambre, pues de lo contrario su madre no habría pedido en todas y cada una de sus cartas copos de avena, manzanas, cebollas, manteca, ácido cítrico o pan de fruta, «os agradezco mucho cualquier cosa». Su letra seguía siendo enérgica, su ánimo, firme, y fuerte su esperanza de salir en libertad para otoño, el año que viene, para el próximo cumpleaños de Hugo. Seguía preocupada por la salud de su hijo, sus dientes, su estómago, las uñas; se alegraba de sus dibujos, se interesaba por sus gatitos, su sericicultura y sus posibilidades de refrescar el francés. Le prometió que en el futuro, cuando todo hubiera pasado, lo mandaría a estudiar a un liceo, y le recordó que escribiese a los parientes alemanes y a la señora Knobel, en Suiza, aquella buena alma que le regalaba libros, juguetes, una estilográfica. Expresó su decepción cuando solo recibió carta de Ernestine, y les dio el consejo de numerar los paquetes porque se había comprobado que uno de cada tres era sustraído o desvalijado.

Para darse cuenta del estado de su madre, Hugo tendría que haber sido capaz de leer entre líneas. «Estoy más o menos, no me doy por vencida. Tengo aquí a una persona entrañable, nos entendemos muy bien, así se aguanta lo peor». Capaz de desconfiar de las palabras anodinas, por ejemplo de la palabra «taller». Paula Weigel decía en su carta que Juliana trabajaba en el taller de costura, y Hugo no pudo menos que imaginar una estancia cálida y confortable. Capaz de descifrar, de desarrollar, los sueños de su madre: «Yo había perdido dos dientes y estaba con vosotros, en casa, en un entierro, por todas partes había gente vestida de luto»; «a menudo sueño con el castillo o que me encuentro en el bosque de los abetos, una vez recogía arándanos, y siempre cosas por el estilo, es porque pienso mucho»; «he soñado con Anni, estaba enferma y

yo la cuidaba»; «he tenido un sueño hermoso, el sol lucía radiante y caluroso, yo paseaba por verdes prados y llegaba a un regato, donde veía a mi pequeño Hugo. Tenías puesto el bañador, estabas muy sano y moreno, y te entretenías fabricando un barquito. Luego entrábamos en la casa, el sol seguía brillando. Cogías la mochila escolar y decías: Mamá, ¿acaso crees que quiero ser más tonto que los demás? Entonces me desperté. Sentí una gran alegría».

Al lado del fogón de la cocina había una caja de madera con dos compartimentos y una tapa; el primero era para la leña, el segundo para el carbón. Hugo estaba sentado sobre la caja, levantó la vista del libro y vio a su tía caminar con desasosiego, del fogón a la mesa, donde recogió unas migajas en el cuenco de la mano, de la mesa al tablón-llavero junto a la puerta, de la puerta a la veranda, de la veranda al cuarto de las calderas para abrir el agua para un baño de tina. Al rato volvió, le dio la espalda, colgó la llave de la caseta en el tablón, fue presa de un sollozo y se pasó la punta del delantal por la cara.

Qué te pasa, Tini, qué ocurre, ¿estás llorando? Entonces se dio la vuelta y se lo quedó mirando. Dijo algo, rompió en llanto y corrió hasta él para apretarlo contra su pecho.

«Stainz, 25 de enero del 45

»Querido cuñado Hugo:

»La tía Tilla nos ha mandado tu carta con los saludos para el cumpleaños de Hugo, su madre todavía alcanzó a felicitarlo en noviembre, y fue el último mensaje que tuvimos de ella. El 10 de enero recibimos la noticia de que nuestra pobre Juliana había muerto de *fiebre tifoidea* el 6 de diciembre, a las ocho de la tarde. Te harás cargo del terrible golpe que supuso esta noticia para nosotros, y comprenderás la profunda herida que ha abierto en nuestra familia el haber perdido de esa manera a nuestra querida hermana. Tanto a nosotros como a ti nos resulta inconcebible pensar que Juliana ya no volverá. La pobre aguantó cuatro años, pero de pronto no pudo más. Siempre le mandé cosas, un poco de todo, para mantener su salud. Ha sido en vano. También Hugo sufre muchísimo con la idea de que su madre no ha de volver, y no para de decir que no puede creerlo, es horroroso para todos nosotros,

querido cuñado. En su última carta, de noviembre, aún me pedía que preguntara por ti, esperaba con ansia una cartita tuya, pero no llegó. Te mandaba muchos besos y saludos, decía que te cuidaras y que pensaba con ilusión en un reencuentro. El 23 de noviembre dio parte de su estado, y el 6 de diciembre murió. De manera que estuvo enferma quince días sin que uno se enterara de nada. ¡Cuánto habrá sufrido la pobre en el alma! Nos escribieron que no expresó un último deseo. No sé si puedo creerlo. La incineraron, y le pedí a la administración que depositaran la urna en el columbario para que Hugo encuentre su tumba cuando quiera y sea el momento. Aún no he tenido respuesta. ¿A ti, querido cuñado, te ha avisado la administración del campo? La carta decía que enviarían las pertenencias de Juliana a *su legítimo heredero*. No sé si eso se refiere a ti o al niño. No te preocupes por él. Llevo cuatro años haciéndole de madre, y lo quiero mucho. Le gusta estar conmigo. Él también me ha cogido cariño, así lo sucedido le será un poco más llevadero, al fin y al cabo esta es su segunda patria, y Juliana en su día deseó que yo lo acogiera, cosa que hice y de la que estoy contenta por haber evitado que el pequeño Hugo fuera a parar a manos ajenas, lo que hubiera sido todavía peor. Que ahora solo puedas escribir cada cuatro semanas… de verdad que es mucho tiempo. Le he comunicado la triste noticia a la tía Tilla pidiéndole que la difunda y se la comunique también a los abuelos, para que todos conozcan esta desgracia, porque yo no puedo, me cuesta tanto, se me parte el corazón por la inmensa pena que ha caído sobre nosotros. Solo tenemos el deseo de que conserves tu salud para que a Hugo le quede al menos uno de sus padres. Si a ti también te ocurriera algo… Sé que vuestro hijo siempre pensará en sus padres con amor y agradecimiento, que ya lo hace, y yo te prometo, en este duro trance para ti, que nuestra familia lo dará todo por el niño y hará que sea una persona buena, honrada, trabajadora e independiente, porque se lo debemos a nuestra Juliana, a quien llevamos en el alma. No le ha sido concedido reencontrarse contigo y con Hugo, por más que añorase un reencuentro. No entendemos por qué la pobre tuvo que malvivir encerrada cuatro años, y estamos terriblemente apenados de no haber podido verla ni hablarle en todo ese tiempo. A nuestro viejo padre no le hemos dicho nada, queremos evitarle ese pesar porque

tiene ochenta y cuatro años y no se encuentra bien. Querido cuñado: no sabemos qué pasará con nosotros. Los tiempos son tan serios y terribles, quién sabe si saldremos con vida de esta espantosa guerra. Quien la haya dejado atrás es afortunado. Pobres son los que se quedan. Yo tampoco sé nada de mi marido, ni tampoco mi hermana Anni del suyo. A tu hermana Tilli una bomba le ha destruido la vivienda, así que por donde uno mire solo ve desgracias. Pues bien, querido cuñado, te he dicho todo lo que tenía que decirte, sé fuerte por amor a tu hijo, soy consciente de que la noticia será un mazazo para ti, pero debes levantar la cabeza, y no te olvides de escribirle, cuando puedas, también a tu hijo. Nosotros ya tampoco podemos escribir cartas, solo postales. Cuídate mucho. Saludos cordiales de todos nosotros. Tu cuñada, Ernestine».

A Hugo quizá le ayudó el hecho de que los dolores en la familia se multiplicaran, así el propio era más leve de soportar. Al mes de llegar la noticia luctuosa de Ravensbrück, Ernestine recibió notificación de que su marido había sufrido heroica muerte, junto a un maizal situado a varios kilómetros de la ciudad de Esseg, según supo posteriormente. Poco antes o después, también su hermano Friedl se dejó la vida en el campo del honor, que en su caso se encontraba en algún lugar de Hungría o Rumania. Y al año siguiente, varios meses después del entierro del abuelo, Luis fue abatido a tiros por un desertor procedente de Yugoslavia, mientras le tomaba los datos personales en la aduana.

Tal vez le ayudó también el que de pronto las cosas empezaran a tambalearse. En la mañana del 4 de mayo, la profesora Mlekuz dijo: Niños, tengo que anunciaros con tristeza que la guerra está perdida. Volved a casa en silencio. En la mañana del 5, los de la milicia nacional se dedicaban a levantar barreras antitanque en el puente del río clavando en la calzada troncos de picea descortezados. Al mediodía, fijaban carteles que advertían de las hordas bolcheviques, y a primeras horas de la tarde Reinfuss se puso al volante de su coche DKW atestado de equipaje, pero el vehículo no arrancó y el hombre, echando pestes, tuvo que trasladar las maletas a un coche de caballos. Luego se encaramó en el pescante, hizo restallar el látigo y abandonó el pueblo en dirección Oeste. Tras él, los cuadros

del partido con sus familias, los gendarmes y también personas que nunca se habían congraciado con los nazis. Tenían miedo, miedo a la venganza.

Pase lo que pase, dijo Ernestine, nosotros nos quedamos.

Qué otra cosa iban a hacer, con el abuelo ciego, fatigado por la edad.

El 9 de mayo, a la una del mediodía, el primer combatiente del Ejército Rojo asomó a la vista de Hugo. Descubierto, enfundado en una chaqueta color mostaza, con botas y sosteniendo su fusil de asalto en ristre, se acercó medio doblado al muchacho, que se encontraba de pie en la veranda, pasó de largo y entró en la vivienda. Hugo lo siguió. En la cocina los vio a todos reunidos, Ernestine, Anna, Kurt, Franz y el viejo abuelo. El soldado, después de examinarlos uno a uno con la mirada, fue hasta Josef Sternad, sentado en el banco y sonriente a su manera, le alzó el sombrero agujereado como queriendo cerciorarse de que no había nada oculto bajo el mismo, volvió a colocárselo con cuidado al ciego, se aproximó a la radio contemplándola atentamente, entró en el dormitorio, echó un vistazo por la puerta abierta de la habitación de Sternad y regresó sobre sus pasos. Ernestine y Hugo lo siguieron. Frente a la escalera aledaña al cuarto de las calderas les ordenó con un gesto que subiesen delante de él al desván, atiborrado de cachivaches, cajas, sillas y tableros pertenecientes a la Beneficencia Pública Nacionalsocialista, que había regentado una guardería en el ala lateral de la casa. Después de comprobar que no había nadie en el desván salvo ellos, los obligó de nuevo a bajar, y los siguió peldaño a peldaño. Luego, sin decir palabra, se marchó corriendo en la dirección de la que había venido.

El segundo militar del Ejército Rojo era un comandante y hablaba alemán. Le aseguró a Ernestine que no les tocarían el pelo, y la exhortó a notificar cualquier incidente que fuera motivo de reclamación. Seguidamente, llegaron soldados en cuadrillas, entre ellos también mujeres. Se despojaron de sus uniformes y chapotearon en el agua somera con los pantalones arremangados. Hugo distinguió las cicatrices en sus brazos y piernas, de heridas causadas por esquirlas de obuses. Le habría gustado acompañarlos cuando peinaron durante días la zona de los montes Reinischkogel y Rosenkogel en busca de nazis huidos. A menudo solo pillaron a

mozos, a retornados y desertores que se habían escondido en los bosques por miedo a ser capturados y deportados a Siberia. De las aldeas y caseríos del entorno llegaban rumores de saqueos, malos tratos, violaciones, y de que los rusos se bebían todas las reservas de vino y aguardiente, lo que más parecía indignar a los lugareños. Hugo les enseñó a los soldados los puestos, en el río, donde se acumulaban las truchas. Después de agacharse detrás de un árbol, uno lanzó una granada al agua, y a los pocos segundos un chorro se elevó por los aires y una docena de peces muertos asomaron flotando en la superficie. Le tocó a Hugo recogerlos y ensartarlos por las agallas en un palo de avellano. A él le dejaron los que se habían ido al fondo. Se zambulló en su busca, los tiró sobre la ribera y se los llevó a casa, ocultos en el peto de su pantalón de cuero. Al doblar la esquina, vio a un soldado soviético partir en la bicicleta que había heredado de su tío Peter. Se lanzó tras él, pero no logró darle alcance. El comandante al que fue a quejarse le prometió una nueva, más bella, una auténtica Puch. Antes de que pudiera cumplir su promesa, el Ejército Rojo se retiró. Después llegó un pelotón de soldados británicos. «Al cabo de una semana, aproximadamente, también ellos se marcharon», cuenta Hans Wilfinger en *Neues Stainzer Heimatbuch* [la *Nueva Crónica de Stainz]*. «Un pequeño comando permaneció estacionado durante un mes en la localidad, que luego volvió a ser por completo de los vecinos. La guerra había acabado definitivamente, y era el momento de ponerse manos a la obra».

Ponerse manos a la obra para, por ejemplo, convertir a niños paganos a la fe cristiana. El cura, dice Hugo, sabía que mi madre estaba en el campo. Nunca dijo nada ni hizo nada, nunca se interesó por ella, nunca nos reconfortó o consoló cuando supimos de su muerte. Y eso que conocía a Juliana de antes. Pero apenas los rusos se hubieron ido, se lanzó sobre Tini: ¡Al chico hay que bautizarlo!

Lo siento, padre, dijo Ernestine, no estoy legitimada para permitirlo; es algo que corresponde únicamente al padre de Hugo, y dudo mucho que él lo quiera. Pero a Hugo le dijo: Es mejor que, en adelante, vayas a clase de religión; para que no tengas problemas. De lo contrario, los de la sotana y sus amigos no nos dejarán en paz hasta el fin de la eternidad.

El maestro de religión, el deán Hierzer, era un joven irascible.

Todos los lunes decía: El que no haya ido a misa ayer que se ponga de pie, y cada vez Hugo, Oskar Weinrich y Dusan Blauensteiner se levantaban renuentes, con una mueca de sonrisa o poniendo los ojos en blanco.

Nuestros tres inútiles. Fijaos bien en ellos, gritaba Hierzer. ¡Terminarán como criminales!

Hugo, por lo pronto, no le contó a su tía nada de aquella liturgia de los lunes. Pensó que ella había sufrido ya bastantes calamidades por su persona, y que él estaba en edad de parar los ataques del clérigo. O de poseer las suficientes dotes para cumplir desde ya el pronóstico del hombre, soplando furtivamente los polvos de estornudar hacia el púlpito de Hierzer.

Estuvieron mucho tiempo sin saber si su padre seguía vivo. Inmediatamente después de la liberación, Tilla se ocupó de avisarlos, tengo noticias de Hugo, se encuentra camino de casa. La vez siguiente decía: Mi hermano ha llegado felizmente a Kreuznach, su dirección provisional es Hochstrasse, 31, por si todavía no ha dado señales de vida. Sin embargo, sus mensajes tranquilizadores se perdieron en las redes de la censura aliada, lo mismo que las preguntas enviadas cada tantas semanas por Ernestine de por qué su cuñado aún no se había puesto en contacto con ellos. En efecto, pasó más de un año hasta que por fin recibieron una carta suya. La tercera, según aseguraba él; por las dos anteriores había querido informarse sobre qué ropa y calzado necesitaba Hugo, además de anunciar su intención de visitarlos. Que solo sería cuestión de días hasta que por fin pudiera emprender viaje. «Querida Ernestine, puedes creerme el ansioso deseo que tengo de ver llegar el momento de reencontrarme con mi muchacho después de tantos años». Y a Hugo le escribió: «Confío en que el gobierno militar no tardará en darme el pasaporte, entonces partiré al instante, ten todavía un poco de paciencia, hijo mío. Sigue aplicándote en el estudio. Aquí podrás recibir una formación para protésico dental. Ya lo he arreglado».

Hugo sostuvo largo rato la foto que su padre había mandado con la carta. Luego la dejó apoyada en el vaso de agua que tenía enfrente, en el cual había una ramita de enebro, y se apresuró a

contestarle con una postal donde marcó la piscina con una cruz. «Querido papá: Todavía no hay servicio de autobuses desde Graz. Tienes que tomar el tren y desplazarte hasta Preding, allí coges el ferrocarril de vía estrecha para Stainz. Estoy deseando que vengas».

A partir de entonces, nada más oír el silbido de la locomotora entrando en agujas en el otro extremo del pueblo, corría todas las tardes por el prado de la piscina hasta la alameda de los castaños a fin de buscar con la mirada a su padre, quien, cansado por el largo viaje, bajaría a paso lento por la carretera. En el bolsillo de su pecho llevaba la foto para, si se terciaba, poder cerciorarse y no echarse al cuello de un extraño. Pero la ocasión de sacarla no se presentó nunca.

No fue hasta noviembre del año siguiente cuando recibieron otra carta de Salzmann. Decía que le era imposible conseguir autorización para entrar en el sector británico de Austria y que intentaría obtener el permiso para que Hugo viajara a Kreuznach. Esfuerzo inútil. Puede que desde el principio Salzmann no pusiera el empeño necesario en el asunto, porque, como secretario del sindicato y miembro del consejo vecinal de Kreuznach, se sumergió en el trabajo apenas hubo regresado de Butzbach. Para garantizar el abastecimiento de la población. Habilitar albergues de emergencia para los refugiados. Atosigar a las autoridades de ocupación hasta que dotaron los campos de prisioneros de Bretzenheim con tiendas y cocinas de campaña. Organizar las labores de desescombro en una ciudad cuyos edificios estaban destruidos en un cuarenta y cinco por ciento, según decía una de las cartas que envió a Stainz. Depurar de nazis las oficinas públicas. Cambiar los nombres de las calles. Poner en marcha una colecta para las víctimas del fascismo, en la que se recaudaron sesenta y cinco mil marcos. Planear una segunda acción para la reconstrucción de la sinagoga. Localizar a los judíos expulsados e invitarlos a que regresaran. Restituir a la Iglesia Católica el hospital de Sankt Marienwörth y la Casa Concordia de la congregación Kolping. «Además, las personas que pasan necesidad no paran de buscar mi ayuda y apoyo. Salgo de casa por la mañana y llego por la noche. Así que puedes imaginarte, querida cuñada, que disfruto muy poco de mi bello piso con cocina y tres habitaciones. No siempre es bueno ser una personalidad pública. Preferiría estar en el bosque, en la naturaleza, en una

sencilla cueva, que en esta hermosa vivienda, donde uno no encuentra la paz con toda la gente que viene».

Cabe pensar que, contrariamente a sus palabras, el ajetreo no le resultaba inoportuno. Porque esperaba recuperar los doce años de exilio y confinamiento. Porque veía de nuevo un objetivo político, uno que tenía que ver con el futuro, y no con el pasado. Porque cuantas más obligaciones cargaban sobre él tanto menos podía afligirse por aquel lado vacío de su corazón. «Tu pobre mamá. Pero lamentarse no sirve», le escribió a su hijo.

Por otra parte, también Hugo estaba atrapado en un conflicto interior. Una vez defraudada su gran ilusión, no quería confiar más en que su padre viniera a buscarlo. Empezó a comprender que, antes o después, tendría que despedirse de Ernestine, y eso le daba miedo. No podía imaginar su vida sin ella.

Si no tuvieras padre, yo te adoptaría, le dijo Ernestine en una ocasión. Pero él tiene derecho a que te vayas con él. Te necesita. Y también tu madre deseaba que estuvierais unidos. Piensa en lo que decía en su última carta, cuando cumpliste doce años: que Kreuznach es tu ciudad paterna, una patria bella donde viviréis juntos.

La inesperada noticia, comunicada por Salzmann en febrero del 48, de que se había casado y sido padre de una niña en enero de ese año, no alteró en nada dicho legado. Es posible que Ernestine, al comienzo extrañada por la nueva, le encontrara incluso un lado positivo. Pudo haber pensado que así Hugo no llegaría a una casa vacía. Y él se alegró por esa ampliación de la familia, como revela una carta dirigida a los Scheu. «A tu hermana le hemos puesto Juliane, como recuerdo», había escrito su padre. A principios de julio, Hugo terminó el último curso de la Secundaria, teniendo ahora vía expedita para la carrera profesional. Era por lo tanto el momento adecuado para enlazar aquel nuevo período con la vida de su padre.

Los excompañeros de Salzmann no tardaron en cruzarse en su camino. Ya por casualidad y de forma inopinada; ya por desempeñar también ellos cargos gubernamentales de carácter provisional y, después de 1947, puestos de concejales o delegados de distrito. Bien porque se los encontraba en las asambleas del partido, los congresos sindicales o las reuniones de las asociaciones

de víctimas; bien porque se enteraba de su suerte a través de la prensa. Fue de ese modo cómo supo que Otto Brenzel había muerto en Copenhague, donde dirigía el Socorro Rojo, medio año después de finalizar la guerra. Al menos este se les ha escapado a los nazis. También habían logrado salvarse Hans Marchwitza y Philipp Daub, saliendo en 1941 de Francia hacia los Estados Unidos, para volver a Alemania al cabo de cinco años. Se establecieron en la Zona de Ocupación Soviética, donde al poco tiempo Daub asumió cargos de responsabilidad, lo mismo que Franz Dahlem y Heinrich Rau, supervivientes del campo de Mauthausen.

Siegfried Rädel había sido ejecutado en el penal de Brandemburgo en marzo de 1943, y Philipp Auerbach liberado de Buchenwald dos años después. Se afilió al SPD, y en septiembre de 1946 llegó a ser comisario bávaro para los perseguidos por motivos raciales, religiosos y políticos, luego presidente de la oficina regional de indemnización. Sus eficaces y poco convencionales medidas en el ámbito de la llamada reparación de daños, así como sus críticas rotundas a las sentencias absolutorias para criminales nazis muy pronto lo hicieron impopular. Otra vez un judío que les saca a los alemanes el dinero del bolsillo, se decía. El acoso dirigido contra él culminó en un juicio en el que se le imputaron numerosos delitos de estafa. A pesar de los testimonios exculpatorios, el tribunal, reforzado con antiguos nacionalsocialistas —el juez, consejero superior de la Corte Suprema Militar del Tercer Reich; uno de los vocales, un SA; el fiscal y el perito psiquiátrico, militantes del partido nazi—, lo condenó a dos años y medio de cárcel. En la noche posterior a la proclamación del fallo, Auerbach murió de una sobredosis de somníferos. Que nunca se enriqueció personalmente y que no podía tolerar aquella sentencia deshonrosa, escribió en su carta de despedida.

Es difícil decir cuál sería la actitud de Salzmann en el asunto. Apreciaba al que había compartido celda con él en Castres, según se desprende de sus apuntes. Sin embargo, Auerbach había abandonado la asociación de perseguidos por el régimen nazi acusándola de estar infiltrada por los comunistas. Además, se había declarado contrario a la rehabilitación indiscriminada de los combatientes de la resistencia porque muchos de ellos —y se refería de nuevo al comunismo— buscaban implantar otra forma de

dictadura.

Alfred Jung, compañero de partido de Auerbach, con quien Salzmann había clasificado pantalones del ejército durante su estancia carcelaria, trabajaba en la oficina de empleo de Idar-Oberstein desde que regresó del campo de Dachau; Otto Renner, de la triple celda de Butzbach, en la empresa municipal de Friedrichsthal (Sarre); Paul Fechler, el sacerdote penitenciario, hacía de director de Cáritas en la diócesis de Coblenza, luego en la de Tréveris, donde en un control de tráfico reconoció a un agente de la Gestapo que ahora cumplía servicio en la policía. Philipp Assmann murió poco después de la guerra a consecuencia de los malos tratos que le habían infligido en la prisión de la Gestapo. Fleinrich Kreuz era alcalde del municipio de Planig, y bien puede ser que en su reencuentro Salzmann enseguida le preguntara cómo estaba su suegra.

Aún más que la noticia de que su desaparecido hermano Karl hubiera muerto de disentería en Sebastopol, le pesaba el destino de la familia Baruch. Salvo el hermano mayor, huido a Argentina en 1938, ninguno de estos atletas escapó al exterminio. La madre falleció en Theresienstadt; la hermana menor, en Minsk; la mayor, en Auschwitz. En 1943, a Julius, quien al parecer seguía entrenando a luchadores de la cantera de la ASV 03, se le prohibió ejercer cualquier deporte. El matrimonio con Klara aún lo preservaba de la deportación. Pero en septiembre del 44 fue detenido y, cuatro meses después, tras un fuerte bombardeo aéreo a Kreuznach, trasladado a Buchenwald, donde murió a los pocos días de la liberación del campo.

Louise Oehl sobrevivió a Ravensbrück. En junio de 1946 le escribió a Hugo que Juliana les había leído a ella y a otras mujeres cada una de sus cartas cuando caminaban por la calle principal del recinto concentracionario. «Estuvo gravemente enferma en varias ocasiones, una vez padeció difteritis, un mal del que derivaron trastornos cardiacos y reumatismo de las articulaciones. Sufrió mucho. En diciembre —había centenares de muertes diarias, todas provocadas por tifus exantemático— contrajo la fiebre tifoidea. Pasó tres semanas en la enfermería, atendida por camaradas, o sea, que cuidados no le faltaron. Yo le llevé cada día té caliente en un termo que me había agenciado. Comer no podía. La víspera de su

muerte tuve la ventura de que la puerta del barracón de los infecciosos, por lo general cerrada a cal y canto, se encontrara abierta, de manera que entré en la habitación de tu madre. Estaba acostada en una cama con sábanas y me pidió algunas cosas que enseguida le llevé. Ya oía mal, la fiebre le había atacado el oído pero me reconoció, y la acaricié por ti, la consolé y le di ánimos. Las últimas palabras que dijo fueron: Me alegro de que estés conmigo, Louise. Y yo en ese momento me alegraba de estar donde estaba».

Lore Wolf estuvo y no estuvo: al igual que a Hugo Salzmann, un senado berlinés la había condenado a una elevada pena de cárcel por preparativos de alta traición. En la hora de la muerte de Juliana despertó, en su celda, sobresaltada por un sueño, sintiendo una pesadísima carga en el pecho, un dolor inexplicable, profundo, según escribiría más tarde. «Como si alguien hubiera clamado auxilio desesperadamente». Si esto es cierto, temería, antes que por todos los demás, por su propia hija, a la que desde su detención había visto en una sola ocasión, en febrero del 44, cuando Hannelore pudo visitarla en el penal de Ziegenhain por espacio de una hora. La colegiala de París se había convertido en una mujer que trabajaba de taquimecanógrafa en un bufete de abogados. «Nada de besos, nada de abrazos. Solo estaba permitido un apretón de manos».

Poco antes de la llegada del ejército norteamericano, las mujeres presas en Ziegenhain fueron metidas en vagones para ganado y transportadas a Bergen-Belsen, luego a Hamburgo-Fuhlsbüttel, donde las liberaron las fuerzas británicas. Tres semanas después, Lore comenzó a trabajar de secretaria de la administración municipal de Fráncfort y de subdirectora de una oficina de atención a perseguidos del régimen nazi, a quienes proporcionaba alimentos, carbón y tabaco. El piso de madre e hija fue un lugar de encuentro para personas retornadas del exilio y supervivientes de los campos de exterminio. Una de estas debía de ser Ría Apfelkammer, la última en acompañar a Juliana; de lo contrario, no se explicaría por quién supo de la muerte de la amiga ni que sus últimas palabras fueron tanto para el marido como para el niño: «Los dos se le fundían en el nombre de Hugo». Ría Apfelkammer, natural de Múnich, fue deportada a Ravensbrück por haber escondido en su

casa a un comunista. Cabe dudar que fuera por ella por quien Lore se enteró de que las reclusas adornaron a la difunta con flores que consiguieron arriesgando sus vidas y de que el rostro de Juliana llevaba aquella sonrisa comprensiva que siempre había sido su gran encanto. «Las mujeres, reducidas a esqueletos y marcadas por una pena profunda, lloraron por la gracia de la fallecida, arrancada a tan joven edad de entre sus compañeras». Surge la pregunta de si la descripción de Lore obedece menos al recuerdo de los hechos que a la necesidad de dignificar la sórdida muerte de su amiga. Y la pregunta siguiente: qué habría de malo en ello.

Fue Lore, en 1948, la que se encargó de reunir a Hugo con su padre. Le comunicó a Ernestine que en septiembre se iría de vacaciones al hogar de reposo del castillo de Elmau, en el lado bávaro del macizo de Wetterstein, próximo a Mittenwald, localidad a su vez sita a tiro de piedra del pueblo tirolés de Scharnitz, donde ella los esperaría. El domingo 12, en la taberna del Roter Adler, de ser posible antes del anochecer. Ernestine y Hugo llegaron a primera hora de la tarde. Los tres pasaron un rato en la taberna tomando algo. Poco a poco la pesadumbre dio lugar a una alegría sin motivo, propiciada por Lore, que ya en Francia había sabido contagiar su optimismo incombustible a las personas de su entorno. Pidió vino y no paró de llenar los vasos de la mujer y el chico para que el alcohol se les subiera a la cabeza y la despedida resultara más fácil. Abrazó a Ernestine, les dijo a ambos que no estuvieran tristes, pues no era una separación para siempre, y se encaminó hacia la frontera arrastrando a Hugo de la mano. Tenía un salvoconducto que la autorizaba a efectuar múltiples cruces, y lo agitó cuando se acercaban al palo fronterizo, donde conversó con los guardias franceses como si se tratara de viejos conocidos, de modo que a estos ni se les pasó por la cabeza pedirle a Hugo su documentación. Y por fin llegaron a la zona americana.

Desde el piso de Lore, Hugo habló por primera vez por teléfono con su padre. Temblaba de emoción, no sabía muy bien qué decir, y apenas había balbuceado media frase en el aparato, cuando Salzmann lo interrumpió: Espera un momento, Maya quiere hablar contigo.

Maya, en realidad María, era su segunda mujer, y yo entendí Mayer. Hola, ¿señor Mayer? Lore se echó a reír.

Como si aquel banal malentendido hubiese sido el desencadenante de una grave incomprensión.

Eso sí: hubo lágrimas por el reencuentro en los ojos de su padre cuando Lore le entregó a Hugo en Kreuznach. Cumplida estaba su solemne promesa de estar siempre para él, de manera que Juliana, si hubiese seguido viva, habría estado absolutamente tranquila.

De hecho, durante unos días Salzmann se tomó tiempo para el chico. Lo paseó por la ciudad, le enseñó el hospital y la calle In der Beinde (con la antigua vivienda destrozada por las bombas), se lo presentó a sus camaradas y lo llevó al Rin, donde cruzaron un puente provisional y continuaron hasta el peñón de Lorelei. Su joven mujer se quedó en casa con la niña, en el espacioso piso al borde de los viñedos, donde la ayudaba una pariente.

Después ya nada fue como Hugo había esperado. Qué esperaba. Solo lo que había recibido de Ernestine. Paciencia, concordia, un asomo de felicidad. Que su padre le dedicara tiempo de vez en cuando, que se instalara una familiaridad con la madrastra, que no lo tratara como un huésped perpetuo y molesto. Pero lo que más esperaba era que su padre le evocara a su madre hablándole de ella, mostrándole fotos, reuniendo a gente que la hubiese conocido.

Por primera vez en su vida, Hugo tenía habitación propia, aunque la hubiera cambiado de buen grado por la certeza de ser simplemente bienvenido. Lejos de eso, fue cuajando en él la impresión de no poder contentar a nadie en aquella familia. Se sentía un mero habitante de la casa, vinculado a su padre por una historia tan remota en el tiempo que no daba pie a ninguna unión nueva. La madrastra, presumiblemente, no quería más que una rutina diaria sin alteraciones y el mejor entorno para su hija. Consideraba que no le incumbía hacerse cargo de él. Aparece, en los recuerdos de Hugo, en contadas ocasiones y siempre como una mujer pálida y enfermiza, afectada del pulmón; no hubo discusiones fuertes, a pesar de que ella le prohibiera pisar el salón durante el día y untarse una rebanada de pan por la tarde, cuando llegaba a casa con hambre. No se cena hasta las siete, bien lo sabes. Y a las

siete y media su padre ya volvía a estar sumido en las labores que se traía de la oficina, fuese para prepararse de cara a un pleito en el tribunal laboral, fuese para atender la petición de un vecino de la localidad. Sin embargo, el problema no era que estuviese muy ocupado, que no se le pudiese molestar. De hecho, hubo noches en que tenían visita, de combatientes de la resistencia que se acercaban desde Fráncfort, Maguncia o Wiesbaden. Entonces Hugo, sentado entre ellos en silencio, quedaba, según dice, avasallado por las vivencias que relataban. No, el problema era la falta de simetría: Hugo estaba orgulloso de su padre, pero su padre no estaba orgulloso de él.

De nuevo, imágenes que el hijo echa a rodar y dota de ruidos para mí: una sesión del consistorio en la que Salzmann libra un pulso dialéctico con su más duro rival, el fabricante y político de la CDU Jacob; Hugo ha olvidado el motivo pero no la excitación que lo invade al oír las palabras pugnazmente claras de su padre. Una vuelta por Kreuznach de padre e hijo, larga y entrecortada no por las muchas obras y montones de escombros que les imponen rodeos, sino porque cada dos por tres hay viandantes que saludan a Salzmann, le piden consejo o le indican cosas pendientes de mejora. Los fines de semana, a menudo llegan desconocidos al vestíbulo de la casa para solicitar su ayuda, también personas que desean que les certifique su integridad política, que nada tuvimos que ver con los nazis, decían, solo participamos por la fuerza de las circunstancias, para salvar a la familia. ¡No puedo oírlo más!, decía, y les señalaba la puerta. Desde su operación de úlcera gástrica en Butzbach solo le quedaba una tercera parte del estómago, pero seguía sufriendo. Cuando el dolor se hacía insoportable, se sentaba a caballo en una silla, doblaba las piernas sobre el respaldo y se hacía servir por su mujer un café bien cargado rociado con coñac que apuraba de un sorbo.

Otra de sus imágenes, la cara desencajada del padre. También su cara enfurecida. En una ocasión se llevó a Hugo en la moto para realizar uno de sus numerosos viajes de adquisición de víveres a los pueblos de los alrededores, donde primero cambió chaquetas y camisas por un salchichón y luego les echó una soflama a los granjeros. A la vuelta pincharon, Salzmann se apeó, examinó el daño e increpó al muchacho: ¿Por qué no has avisado? Hugo,

estupefacto: No me había dado cuenta. O, varios meses después, cuando el joven fue a consultar al doctor Coblenzer por sus dientes picados y este tomó un molde de la mandíbula para hacerle un puente de oro. ¿Te has vuelto loco? ¡Quién lo va a pagar! O más tarde, cuando Hugo se desmayaba cada tantos días. En casa no prestaron mayor importancia a sus ataques. Solo son trastornos de crecimiento. No te quedes sentado, sal a tomar el aire. Cuando luego contó que le habían recomendado un médico que tras examinarlo detenidamente le recetó un medicamento eficaz, un tal doctor Six, su padre se levantó de un salto gritando: ¡Ese hombre estuvo en las SS! ¿Es que estás mal de la cabeza?

Para entonces, a Hugo ya casi se le había olvidado cómo expresar sus deseos. No se resistió cuando su padre lo mandó a iniciar un aprendizaje con el protésico dental Salzer, un amigo de la familia. Alégrate, así un día sabrás arreglarte tus dientes. Salzer tenía dos ayudantes que confeccionaban moldes de cera en tubos metálicos. La cera se calentaba y luego se centrifugaba con una manivela. A veces lo dejó observar el proceso. Por lo demás, solo aprendió a barrer concienzudamente el taller. Otras veces Salzer lo enviaba con un bidón y una manguera de goma al garaje, donde se encontraba un barril del que tenía que extraer vino. Primero había de aspirarlo con la manguera, luego sacar el extremo de esta oportunamente de la boca e introducirlo en el bidón. Si se descuidaba, el chorro le entraba en la garganta. Después de que una noche llegara a casa haciendo eses con la bicicleta y, confrontado con la sospecha de haberse convertido en un borracho, y aclarara con lengua estropajosa los hechos, su padre llegó a la conclusión de que aquella suerte de formación no era la adecuada.

En mayo del 49 lo colocó en la administración municipal. De su salario de aprendiz solo podía quedarse cinco marcos, el resto lo tenía que entregar en concepto de pupilaje. Y eso que en casa nunca se saciaba. Tampoco le dejaban comprarse ropa, todo lo que llevaba puesto eran prendas regaladas o de segunda mano. No por mala fe del padre. El propio Salzmann vestía camisas y chaquetas usadas la mayor parte del tiempo, y en la calle recogía cualquier clavo que encontraba. Esta es otra de las imágenes que se le grabaron: el padre sacando del bolsillo clavos torcidos y dándoles con el martillo hasta que quedaban derechos.

El trabajo le producía alegría. Era variado, sobre todo durante el período de aprendizaje, cuando fue iniciado una a una en todas las secciones. La que más le gustó fue el Registro Civil, por las vidas que allí convergían o divergían, por el silencio expectante que se hacía en la sala de matrimonios, por lo bella que le parecía la palabra «fidelidad». Expedía las partidas, y cuando llegaban consultas de refugiados o emigrantes de ultramar, iba al archivo a buscar los documentos necesarios. El señor Scheidt, el oficial del registro, se lo llevaba con él cada vez que un matrimonio celebraba sus bodas de oro. Usted entregará las flores, Salzmann. Al cabo de dos años pasó a la categoría de empleado municipal, con un salario de ciento sesenta marcos, de los cuales solo podía guardar cuarenta o cincuenta. Su padre necesitaba cada centavo para amortizar la hipoteca de la casa que entretanto había construido, un edificio modesto, con empinado gablete y habitaciones bajas, donde justo cabía una familia. No obstante, atraído por el dinero del alquiler, enseguida cedió un cuarto a una anciana y más tarde dio alojamiento a un empresario taxista durante unos meses. Hugo sospechaba que incluso estas personas eran para su padre más importantes que él. Sin embargo, trataba de estarle cerca. En sus ideas políticas lo estaba. Nada más comenzar a pensar con criterio propio, la posición del padre y de su partido le convencieron. Junto al edificio administrativo había una vitrina del *Boletín Público*, al que arrimaba la nariz todas las mañanas para conocer las noticias de Corea e Indochina. Por las noches pintaba en los pilares del puente las consignas de la Juventud Libre Alemana, contrarias al rearme: «¡Abajo la guerra!», «¡Queremos manteca, no cañones!». Lo hacía también por su madre. Sin la guerra, ella estaría viva. Le habría parecido traicionarla si no hubiera tomado partido. Lore, la amiga de Juliana, era comunista. También lo era Louise Oehl. Y también Ría Apfelkammer, a quien había escrito preguntando si podía contarle cosas de su madre. Ella le respondió que fuera a visitarla sin falta y que llevara de una vez a su tía.

Probablemente fue Ría la que estableció el contacto con Rosa Jochmann, la diputada socialista de Viena, de quien todas las mujeres que la habían tratado en Ravensbrück hablaban con gratitud y sumo respeto. En el otoño del 41 había sacado a Juliana del barracón de ingresos colocándola en aquel donde ella era la

decana y salvándole de esa manera, por lo pronto, la vida. En su carta al «querido y joven camarada Salzmann» no perdió palabra al respecto, sino que recordaba a su madre como una mujer serena y silenciosa que en todo momento hablaba de él con gran cariño. Que había sido un verdadero rayo de esperanza para quienes tuvieron la suerte de estar con ella. Hugo leyó la carta con el aliento contenido. Interpretó su última frase como exhortación a seguir trabajando. «Que el sacrificio aportado por tu madre y otros millones de personas nos traiga por fin un mundo mejor».

Hugo era eficiente y considerado un buen compañero. Pero luego, en la sección de Bienestar y Asuntos Sociales, le tocó resolver instancias de personas procedentes de la RDA huidas al Oeste. Esto no irá bien, se decía. No es que seamos malpensados, pero supongamos que uno de los solicitantes tuviera la sensación de estar recibiendo un trato discriminatorio. Entonces saldría con el argumento de que este funcionario milita en la JLA y su padre es un cacique comunista. Sucedió en 1950, cuando, al filo de la renazificación del funcionariado, exoficiales de la Wehrmacht entraron masivamente en el servicio público. Uno de ellos, un comandante llamado Rolf, fue nombrado jefe de sección. Mandó poner la mesa de Hugo en el pasillo y dio instrucciones para que las tareas que se le encomendaran fueran exclusivamente de orden subalterno: llevar recados, grapar facturas, etc. En junio del 51, la JLA fue prohibida. Pero Hugo no se dejó amedrentar. Partió con un grupo de jóvenes a participar en el Festival Mundial de la Juventud que tenía lugar en Berlín. Cuando supieron que la policía de Alemania Occidental hacía bajar de los trenes a los viajeros que iban al evento, intentaron cruzar a pie y al abrigo de la oscuridad. Campos de labranza donde se hundieron hasta los tobillos, la frontera barrida por la cruda luz de los reflectores, líneas de centinelas con perros y metralletas. No hubo manera de pasar. Dieron media vuelta.

De regreso en Kreuznach, Hugo supo que se había cursado notificación a su empleador por presuntas actividades anticonstitucionales. El alcalde lo citó a su despacho y lo amonestó para que pusiera fin a su militancia. Pero Hugo sabía que estaba en su derecho. Después de que en Essen la policía matara a tiros a tres participantes en una manifestación de protesta por el rearme

alemán, entre ellas al joven comunista Philipp Müller, también Kreuznach fue escenario de una concentración masiva. Hugo, contento entre los descontentos atenazados por las fuerzas del orden, nunca antes había visto en la ciudad a tantas personas juntas.

Fue el apogeo que presagiaba la derrota. De repente, a su padre empezaron a llegarle cartas anónimas con dibujos de ahorcados en cuyo pie figuraba su nombre. Una noche, a horas tardías, sonó el timbre, y cuando fue a abrir, un oficial norteamericano entró sin más en el salón para repantigarse en el sofá y comenzar a burlarse de los comunistas. Se dirigía a Salzmann, lanzaba miradas lascivas a la mujer de este y jugueteaba con su pistola. No se fue hasta que Hugo llamó a los vecinos pidiendo ayuda. Poco después del incidente, el hijo del director del juzgado le cerró el paso en el viejo puente del río Nahe. Y cuando, el verano siguiente, se disponía a viajar a Estiria para ver a Ernestine, se le negó el visado.

¿Por qué?

Pues no se lo vamos a decir.

Hasta entonces había visitado a su tía todos los años. En una ocasión llegó sin avisar y se le acercó sigilosamente por la espalda para preguntarle con voz impostada: Señora Fuchs, ¿le queda una tina libre?

Vaya abrazo que nos dimos. Siempre la he llevado en el corazón.

«Si tú no puedes venir, yo voy a tu encuentro —le escribió Ernestine—. Démonos cita en casa de Ría Apfelkammer, en Múnich».

Se alegró de la propuesta, no solo porque un verano sin Ernestine no era verano de verdad, sino también porque conservaba el afán de hallar a su madre en las historias de aquellas mujeres que la habían acompañado en el campo. Pero Ría contó poco; solo mencionó que, efectivamente, Juliana trabajó en el taller de costura, como había escrito Paula Weigel, y que murió literalmente en sus brazos en la enfermería. Los ojos se los cerró otra, dijo. A continuación, se levantó de la mesa y recogió los platos. Hugo la ayudó en la tarea.

Había una chiquilla, dijo Ría en la cocina mientras trajinaban. Debía de tener cuatro o cinco años, o tal vez siete. Se le podía haber preguntado. Pero a quién se le ocurría allí preguntarle a una niña

por su edad. Lo importante era que todavía estaba. Venía de la Unión Soviética, de Ucrania, si no me equivoco. No tengo idea de cuándo ni de cómo murió su madre. Juliana se ocupó de la pequeña. De alguna manera consiguió que la trasladaran a su barracón. Eran inseparables. Luego, Juliana volvía a estar sola. No pregunté. Para qué.

A su vuelta de Múnich, a Hugo le hubiera gustado conversar con su padre. Al final no lo hizo. Si ni siquiera me escucha. Apenas preguntó por Ernestine, y ni siquiera se le ocurrió invitarla a Kreuznach. También sus propios parientes le importaban poco, y no consideró necesario presentárselos a su hijo. Lo único que no quería entorpecer era el contacto con Tilla, después de todo lo que había hecho por él y por Juliana. Hugo la recuerda como una mujer ágil, de pelo oscuro, y a su hija, Brigitte, como una chica vivaracha y mofletuda. Dice que le agradaba visitarlas, que siempre fueron muy amables con él. Que no hubo una sola vez que su tía no lo hubiera agasajado. Tomarás por lo menos un café con nosotras, ¿o prefieres té? Y sírvete galletas. Cuando, como trabajadora a domicilio que era, tenía que mirar cada céntimo, dice Hugo. En su reducido piso se amontonaban placas troqueladas de las que Tilla había de recortar peines de plástico y limar las aristas. Del padre de ella, su abuelo, Hugo solo sabía que vivía en Mylau, en la comarca del Vogtland, y que había sido soplador de vidrio. Escribía, cada vez con mayor insistencia, que fuéramos a verlo, pero mi padre nunca se tomó el tiempo para hacerlo.

En cambio, Salzmann empleaba mucha energía en averiguar los paraderos de criminales nazis. Una vez, se acuerda Hugo, siguió una pista confidencial según la cual Herta Oberheuser, antigua médica de Ravensbrück, ejercía bajo identidad falsa en alguna parte del Alto Palatinado. Había sometido a centenares de mujeres a experimentos atroces y las había matado con inyecciones de gasolina. Salzmann informó a Lore Wolf, y fueron juntos a la clínica. Pero resultó ser una pista falsa. Cuando, cinco años después, la marquesa de Villevert reclamó al land de Renania-Palatinado la devolución de su patrimonio, requisado y vendido en subasta por las autoridades nacionalsocialistas, Salzmann ya solo pudo seguir el juicio como desvalido y amargado lector de periódicos. La actividad delatora de la marquesa no se mencionó sino de refilón durante el

proceso y fue completamente obviada en la prensa.

En efecto, esta habría sido otra opción: que Salzmann hiciera a su hijo partícipe de su propio desasosiego. Que le dijera: Ven, acompáñame. O bien: Esto es importante. No puedo dejar de ir. Siento no poder llevarte. Pero Hugo no supo de la busca de Oberheuser hasta que acabó sin resultado. Hugo no contaba, o solo contaba para sacarle faltas. Hasta de eso se hizo cargo, hasta en eso les dio gusto: durante su período de aprendizaje estuvo quince días sin aparecer por casa, se quedó con dos barrenderos de los que se había hecho amigo. Entonces su padre se vio obligado a acordarse de él.

Al término de la jornada iba a veces a la Gruta Azul, un salón de baile engalanado con abundante cartón piedra, donde giraba un gran globo de plástico refulgente. El lugar era frecuentado sobre todo por soldados de las fuerzas de ocupación, entre quienes discurría una fisura invisible. Por un lado, los negros, con los que se sentaba Hugo; por el otro, los blancos. Frases burlonas que volaban de mesa en mesa. Pequeños codazos durante el baile, intencionados o sin querer, premonitorios de una batalla campal. El dueño interviniendo oportunamente, calmando a los pendencieros con una ronda gratis. Si era demasiado tarde, recurría al teléfono. Media hora después, cuando el mobiliario estaba hecho añicos, llegaba una patrulla militar para arrastrar a los hombres, ensangrentados y borrachos como una cuba, afuera y meterlos como sacos de patatas en su *jeep*. A la mañana siguiente o subsiguiente, su padre, al borde del grito, según explica Hugo, le dice: Me he enterado de que has vuelto a andar por ahí.

Hubo alguna que otra chica que le gustó, y viceversa, y que esperaba de él que se la presentara a sus padres. Pero no podía llevarla a casa, a una familia que seguía sin saber qué hacer con él y que no estaba cuando la necesitaba. Como aquel día en que se encontró solo en casa aquejado de un apéndice purulento. La vecina llamó un taxi, lo llevó al hospital en el último momento. Más que los dolores lo atormentaron, durante el viaje, los reproches que le haría su padre. ¿No podías coger el autobús? Llegó, de Italia, una invitación a un centro de reposo para combatientes de la resistencia y sus familiares. Salzmann no tenía tiempo, de modo que inscribió a su mujer con la pequeña Juliane. No se le ocurrió hacer lo obvio,

enviar a Hugo. Al final, ya ni siquiera le felicitaba su cumpleaños. Entonces Hugo tomó una decisión, y cuando su padre y su madrastra trataron de disuadirlo hizo oídos sordos a sus insistencias.

Precedió a la decisión un encuentro de la JLA celebrado un año antes en las nevadas montañas del Harz, en un hogar del sindicato al que cuadros y activistas del Oeste habían sido invitados en recompensa por su continuada lucha política pese a las persecuciones. La responsable de los asuntos de juventud del distrito de Wernigerode, una mujer joven y ágil llamada Anita Hanel, había montado un nutrido programa, con representación operística en la Casa de la Cultura, bailes, coros, películas, conferencias sobre la historia alemana y la resistencia comunista, ortodoxamente tergiversada y no obstante atractiva para quienes solían estar sometidos a otro tipo de tergiversaciones. Además, por las noches se reunían a hablar de sus vidas y de las de sus padres, escuchaban y eran escuchados, se sentían tomados en serio. Hugo volvió con entusiasmo a Kreuznach, donde el alcalde ya había recibido notificación de la Oficina de Seguridad del Estado Constitucional. Lo lamentamos, señor Salzmann. Pero si persevera en esa actitud, no tendremos más remedio que despedirnos de usted. Él quiso perseverar, por lo que la opción le resultó fácil. Más difícil fue ponerla en práctica, ya que su padre, al conocer los planes, no dejó piedra sin mover para abortarlos. Es posible que Salzmann juzgara un despropósito supino mudarse a la RDA justo en ese momento, medio año después de la revuelta del 17 de junio y en plena campaña contra agentes reales o imaginarios, que apuntaba a cuadros caídos en desgracia acusados de falta de alerta, ceguera política y comportamiento perjudicial para el partido. Probablemente tuviera ya constancia de la defenestración de Dahlem, al que tenía por encima de toda sospecha, y por eso secuestró varias cartas enviadas a Hugo desde el otro lado de la frontera. Pero una de ellas pasó; contenía una invitación oficial formulada por el consejo del distrito de Wernigerode a instancias de Anita Hanel. Motivo suficiente para que el joven, a finales de noviembre de 1953, renunciara a su puesto en la administración. Hizo las maletas, sin olvidarse del carnet que lo acreditaba como víctima del régimen nazi, y echó a andar a la estación. A sus

espaldas, las palabras amonestadoras del padre. Sé razonable. No te vayas. Te arrepentirás.

Ni siquiera volvió la mirada.

Me importó un bledo. Si me moría, me moría.

Siguen doce años borrosos, durante los cuales Hugo trató de encajar el socialismo soñado en el que vivía a diario. Más tarde, mantendrá esos años bajo llave, revelándolos solo a las pocas personas a las que haya tomado confianza y reduciéndolos a cuatro frases en los currículos detallados que se le exijan. No tendrá mala conciencia por ello, pues sabe que le perjudica indicar razones distintas a las «familiares» para justificar su ida a la República Democrática Alemana. Por lo demás, pensará, mis declaraciones responden perfectamente a los hechos. El que despierten falsas asociaciones no es culpa mía. Además, si desvelara la verdad completa, se vería obligado a lograr antes claridad sobre lo que se torció en aquel «Estado de los obreros y los campesinos», a ponerlo en relación con sus propias expectativas y a contrastarlas con las posibilidades históricas, empresa ardua que desbordaría sus fuerzas, fuerzas que, de todos modos y durante mucho tiempo, se agotarán en la lucha por la supervivencia. Y no tardará en descubrir que a nadie le interesa ese mosaico de control y acomodo, de audacia y previsión, que en sus recuerdos configura una imagen cambiante de vieja bruja, más de una vez, y de chica agraciada, fugazmente, llamada RDA.

Lo único aprovechable, para los demás, sería lo que corroborase su idea preconcebida. Por ejemplo, la citación, medio año después de su llegada a Wernigerode, a la Oficina de la Policía Popular Alemana al objeto de esclarecer una cuestión y encontrarse de frente a un hombre vestido de paisano, malencarado y corpulento, que lo trata como un delincuente convicto con quien solo queda reconstruir los hechos cometidos.

Cómo ha llegado a nuestro país, quién le manda, con quién se ha puesto de acuerdo, quiero saber nombres, le dijo, y cuando Hugo, totalmente en la inopia, invocó a Dahlem, amigo de la familia que podría confirmar sus declaraciones, le quitó su carnet oficial de víctima.

¡No tiene derecho!

Claro que lo tengo. Y deme también el de la JLA.

Después, la prisa que se dieron los compañeros que entretanto había hecho para apartarse de él. Ayer todavía admiraban al joven antifascista evadido del dorado Oeste, hoy le retiraban el saludo. Solo la pobre familia Wildner, con la que vivía de inquilino, le conservaba su afecto, y Anita Hanel le aseguró que los camaradas de la Seguridad del Estado no tardarían en reconocer su error.

No debiste mencionar a Dahlem, lo consideran un titoísta, le dijo cuando estaban a solas.

Además, sus experiencias en la Empresa de Compra y Captación Propiedad del Pueblo, donde, sin saber por qué, debía acreditar su valía y donde redoblaba el celo a la hora de cumplir instrucciones absurdas. Como cuando lo obligaron a conseguir para el encuentro nacional de la JLA paja, necesaria para cubrir el suelo en los albergues provisionales, y ni los mismos granjeros del distrito de Wernigerode sabían de dónde sacar la paja para sus establos y campos. De nada sirvió que Hugo gastara saliva a raudales. Luego, en una remota estación de ferrocarril, le tocó registrar y evaluar el lino recogido y, seguidamente, cargarlo en un vagón de mercancías en el que la cantidad cosechada no cabía ni de lejos. Hugo, en lo alto del vagón pisando los haces de lino con ambos pies, y frente a él una larga fila de carros de caballos, tractores y remolques con campesinos que se creían estafados, que maldecían y amenazaban con pegarle. Hugo, con el miedo al fracaso en la nuca, miedo que en los días siguientes adoptó la forma de ataques de pánico cada vez más intensos y frecuentes, hasta que llegó el momento en que no supo qué hacer, en que no pudo dar un paso más y ni siquiera era capaz de pronunciar palabra, como le había sucedido a la llegada a Stainz. Cada palabra que pensaba decir no le salía sino tras varios intentos fallidos y de forma entrecortada.

Pasó varios meses en el hospital del distrito, luego en un centro de rehabilitación, donde poco a poco fue reponiéndose. Luego cogió un folio y la estilográfica y se sentó a escribir al secretario general de la Juventud Libre Alemana refiriéndole su caso (salvo el conflicto con su padre, pues hubiera estropeado el relato). Este, Honecker, le contestó ya al cabo de una semana prometiendo ocuparse personalmente del asunto. En efecto, Hugo fue

rehabilitado, reconocido de nuevo como perseguido por el régimen nazi, admitido en el Partido y enviado, por deseo propio, a Halle, a la Facultad de Obreros y Campesinos, a fin de recuperar el bachillerato, requisito para cursar estudios superiores. Notó que los profesores lo favorecían, y se esforzó por justificar la confianza que habían depositado en él.

De pronto, pues, todo parecía enfilar por el buen camino. En el segundo año de carrera conoció, en un baile de disfraces, a Herta Heinrich, una muchacha espabilada y circunspecta, natural de Lettin y revisora de los ferrocarriles, que estudiaba en la Facultad de Obreros y Campesinos de Leipzig. Algunas tardes, ella cerraba los apuntes y se montaba en el tren para ir a visitarlo a su barracón de Halle. El asombro incrédulo de Hugo por haber encontrado al fin a alguien; alguien que no condicionara su amor a exigencias mezquinas, que se dejara querer por él de la misma manera incondicional que él por ella.

La alegría de tenerse mutuamente trastocó sus planes de futuro. Herta había pensado iniciar, tras el bachillerato, estudios de pedagogía en Biología y Alemán, mientras que Hugo había soñado con una carrera de diplomático. Decidieron abandonar su formación. El 21 de diciembre de 1957 contrajeron matrimonio. Les asignaron dos habitaciones con derecho a cocina.

Herta se reincorporó a los Ferrocarriles pasando de revisora a despachadora de estación de mercancías, y a Hugo le adjudicaron un puesto en la Universidad Martín Lutero, en la Facultad de Medicina, que debido a las deserciones de médicos y asistentes técnicos sanitarios, sufría cambios constantes. También en la estación de mercancías faltaba personal, por lo que el turno de Herta muchas veces no tenía relevo.

No se produjo, después del golpe de Wernigerode, ningún acontecimiento incisivo que le hubiera agriado su existencia en la RDA; sí hubo una serie de experiencias que, retrospectivamente (y comparadas con las vividas por otros), le parecen inocuas pero que en algún momento bastaron para hacerle dudar del provecho social de su actividad. El tono áspero, por ejemplo, con el que la gente era reconvenida en las asambleas por haber violado la moral socialista. La paradójica mezcla de voluntariado y coacción cuando se llamaba a prestar ayuda en las cosechas o a arreglar un parque infantil en el

barrio. La falta de transparencia y previsibilidad de unas medidas que dejaban sin vigor a otras, no menos transparentes. La sensación de estar siempre en deuda y con el pie en el estribo, como socialista, como ciudadano, como consumidor. La reprimenda de un vecino al darse cuenta, un Primero de Mayo, de que Hugo y Herta se habían olvidado de colgar la bandera en la ventana: Hugo apresurándose a transformar el palo de la escoba en noble asta de la enseña. De nuevo Hugo, criticado como camarada por llevar una camisa de nylon que le había regalado Ernestine. Cómo oye decir que, al parecer, Salzmann incluso posee una afeitadora occidental. Por cuarta vez Hugo, defendiendo a una contable de sueldos y salarios amenazada de traslado disciplinario por haber comprado medias o cremas en Berlín Oeste, dos pares o tubos más de lo permitido, según se descubrió al registrarla en el puesto fronterizo. Su breve paso por la Sociedad de Amistad Germano-Soviética, como instructor que cobra las cuotas de los afiliados en las empresas y da conferencias de diapositivas, luego su nombramiento como secretario del partido adscrito al Teatro de la Paz, cargo efímero donde los haya y del cual, nada más tomar posesión, una empleada quiere echarlo, hay melones en la ciudad, un contingente especial que se ha quedado varado en Halle, y quiere que Hugo haga cola en aquella comunidad de esperadores socialista y le consiga uno, pero rápido, sin demora. Por el director de administración sabe que los tres últimos secretarios del partido fueron relevados antes de tiempo porque no lograron poner fin a las intrigas ni detener la merma de espectadores. Se dice que puede contar con que lo manden a un curso de formación de tres años en la Escuela Superior del Partido en Berlín. Le asalta entonces el miedo de perder la felicidad hogareña, de ser triturado entre la exigencia, la misión y la añoranza. Moralmente maltrecho ya está. En la RDA, las personas tan solo estaban desbordadas, dice, y se refiere también a él y a su mujer.

Se podía soportar mientras una vez al año tuvieran permiso de viajar a casa de Ernestine, a la que el talante desenvuelto de Herta enseguida le gustó. En una foto del verano de 1960 se las ve sentadas frente a frente entre la piscina y la casa de baños («la lucha eterna de Tini con el nivel de agua en un casco que tiene fugas», apuntó Hugo en el dorso), con faldas de mucho vuelo

tapándoles hasta las pantorrillas; Herta, un poco echada hacia delante, con ojos de alegre fulgor y graciosa nariz respingona, cabello oscuro que le roza los hombros y que ha deslizado hasta detrás de las orejas, sonriendo a Ernestine; esta, recostada en la pared de la casa con las piernas cruzadas, el pelo peinado tensamente hacia atrás y recogido en un moño, de modo que sus ojuelos astutos y su maliciosa sonrisa se aprecian con claridad bajo la augusta frente. Un observador distraído podría tomar la foto por una sobreimpresión retratando a una misma mujer de frente y de medio perfil, una vez a la edad de veinte años, la otra cuando está a punto de jubilarse.

Sucedió, mientras aún estaban de vacaciones en Stainz, que el padre de Hugo se derrumbó por una hemorragia gástrica sufrida durante un viaje de grupo a Buchenwald. Lo ingresaron en un hospital de Magdeburgo. «Su estado, grave», escribió Lore. Nada más recibir el telegrama, Hugo y Herta partieron de vuelta. Al llegar a Magdeburgo, Salzmann ya se encontraba mejor. En lugar de devolverles el saludo, examinó a Hugo de arriba abajo y le preguntó receloso: ¿De dónde has sacado ese traje?

Fue la penúltima vez que los caminos de padre e hijo se cruzaron. La última que el uno reconoció al otro a primera vista. La primera que Salzmann vio a su nuera, y la última que la llamó así. A la ceremonia de boda no se había presentado, y también había considerado superfluo mandar un regalo o felicitaciones. Desde la prohibición del KPD en agosto de 19 56 aprovechaba el tiempo libre surgido de la pérdida de todos sus cargos políticos para tallar cabezas y figuras que ponían de manifiesto su preocupación social. Niños hambrientos, madres suplicantes, la Virgen que en vez de orar levantaba el puño. Al igual que las miniaturas artesanales que elaboraba a partir de huesos en Le Vernet, aquellas tallas de madera no tardaron en despertar el reconocimiento público. De una exposición en la Casa Cultural Erich Weinert, en Berlín, Hugo no supo sino varios días después de la inauguración, gracias a una invitación que le envió su madrastra. El padre no había juzgado necesario avisarlo a tiempo o hacer escala en Halle, aunque no fuera para decir hola al hijo y a la nuera, sino para conocer al nieto, que por entonces ya tenía cuatro años.

Peter había nacido en julio de 1959, fue un niño deseado, cuya

parálisis cerebral, causada posiblemente por una falta de oxígeno durante el parto, no fue detectada hasta que los padres pidieron un examen exhaustivo cuando la criatura, al cabo de un año del nacimiento, seguía sin poder permanecer sentada sola. Tampoco andaba. Al principio, los médicos intentaron parar el avance de los espasmos musculares por medio de una terapia subacuática, luego con inyecciones de células de origen animal, pasando por una intervención quirúrgica en los tendones de Aquiles a fin de ponerle en condiciones de pisar con el talón. Le pusieron férulas, contra las que protestaba desesperadamente. Al comienzo, Herta, que entretanto trabajaba en el área de logística de la Universidad, se lo podía llevar a la oficina en el cochecito. ¿Pero qué sería de él en un país en el que la existencia de discapacitados no estaba prevista? Todos los neurólogos a los que consultaron dieron por descontado que la situación de Peter empeoraría aún más con los años. En Austria a lo mejor se ensayaban terapias nuevas. Allí había también centros especiales con personal medianamente cualificado, informaciones estas que llamaron la atención de sus padres. Además, Stainz no estaba lejos del Mediterráneo, y en una estancia en la isla de Rügen habían constatado que el agua marina mitigaba las contracciones que Peter sufría. Hacer lo posible por ayudarle significaba encontrar un camino que saliera de la RDA. Quizá se hubieran quedado si las autoridades, como habían hecho hasta entonces, hubiesen seguido permitiéndoles pasar las vacaciones en el extranjero capitalista. En ese caso, y con la ayuda de Ernestine, se habrían ido cada año al Adriático unos días para dejar que Peter chapoteara en el agua somera y luego envolverle las piernas en la cálida arena. Pero tras la construcción del Muro en agosto del 61 a Hugo solo lo dejaban salir del país sin mujer e hijo. Así las cosas, tampoco sirvió de mucho que Ernestine, poco después de jubilarse, se marchara a Halle por dos meses. Su estancia allí no podía ser duradera y no solucionaba el problema.

Lo más difícil fue no decirles nada a los padres de Herta. Estos se hallaban en la inopia más absoluta cuando llegó la Policía Popular. A la madre, trabajadora en una empresa propiedad del pueblo, la llevaron al interrogatorio en uno de los coches azules de la fuerza

pública. Al padre, director de cuadros en el Centro Comercial Alemán de Química, lo destituyeron y trasladaron con carácter disciplinario a la sección de publicidad. La puerta del piso fue precintada, y los enseres domésticos, amén de la ropa de cama y la radio portátil que pensaban regalar a los padres y al hermano menor de Herta, respectivamente, fueron confiscados.

Engañar a su padre no le supuso a Hugo cargo de conciencia. Actuaba en defensa propia. Si le hubiera revelado su propósito, Salzmann se habría negado a ayudarlos. Sin saberlo, en cambio, aceptó pedirle a Dahlem un favor de amigo. El adversario de Ulbricht, entretanto rehabilitado, ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Educación Superior y Técnico-Profesional. Le escribió a Hugo que había comunicado a los camaradas de la sección de pasaportes y empadronamientos que el hijo de un compañero de lucha de los difíciles tiempos de la persecución estaba por encima de toda sospecha. Así y todo, pasaron semanas hasta que una mujer de gran estatura vestida con el uniforme de la Policía Popular les entregara los pasaportes, por la noche, en su piso, de forma furtiva y sin testigos. Dos días después, en la Estación del Este de Berlín, montaron en el expreso *Vindobona*. Acostaron a Peter en el asiento del medio, con la cabeza sobre el cojín de viaje donde habían guardado sus documentos y certificados. En el compartimento se apretujaban agentes fronterizos alemanes y checos, indistintos en su asombro, como si no se saciaran de contemplar los visados que autorizaban a una joven familia a salir por un tiempo limitado al Oeste. Por la noche, Hugo y Herta se encontraban en un andén de Viena, con Peter y con dos maletas por equipaje, agotados, aliviados y esperando un futuro mejor. Un porvenir más plácido de lo que su vida había sido hasta entonces. Pero la esperanza no se cumplió, como tampoco la otra, mayor, de que, pese a los pronósticos, el estado de Peter se estabilizara con un tratamiento médico exhaustivo.

Hugo aguardó el vencimiento de la autorización de salida para comunicarle al director administrativo del teatro de Halle y a su padre en Kreuznach que habían decidido quedarse en Austria. Lamentaba, frente al padre, haberle ocultado sus intenciones e implicado en el asunto a su amigo en la RDA, «pero créeme que he vivido allí cosas que me mueven a dar este paso». La respuesta de

Salzmann llegó a Stainz al cabo de una semana. La carta estaba dirigida a la «Señora Ernestine Fuchs», pero sin encabezamiento.

«Asunto: Su noticia del 23 de septiembre del 63
»30 de septiembre del corriente

»La noticia antedicha no me cogió del todo desprevenido. No obstante, supone para mí un mazazo. Aconsejado por mi querida esposa, María, he consultado con la almohada antes de contestar con claridad. En mi vida siempre he tratado de actuar de forma coherente ante mi conciencia. Constato que no me he equivocado en mi juicio sobre mi hijo Hugo, en lo que a la inconsecuencia de su vida y su carácter se refiere. Si se atreve a dar ese paso con su mujer comete:

»traición

»contra su padre y su madre. Otro tanto vale para su mujer. La confianza de su padre, quien cediendo a su ruego respondió con su nombre por el hijo ante sus más caros amigos, fue defraudada de lo más vilmente. Es la felonía más grave que un hijo puede cometer con su padre. Aquí no hay disculpa. Si se atreve a tomar ese camino, el del fraude, no me resulta fácil decirlo, entonces todos los lazos quedarán rotos. La vida es dura, pero con un carácter limpio se puede soportar erguido

»Hugo Salzmann».

Después, nada, durante trece años, hasta el día en que Hugo volvió a hacer una incursión a Kreuznach. De vez en cuando había sabido de la vida del padre a través de Lore; por ejemplo, acerca de una fiesta de cumpleaños a la que ella fue invitada y que abandonó antes de tiempo protestando por los muchos fantoches que pululaban por ahí y porque el homenajeado, en su discurso, no

mencionó a Juliana con una sola palabra. Ocasionalmente, le enviaba a Hugo algún artículo de periódico sobre una exposición que valoraba el enfoque crítico social del escultor aficionado Salzmann. Una vez le escribió que su padre había prohibido a la Federación Alemana de Sindicatos presentarlo como candidato a la Cruz Federal al Mérito, a causa de los numerosos nazis que habían sido galardonados con la misma distinción. Al leer la noticia, relució el orgullo por uno que se consideraba traicionado.

Para Hugo fueron años que le exigieron toda su entrega. Ni Herta ni él se habían imaginado la dureza de la realidad laboral austríaca. Y eso en tiempos de pleno empleo. Los ritmos eran más elevados y la tolerancia era menor que en las empresas de la RDA. Sin Ernestine, que durante el día se ocupaba de Peter, no habrían salido adelante. Convivieron con ella, hasta principios del 69, en una diminuta casa a la salida del pueblo, que había adquirido para la jubilación vendiendo la carpintería de su marido. A las seis de la mañana ya se apresuraban hacia la plaza para no perder el autobús con destino a Graz, donde Herta trabajaba de secretaria en una entidad de seguros y Hugo, de representante de una compañía de máquinas de oficina que había implantado un sistema de puntos inspirado en el modelo norteamericano. Obligaba a los empleados a lograr, cada mes, una facturación mínima, cuyo nivel la central corregía anualmente al alza. Si incumplían los objetivos durante tres meses seguidos, recibían la primera amonestación, de la cual solo se les eximía si tenían la promesa de negocios inminentes, los llamados clientes futuribles.

En Stainz se rumoreaba que el matrimonio había venido a espiar, por qué otra razón, si no, los habrían dejado salir de Alemania del Este. Más rápida que las malas lenguas fue la Oficina de Contribuciones Eclesiásticas, que les comunicó la cuota a pagar en concepto de impuesto religioso; más lenta, la sucursal regional de la Policía de Estado, que quiso saber si Hugo pensaba desarrollar alguna actividad política en Austria. Independientemente de que tuvieran que esperar dos años para conseguir su permiso de residencia indefinido y otros seis para su naturalización, y prescindiendo del hecho de que Herta y él se caían de sueño por la noche, incapaces de participar en cualquier actividad, Hugo pronto comprendió que Austria se dividía, como lo dice él mismo, en

«zonas políticas», en las que su vida anterior no tenía valor alguno.

Cuando ya se habían mudado a Graz, donde Peter asistió a una escuela de educación especial mientras su estado lo permitía, y trabajó después en un taller protegido haciendo capuchones para válvulas de neumáticos, trabaron amistad con una familia que vivía en el mismo rellano. Regando un día las flores en el piso de los vecinos, porque así se lo habían pedido antes de marcharse de vacaciones, Hugo descubrió una bandera de las SS perteneciente al escuadrón de Brandemburgo. Lucía como adorno en una de las paredes del dormitorio. O por ejemplo: el suegro de una prima, probo funcionario del Servicio de Educación Regional, resultó haber participado en la lucha contra los partisanos de los Balcanes, según se le escapó un día a la tía Lisa. Me quedé perplejo. Tercer caso: el gerente de la compañía rival que a los dos años fichó a Hugo para hacerlo jefe de ventas del área de Graz charla, en la pausa de una reunión, sobre sus gloriosos tiempos de asistente del estado mayor de un regimiento de las SS. Cuarto: un edil del consistorio de Graz se planta, el día de Todos los Santos y con motivo de la celebración conmemorativa para las víctimas del nacionalsocialismo, en el cementerio principal de la ciudad vestido con el uniforme blanco de oficial del Ejército Federal; es miembro de la Asociación de Camaradas IV, entidad de veteranos de las SS, según trascenderá posteriormente. Así que, sabiendo y sin saber, me encontraba rodeado de gente que de manera indirecta cargaba en su conciencia con la muerte de mi madre.

Estuvo años sin tocar la carpeta con sus cartas. Por un lado, debido a la sobrecarga y al miedo de que la tarea de clasificar los documentos lo agotara todavía más. En la empresa privada te jugabas la existencia, nadie te preguntaba si sabías hacer eso, aquello o lo otro. Tuve que hacer de tripas corazón y vender, vender y vender. Era una presión constante, me extraña haber aguantado tanto tiempo. Pero lo principal fue proteger a sus hijos. Sobre todo a Peter, que con su debilidad física no habría soportado el añadido de trastornos emocionales. El menor, nacido en junio del 69, pescó algo en las conversaciones familiares y con Ernestine, y una vez que vino, de Suiza, Heiner, el hijo del matrimonio Scheu, también se tocó la historia de la familia. Pero traté de no descargarme en Hanno, dice Hugo. Y el chico mismo en realidad

nunca preguntó.

El destino de su madre, no obstante, no ha dejado de rondarle. Había viajado dos veces de Halle a Ravensbrück. De la cámara de gas provisional no quedaban ni los cimientos, en el hormigón aún se apreciaban los rasguños dejados por las mujeres y los niños en el momento de la asfixia, los asoció a la chica ucraniana de la que Juliana había cuidado. Lo primero que hizo en Viena, tras su salida de la RDA, fue ir a la sede del Partido Socialista. Rosa Jochmann no estaba. Le dejó nota, ella le respondió. La comunicación entre los dos se mantuvo hasta la muerte de Jochmann, pero nunca desembocó en un encuentro personal. Él le mandaba fotos suyas y de la familia y le confiaba sus preocupaciones; ella le informaba sobre enfermedades propias y ajenas, la pérdida de la amistad con Ría Apfelkammer y la creciente desilusión por la marcha del mundo. En diciembre del 73 escribió: «Haber conocido a tu querida madre es una ganancia para toda la vida, era una persona maravillosa. No solo bella de aspecto, lo cual no tendría mérito, sino bella por su esencia humana que resplandecía en su cara, y jamás un SS se atrevió a levantarle la mano cuando lo miraba. Disculpa que te lo diga, pero te pareces tanto a ella, y cuando leo tus cartas sé que no solo en lo físico has asumido su herencia. Quizá tu padre esté muy solo y sea un pobre hombre, no lo sé; el caso es que lo tengo en el pensamiento, pues tu madre solo hablaba bien de él. No he querido ocultártelo».

Al año, Herta lo acompañó a un encuentro de la Asociación de Supervivientes de Ravensbrück que se celebró en un hogar del sindicato, en el Semmering, «sin el diario ritual del recuento y sin miedo a la hora siguiente», como escribía Rosa Jochmann en el anuncio. Esta vez, esperaba Hugo, por fin la conocería. Pero cuando llegaron, Jochmann ya había tenido que partir para dar una conferencia ante delegados de comités de empresa. Con las otras mujeres le costó trabar conversación. Tenían, en ese reencuentro treinta años después, curiosidad e interés unas por otras, de modo que tuvo miedo de importunarlas con preguntas. Aquellas a las que se atrevió a dirigir la palabra no habían conocido a su madre. Y hoy, piensa, es tarde para buscar.

Sin embargo, al menos hay una mujer que se acuerda de Juliana Salzmann y que está viva. Friederike Furch, cuyo apellido entonces

aún era Jaroslavsky, había sido trasladada a Ravensbrück en enero del 42, a la edad de diecisiete años y siendo aprendiz administrativa, pese a haber cumplido ya la pena a la que había sido condenada por actividades de propaganda comunista. Aquel mismo año ingresó en el barracón I, donde hacía de decana Resi Kozderová, una vienesa casada en Checoslovaquia desde antes de la guerra. Y en el mismo barracón que Furch, pero en su otra sección, la parte B, estaba también Juliana Salzmann. Las mujeres no sabían nada la una de la otra, cosa que no es de extrañar en un barracón donde estaban hacinadas a centenares; además, Furch no trabajaba en el taller de costura, sino en una oficina de la administración situada al exterior del campo propiamente dicho. Solo una vez intercambiaron cuatro palabras, fue después del recuento de la tarde, al entrar juntas por casualidad, cuando Juliana le contó que era de Stainz, en Estiria, y que tenía un hijo. No parecía una persona desesperada o enferma de muerte, dice Furch, que al cabo de unos meses fue cambiada de barracón y perdió de vista a Juliana. Solo después de la liberación supo que la mujer había muerto en el campo. Y también que más tarde, en Viena, por motivos que ha olvidado, la había mencionado. Entonces, su marido (el periodista Bruno Furch, que había luchado en España y sobrevivido a los campos de Dachau y Flossenbürg) dijo que había conocido a un Salzmann en Le Vernet. Presumieron que los dos formaban matrimonio. Hacía unos años, ya viuda, Juliana Salzmann volvió a su mente durante un viaje en autocar que la llevó a Stainz, una localidad animada al tiempo que tranquila, donde nada recuerda a la madre de Hugo: ni el monumento a los soldados caídos, ni la colonia residencial junto a la Ziegelstadelstrasse, bautizada con el nombre de un antiguo SS, ni siquiera las letras esculpidas en la lápida de la familia Sternad: «En memoria de nuestros queridos que descansan en tierra extranjera». Fue Ernestine la que se empeñó en esta inscripción, válida tanto para su marido como para su hermana. Aunque las cenizas de Juliana probablemente fueron tiradas al lago Schwedt, en cuyas orillas se encuentra Ravensbrück.

Ernestine murió el 14 de octubre de 1989. Estuvo siempre para Hugo y su familia hasta avanzada edad, cuando finalmente ella misma necesitó los cuidados de Herta. Lo había defendido con

denuedo frente a su padre en una carta que redactó en la Navidad del 65, pero que nunca envió pensando que no haría cambiar de actitud a Salzmann. La última frase decía: «Si dices que los vínculos entre padre e hijo están rotos, entonces yo te pregunto: ¿es que alguna vez existieron?». La confianza que se había establecido entre ella y Peter se mantuvo cuando ella volvía a vivir sola en su casita. En los festivos se desplazaba en autobús a Graz o Hugo iba a buscarla en coche. Una parte de las vacaciones de verano la pasaban juntos, primero dos semanas en Stainz, luego otras dos en Caorle, para aprovechar el efecto mitigante del agua marina y la arena. Peter era parco en palabras, sensible y agradecido. Nunca le dijo cuánto estimaba su compañía, pero siempre que Ernestine se inclinaba sobre él la cara se le iluminaba, y ella estaba contenta cada vez que tenía la ocasión de mimarlo durante unos días. De ahí que Herta y Hugo tuvieran la conciencia tranquila cuando, en julio o agosto del 68, salieron de viaje con el hijo menor para a visitar a Lore en Fráncfort y a Hannelore en un pueblo de la cordillera del Taunus.

Hacia el final de su estancia, una mañana que acababan de desayunar, Lore dijo de buenas a primeras: Podríais acercaros a Kreuznach a ver a tu padre.

¿Te parece?

Qué puede pasar. En el peor de los casos Maya os cierra la puerta en las narices o él os echa de casa. Entonces siempre podrás enseñarles a Herta y al chico la ciudad donde naciste.

Debían intentarlo, Herta opinaba lo mismo.

En la finca que hacía esquina, la casa seguía igual que siempre; a su lado había un cobertizo de madera que no existía en los tiempos en que Hugo residía allí. Ya de lejos vio a su padre trajinar en el jardín, pero se detuvo dos calles más allá y permaneció al volante con el motor apagado hasta que Herta le cogió la cara con ambas manos.

Ve a saludarlo, le dijo en voz baja.

Descendieron. Hugo se colgó la cámara al hombro, y subieron por la calle aminorando el paso a la altura de la cerca, como dos paseantes con un niño que se paran a fin de admirar la figura que Salzmann había esculpido a partir de un tronco de cerezo.

Saludaron y fueron saludados.

Qué maravilla, dijo Hugo.

Su padre se acercó. Había adelgazado mucho y era más pequeño de lo que Hugo lo recordaba, tenía el pelo ralo y respiraba con dificultad. Pero el sonido de la voz era el mismo.

¿Quiere ver más?, preguntó.

Con mucho gusto, dijo Herta.

Salzmann descorrió el cerrojo de la puerta del jardín, los hizo pasar y caminó delante de ellos hacia su taller, el cobertizo, donde la mesa y los estantes se encontraban repletos de figuras macizas, decrépitas, rebosantes de fuerza o perdidas en pensamientos. Un hombre con los brazos cruzados en ademán de despecho; otro que levantaba las manos vacías con gesto suplicante. Un lacayo que inclinaba la cabeza hasta casi rozar el suelo, con un brazo doblado y el otro muy estirado hacia atrás, esperando alegre la patada en el culo. Dos mujeres corpulentas, en jarras, burlonas, chulescas. Un payaso con traje de raíces ancho, holgado. Una vieja con pañuelo, inmovilizada en su tristeza de sauce.

Atentos a las explicaciones de Salzmann, pasando de una escultura a otra y deslizando la yema de los dedos y la palma de la mano sobre la madera, Hugo sacó una y otra vez la cámara, como si con ella pudiera captar algo de lo que siempre había estado huérfano. Al cabo de un rato, Salzmann observó la devoción con que el chico contemplaba la imagen de una mujer africana. Cógela, le dijo, es tuya.

Estuvimos quizá una hora, dice Hugo. Yo seguía sin darme a conocer a mi padre. Salimos de nuevo afuera, y cuando ya estábamos junto a la puerta del jardín e íbamos a darle las gracias y a despedirnos de él, le dice a Hanno: ¿Cómo te llamas? Hanno Salzmann. Entonces se gira sin decir nada, vuelve al taller y saca una pequeña figura tallada a partir de una dovela de barril. Este es el hombre contento, le dice a Hanno, llévatelo también. Luego me mira a mí, mira a mi mujer, se da la vuelta y camina despacio en dirección a la casa, donde un ataque de tos lo sacude de tal manera que tiene que apoyarse con una mano en la pared. Tosiendo nos lanza una última mirada. Nos vamos.

Alentado por la experiencia con su padre, Hugo quiso aprovechar la excursión a Kreuznach para ver a su tía Tilla. En una calleja detrás del Kornmarkt estaba la casa donde las había visitado a ella y a su hija. La encontró enseguida. Pero en el letrero de la puerta aparecía un nombre extraño. Con su hermanastra se citó, a instancias de Lore, en una terraza de café de Fráncfort. Sabía que Juliane había estudiado en Múnich, Pedagogía, y cree recordar que daba clases a presos, lo que le sorprendió. Una conversación espesa, de media hora. Después no hubo más contacto, hasta el día de hoy. Por qué iba a haberlo. Por qué no.

La muerte de su padre, al año siguiente, le fue comunicada por Lore. La viuda no le avisó. Es posible que no lo hiciera para cumplir la voluntad del fallecido. «Se ha ido sin reconciliarse», escribió Lore.

En ese barrio cuyo nombre traduciríamos como «En los viñedos» hay, desde octubre de 2004, una calle que lleva su nombre. El municipio justificó su decisión en los siguientes términos: «La ciudad honra de esta manera a un hombre que ha merecido bien de Bad Kreuznach. Hugo Salzmann luchó como sindicalista por la indemnización de las víctimas y contra el olvido de los crímenes nazis».

Cuando nombraron la calle, el acoso a Hanno Salzmann se remontaba a muchos años atrás. Doce habían pasado desde que en su trabajo, un almacén de materiales de construcción, mencionara ante un dependiente en qué circunstancias había muerto su abuela. Este les fue con el cuento a los demás, y poco después otro compañero se burló de Hanno llamándolo «el maula de Mauthausen». Creyó que no volvería a sucederle. Primero, porque se había jurado ser muy medido con informaciones referentes a su familia; segundo, por su convicción de que en la Seguridad Social de Estiria no se tolerarían expresiones de esta o similar índole. Lo dedujo de la relación amistosa que su padre mantenía con Karl Gugl, presidente de la Asociación de Amigos de la Naturaleza, quien no ocultaba su postura antinazi. Había dirigido, hasta su jubilación, el área de economía de la Seguridad Social, y fue él quien apoyó la solicitud de empleo de Hanno, su palabra seguía teniendo peso en la institución.

El día que entró a trabajar, le pusieron delante, como si fuera lo más natural del mundo, una hoja de afiliación al Partido Socialista, y la firmó porque de todas maneras siempre había votado, como sus padres, a la formación de Rosa Jochmann. No obstante, sintió avasallamiento, cierta humillación. La firma no le traería desventajas, pensó. No contaba con la afición al chismorreo de su amigo Jochen Koraus, a quien había confiado lo que en realidad no podía ser un secreto y cada vez que lo pensaba le llenaba de una difusa mezcla de tristeza, rabia y orgullo. Koraus, recogedor de carros de compra en una sucursal de supermercado antes de colocarse en la Seguridad Social, empleo por el cual sin duda quería mostrarse reconocido adoptando una actitud sumisa ante el jefe de sección y soplándole ciertos detalles dignos de conocerse de la historia familiar de Hanno.

La abuela, presa en un campo de concentración. El hermano, un discapacitado. El padre, con ese apellido. He aquí los elementos que nutrieron una pesadilla que duró casi cuatro años. Aparecían en ella, por este orden, Radinger, Scheffler, Prammer y Kudlich. Y de forma esporádica, Kropf, el jefe de equipo, y, naturalmente, el de la sección, Gruber, un hombre voluminoso e irascible, ante el cual todos se morían de miedo y al que esquivaba el propio director general. Más tarde, se les agregaron otros, un subjefe de equipo llamado Thaler y el director del área de personal, Polanc.

Franz Radinger no dejó transcurrir muchos días hasta plantarse ante la mesa de Hanno: Salzmann, un nombre judío. Hanno, cogido por sorpresa, en un primer momento no supo cómo reaccionar. Todavía se resistía a presumir mala fe en el tono triunfal del otro, propio de quien acaba de descubrir un secreto terrible y bien guardado. Continuó en silencio su trabajo, doblado sobre las hojas en que cotejaba los datos de los asegurados con las listas de errores elaboradas de forma electrónica. O bien se encogió de hombros y dijo que nunca había reflexionado sobre su apellido. Es posible, pues, que aquella primera vez también Radinger regresara a su tarea. Lo que sí consta es que este, erre que erre, no se refrenó ante el comedimiento de Hanno, sino que cada dos por tres sacaba el tema del apellido Salzmann; que no quería creer que el otro no fuera judío; que hizo oídos sordos a la réplica cada vez más irritada de este de que no tenía la menor importancia que el nombre o él

mismo fuesen judíos o no; que pronto pasó a calificar la fisonomía del joven colega como típicamente judía: la frente alta, el arranque recto del pelo, la nariz curvada (aunque curvada no era, ¿pero no consiste precisamente uno de los trucos de los judíos en parecer más arios que los propios arios?). Así, durante semanas y meses. De nada sirvió que tras la segunda o tercera agresión Hugo se quejara al jefe de equipo, quien lo remitió, junto con Radinger, al jefe de sección, quien a su vez se empecinó en identificar al reclamante como el verdadero perturbador del orden. Si no vuelve la calma, le dijo a Hanno, usted se va de la empresa. Radinger, en cambio, pudo seguir con lo suyo, pese al consejo de Gruber de restringir aquellos discursos al ámbito de la taberna (el padre de Radinger era alcalde de un municipio rural, no fuera a ser que, si las cosas se torcían, tuviera poderosos valedores), y mientras tanto los demás colegas permanecían en silencio y bajaban la cabeza. No se mostraban indignados más que cuando estaban a solas con Hanno. Que de qué mal gusto eran las palabras de Radinger.

Pero después una de las frases de este circuló por toda la sección y se repitió a cada instante, viniese o no a cuento, a saber, la exclamación «¡qué guay!», acompañada de un pequeño salto en el aire, de ser posible con las piernas dobladas y los brazos en alto, una imagen que todos habían visto docenas de veces en un concurso televisivo protagonizado por el actor Hans Rosenthal. El judío Rosenthal, como todo el mundo sabía.

A finales de marzo o principios de abril del 94, Hans Jörg Scheffler fue trasladado de la sección de Inventario al equipo de Hanno por faltas cometidas contra el régimen interno cuyos detalles no trascendieron. Un hombre de cincuenta y pico años, robusto y de talla media, del que solo llamaba la atención un desorbitado empeño por encorsetar su dialecto en el alemán estándar. Sin embargo, en la mañana del 1 de junio irrumpió en el despacho que Hanno entonces compartía con el discapacitado Gregor Drnovsek y proclamó: «¡Viva la Victoria! ¡Hitler está vivo! ¡Hay que leer *Mi lucha*!». Tras un segundo de susto, Hanno dijo que cómo podía decir semejante cosa, a lo cual Scheffler, sin dejar de mirarlo, calificó a los judíos de gente mala, mezquina y perezosa, que lo único que hacían era sacarles el dinero a los demás. Que por eso había sido justo que Hitler los hubiera exterminado, lo mismo que a los

minusválidos, quienes no tenían derecho a vivir y a los que había que eliminar. Que bajo Hitler tampoco había habido parados ni punkis.

Según se supo, ya dos días antes Scheffler, en presencia de una colega, Sylvia Lubienski, doctora en Historia, se había lanzado a despotricar contra los judíos, «que nos lo quitan todo y fueron demasiado pocos los que terminaron en los campos de concentración». Acto seguido, Lubienski salió del despacho diciendo que no aguantaba más. Hanno, junto con ella y Drnovsek, denunció el incidente, y los tres formularon un escrito testimonial que la jefatura de la Seguridad Social remitió a la Fiscalía solicitando comprobar si «estas manifestaciones verbales son relevantes en términos de Derecho penal». A mediados de agosto, los testigos confirmaron ante el juez instructor sus declaraciones, cuya veracidad Scheffler negó, y a las dos semanas la Fiscalía de Graz archivó las instrucciones señalando que «no se encuentra razón alguna para mantener el enjuiciamiento de Hans Jörg Scheffler por las manifestaciones que se le imputan». El asunto no tuvo para este más consecuencias que su nuevo traslado a otra sección. Para los testigos, en cambio, las secuelas fueron tales que aún quince años después Sylvia Lubienski no quiere bajo ningún concepto comentarlas.

No lo tome usted a mal, pero el asunto me trajo tantos disgustos que ya no quiero saber nada de aquello.

Hay motivos para suponer que a Hanno le trajo tantos disgustos o más. Bien es cierto que en la primera evaluación de actividad, realizada en noviembre de 1994, obtuvo la calificación de «Notable». Poco después, no aprobó, a la primera, el examen general de Administración, algo nada insólito, pues Radinger, por ejemplo, había suspendido ya tres veces. Pero solo cinco semanas después de la evaluación de noviembre se produjo otra, efectuada ilícitamente por el jefe de sección, Gruber, que describió a Hanno como no apto para la cooperación, inseguro y poco sociable. Aun así, el total de puntos hubiera alcanzado para una nota positiva, por lo que Gruber modificó la calificación global a «insuficiente» señalando el examen suspendido. Corrió el rumor de que Salzmann sería despedido sirviéndose de aquella evaluación antirreglamentaria. A raíz de esto, el sindicato inició una campaña

de recogida de firmas para defender su continuidad en la empresa, campaña en la que participaron cien de los ciento veinte empleados de la sección. Gruber, que estaba de vacaciones, se puso hecho una furia al enterarse. Citó a los sindicalistas uno a uno a su despacho, que la mayoría de ellos abandonaron pálidos y temblorosos. No habían respetado la cadena de mando interna al plantear su petición al propio director general de la entidad, quien se negó a recibirla. Es más, junto con el jefe de personal y el presidente del comité de empresa, este hizo constar en acta que Hanno Salzmann, en el contexto de las observaciones racistas de las que había sido objeto, fue amonestado e instado perentoriamente a «abandonar su actitud hipersensible y poner de su parte para evitar en lo posible la repetición de esos incidentes». Al mismo tiempo, Gruber le dijo a Hanno que no había impedimento para que volviera a presentarse al examen de Administración. Siempre que siga en la empresa, claro está.

Y siempre que el acoso ejercido por Werner Prammer no le hubiera hecho tirar la toalla. Según el testimonio del suplente vacacional Günter Jandl, tutorado por Hanno a principios de agosto del 95, este fue acosado por Prammer «de forma reiterada y con vulgares insultos». «Se acercaba sin motivo a la mesa de Salzmann para injuriarlo de la siguiente manera: Hanno, cabezón, ¿naciste con fórceps?, ¿sufres manía persecutoria? En presencia de otros colegas lo saludaba varias veces al día con *Shalom!* Si Salzmann reía, le preguntaba, por ejemplo: ¿De qué te ríes, marrano? Prammer se expresaba en términos despectivos llamándolo gran rabino ante Kropf y Berger, y dijo que acabaría con él, desquiciándolo. Todo para provocarlo. Las discriminaciones se produjeron casi siempre en presencia del jefe de equipo, Kropf, sin que este interviniera».

Jandl redactó este testimonio la noche de su último día de trabajo. Ahora ya no puede pasarme nada, le dijo a Hanno. Antes había callado ante los ataques de Prammer y el silencio de Kropf con la misma consternación que el compañero Berger. «Berger estaba presente en los momentos en que ocurrieron los hechos. No reaccionaba, pero cuando estábamos los tres solos se mostraba profundamente decepcionado y condenaba esas agresiones deliberadas y planificadas». También Berger tenía motivos para ser

prudente, pues llevaba poco tiempo en la Seguridad Social.

Entretanto, Gruber, en su despacho, volvió a la carga. Si no se restablece la calma ya, usted tiene los días contados en esta casa. Una vez, al jefe de sección le dio por mostrar su lado humano.

No tengo nada en contra de los judíos.

No soy judío.

Gruber dio una cabezada hacia abajo, un gesto al que recurría cuando quería insinuar la profundidad de sus palabras.

A mí vuestro pueblo me ha interesado siempre. En una ocasión fui a ver un antiguo cementerio judío, en Viena, en alguna parte del distrito nueve. De verdad impresionante.

Dado que los insultos de Prammer seguían y la paz exigida no llegaba, Hanno fue trasladado al archivo, donde tenía por tarea sacar los documentos de los empleadores y prepararlos para los auditores contables. Primer respiro desde los diagnósticos raciológicos de Radinger. Ir sin miedo a la oficina por la mañana, levantarse con buen humor de la mesa por la tarde, pensar sin dolor de estómago en la semana laboral siguiente los domingos por la noche.

Los auditores estaban satisfechos con su trabajo, nunca la preparación de los expedientes había funcionado tan bien. No extrañaba, pues, que en su tercera evaluación de actividad, del 25 de junio de 1996, Hanno tuviese, al igual que en la primera, la calificación global de Notable.

Las cosas podrían haber continuado de esta manera. Hanno se habría sacudido a sus perseguidores. Tan pronto como hubiese tenido la suficiente confianza en sí mismo, se hubiera presentado al examen de Administración, habría aprobado y habría salido adelante poco a poco. No para llegar lejos, pues no le importaba conseguir una brillante carrera; solo quería vivir en paz consigo mismo y con su entorno. No perjudicar a nadie, no agregar daños nuevos a los ya sufridos. No tenía deseos desmesurados. Quizá el de poder contar, aparte de con sus padres, su hermano y la sombra de su abuela —motivo de todas las agresiones—, con alguien a su lado en un futuro cercano. Y también deseaba que a los suyos se les quitara pronto el pesar que les había contagiado por buscar su consuelo y ayuda: Hoy en el trabajo ha vuelto a pasar esto y aquello, Radinger ha, Prammer ha, y ese Gruber… Cambiar

consuelo por pesar, un trueque malo para sus padres; así lo temía, pues veía las consecuencias: dos personas impotentes compartiendo su dolor, sumidas ya en una preocupación constante por el estado de Peter que no paraba de empeorar, sobre todo la madre, que cuidaba de él desde que se había vuelto demasiado débil para seguir en el centro de discapacitados. Y en algún momento comenzó a evitarles sus penas, a no contar todo lo que tenía que escuchar en su puesto de trabajo, tampoco al padre, todavía más apesadumbrado porque los hechos se asociaban al sufrimiento de su propia madre y porque no había encontrado a nadie con quien desahogarse de verdad, lo mismo que Hanno no encontraba a nadie, fuera de la familia, para comunicarse.

La última desgracia empezó cuando, hacia finales del 96, fue contratada la joven Mona Kudlich para cubrir una vacante por maternidad. Su función se limitaba básicamente a llamar a los empleadores de los asegurados para concertar citas con los auditores. Llevaría eficazmente a término la obra comenzada por Radinger, continuada por Scheffler e incumplida por Prammer, mediante palabras ofensivas, comentarios sarcásticos y groseras alusiones a la supuesta vida privada de su colega, además de amenazas inequívocas de elevar quejas a instancias superiores por presuntas infracciones. También Kudlich adoptó la costumbre de levantarse de improviso, plantarse delante de Hanno y gritar con voz estridente «¡qué guay!». A veces se disculpaba por su comportamiento para al día siguiente volver a las andadas.

A finales de marzo, el Jueves Santo de 1997, Kudlich esparció un reguero de caramelos por el pasillo y la escalera, desde la puerta del despacho hasta el primer piso.

Mira qué regalo de Pascua más bonito tiene el jefe, dijo. ¡Recógelos, pero no te dejes ninguno!

Como siguiendo una costumbre, Hanno se agachó a recoger los que estaban más cerca. Pero luego, al percatarse de lo vejatorio de la situación, se incorporó y dejó caer los caramelos en el suelo diciendo que él ya no era un crío, y retornó a su puesto.

Kudlich, perpleja ante su negativa, se quedó mirándolo boquiabierta. Luego se puso de pie, se alisó la falda y salió del despacho. Volvió al cabo de diez minutos.

Thaler quiere hablar contigo. Enseguida.

No se me ponga chulo, le dijo el subjefe de equipo a Hanno. Alguien tiene que recoger esos caramelos.

Entonces Hanno, a solas con Kudlich, perdió los estribos. Que era una pérfida, una mala pécora como había pocas, que lo dejara trabajar en paz de una puñetera vez. Gritos, portazo, salida estrepitosa.

Cuando, tras una baja de diez días, regresó a su puesto, Thaler ya lo estaba esperando: el jefe de personal, Polanc, deseaba hablar con él inmediatamente. En el ínterin, Thaler había redactado un testimonio junto con Kudlich haciendo constar las expresiones monstruosas que Hanno le había dedicado, testimonio que, contrariamente a los estatutos, este nunca pudo ver.

La conversación, de hora y media, con el jefe de personal transcurrió de principio a fin como un interrogatorio, dice Hanno. En ningún momento tuvo la oportunidad de desvirtuar las acusaciones y sospechas. Polanc le reprochó que también en la sección anterior hubiera chocado permanentemente, y subrayó que su comportamiento no se toleraría más. Reveló especial interés por temas sexuales que, al parecer, fueron discutidos entre Kudlich y Hanno, punto sobre el cual tenía que darle explicaciones detalladas: en eso no transigía. Preguntó, en tono acechante, si había estado en el piso de Kudlich, pregunta que repitió dos veces: ¿de verdad que no? Deseó saber si había tenido relaciones extralaborales con su colega, por ejemplo, si había quedado con ella para tomar café. Como queriendo justificar su embarazoso afán inquisitorial, dijo que solía conversar con sus empleados sobre las distintas formas de sexualidad, que era algo absolutamente normal. Denegó su solicitud de trasladarlo a otra área, que eso no tenía sentido porque Hanno, estuviese donde estuviese, no vería más que enemigos. Que la entidad se veía obligada a despedirlo de forma definitiva.

Eso sucedió el 7 de abril. El 10 llegó, por correo urgente, el escrito que le comunicaba la rescisión del contrato. El 8, soliviantada y desesperada por el inminente despido, la madre de Hanno habló por teléfono con el jefe de equipo y, a continuación, con el director general.

Durante la infructuosa conversación con este último, que se mostró seco y escueto, Herta sufrió un ataque cerebral. Cuando Hugo, que por suerte se encontraba detrás de ella llamó al médico

de urgencias nada más notar su insólito comportamiento, relató lo ocurrido semanas después en la ejecutiva de distrito del Partido Socialista, uno de los presentes le contestó: ¿Y por qué no llamó usted mismo si sabe que su mujer está mal de los nervios?

Hanno Salzmann impugnó el despido fulminante por improcedente, y el 30 de junio de 1997 el tribunal de trabajo lo conmutó en resolución de común acuerdo de la relación laboral. Siguió sufriendo alteraciones de sueño y estados de angustia durante mucho tiempo. La exigencia de que políticos socialdemócratas le ayudasen a encontrar un nuevo puesto de trabajo en compensación de que sus correligionarios de partido en la Seguridad Social le habían hecho perder el que tenía, se reveló como absolutamente ilusoria. Una vaga promesa del alcalde, Alfred Stingl, casualmente vinculada a la recomendación de votarlo en las próximas elecciones municipales; conversaciones gratuitas y sin resultado con cargos y cuadros del partido, cada vez más espaciadas, hasta que en la percepción pública el escándalo quedó tapado por escándalos aún mayores. Los esfuerzos cada vez más exasperados, cada vez más erráticos, emprendidos por Hugo para que el mundo tuviera conocimiento de aquella injusticia se saldaron con escaso éxito. Hasta Simón Wiesenthal, en su intento de señalar al entonces canciller federal, Viktor Klima, «tales hechos registrados en un organismo público y en el entramado de su propio partido», tuvo que resignarse a que un secretario subalterno le diera capote. Se publicaron dos artículos de periódico en los que Hanno Salzmann figuraba como víctima de un acoso laboral con móviles antisemitas, hecho que nunca fue contestado por la dirección de la Seguridad Social de Estiria. Y otro tercero, en el que el presidente del comité de empresa aprovechó la ocasión para calificar a Hanno de «perturbador con problemas de conducta social».

La paradójica circunstancia de que Hanno Salzmann sufriera persecución por judío, sin serlo, llamó incluso la atención de aquellos que se indignaron por los sucesos a la postre y, claro está, sin «la posibilidad directa de intervenir en la situación», según Heinz Fischer, entonces presidente del Parlamento austríaco, recalcaba en una carta dirigida a su camarada Gugl, «pero no dudaría en ponerme a disposición si se me informara de que el señor Hanno Salzmann está siendo atacado o discriminado en virtud

de sus orígenes». Ponerse a disposición de quién y en virtud de qué orígenes.

Supongamos que Hanno Salzmann pase dos años buscando empleo; que por fin pueda incorporarse a la cadena de montaje de una fábrica que dista de la ciudad media hora en coche o tren; que su jefe de equipo le alabe varias veces su aplicación y precisión; que no haga referencia a la historia de su familia con una sola palabra; que un día de febrero de 2006, durante el turno de mañana, que empieza a las seis y termina a las catorce horas, esté sumergido en su trabajo y no perciba los pasos que se le acercan; que un estampido que se produce cerca de su oído derecho lo deje sordo por unos minutos; que dé un giro y mire a las caras rientes de tres compañeros de trabajo; que oiga decir al que ha hecho estallar la bolsa de papel inflada: La próxima vez contendrá gas; que suelte un grito de susto y de rabia y se vea recriminado por el segundo: No te pongas así, hombre; que si no, ya puedes volver a tu patria.

Que el que dijo la primera frase se disculpe con Hanno al día siguiente, y el que dijo la segunda sea despedido poco después por otra infracción.

Que la historia acabe, pues, en empate. De momento.

Las personas denominadas con los nombres de Koraus, Radinger, Scheffler, Prammer, Kudlich, Kropf, Gruber, Thaler y Polanc se llaman en realidad de otra manera.

Lore Wolf murió en 2006; sus memorias, tituladas *Una sola vida es demasiado poco*, aparecieron en la editorial Neues Leben en 1973. El libro de Tanya Lieske, *Espía contra su voluntad* (2009), dedicado a Gustav y Margarete Regitz, está disponible en la editorial Droste. Los apuntes no publicados de Hugo Salzmann sénior se encuentran en el archivo antifascista de Hermann W. Morweiser, en Ludwigshafen. Heimo Halbrainer, en Graz, y Joachim Hennig, en Coblenza, han estudiado detenidamente la historia de la persecución del matrimonio Hugo y Juliana Salzmann. Los resultados de su meritoria investigación han influido en este relato.

NOTA DE LOS EDITORES

Algunas siglas que aparecen en el texto:

KPD: Partido Comunista de Alemania, Kommunistische Partei Deutschlands en alemán.

SA: Sección de Asalto, Sturmabteilung en alemán. Organización paramilitar y parapolicial nazi. Desarticulada su dirección en 1934, la SA perdió su peso político en beneficio de las SS.

SPD: Partido Socialdemócrata de Alemania, Sozialdemokratische Partei Deutschlands en alemán. Fundado a finales del siglo XIX, sigue siendo una de las principales fuerzas políticas del país.

RDA: La República Democrática Alemana fue un estado socialista, con capital en Berlín Oriental, que existió durante la división de Alemania en dos países, entre 1949 y la reunificación entre 1989 y 1990.

CDU: Unión Demócrata Cristiana de Alemania, Christlich Demokratische Union Deutschlands en alemán. Fundado en 1945, es la formación a la que pertenece la actual canciller, Angela Merkel.

JLA: Juventud Libre Alemana, Freie Deutsche Jugend en alemán; esto es, las juventudes comunistas.



ERICH HACKL (Steyr, Austria, 1954). Realizó estudios de Filología Germánica e Hispánica en las universidades de Salzburgo, Salamanca y Málaga. Entre 1981 y 1990 fue profesor en la Universidad de Viena y es miembro de la Academia de la Lengua y Poesía Alemanas. En 1983 comenzó su carrera como escritor, realizando numerosos viajes a diferentes países de Latinoamérica. Entre los autores que ha traducido al alemán figuran nombres como Rodolfo Walsh, Eduardo Galeano, Juan José Saer o Rodrigo Rey Rosa. Es autor de libros como *Sara y Simón. Una historia sin fin* (Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 1998), *Adiós a Sidonie* (Pre-Textos, 2002) o *La boda en Auschwitz* (Destino, 2004). Periférica publicó en 2016 *El lado vacío del corazón* con gran acogida por parte de la crítica.